

LOS SUPERVIVIENTES

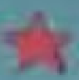
TOM GODWIN







NOVELA DE CIENCIA-FICCION



PRIMERA PARTE

Durante siete semanas la nave Constellation había estado surcando los espacios con sus ocho mil colonos; huyendo como alma que lleva el diablo, con todas las señales comunicativas silenciadas, y con los mandos gimiendo y retumbando.

Irene había oído decir que arriba en la sala de control, las agujas de los diales danzaban contra las rojas líneas de peligro día y noche.

Estaba en la cama escuchando el apagado e incesante rumor de los mandos y podía sentir la melódica vibración de la nave.

—Ya casi estamos a salvo —pensó ella—, Athena está sólo a cuarenta días.

Pensando en la nueva vida que les aguardaba a todos ellos, se le hacía imposible permanecer allí quieta ni un solo minuto más. Se levantó, sentándose al borde de la cama, y encendió la luz.

Dale se había ido. Había sido requerido para ir a ajustar una de las máquinas de la sala de los rayos X de la nave, y Billy estaba durmiendo, sin dejar apenas ver nada de su personita, que quedaba casi totalmente cubierta por las ropas de la cama. Sólo podía verse un poco de sus cabellos y la peluda naricita de su osito de felpa.

Se inclinó un poco para arreglarle la ropa, suavemente, procurando no despertarle.

Fue entonces precisamente, en aquel momento, cuando sucedió lo que todos ellos habían estado temiendo.

De la popa de la nave sonó una explosión que lo hizo agitar todo. Fue espantoso. La nave se estremeció violentamente. Las traviesas crujieron, y la luz se apagó.

En medio de la oscuridad pudo oír el rápido sistema automático que cerraba cada una de las puertas de los distintos compartimentos, aislándolos así, repentinamente, de las secciones que habían quedado destruidas, sin aire.

Las puertas estaban todavía cerrándose, como quien dice, cuando oyó otra explosión, esta vez desde la parte de proa. Luego todo quedó en silencio. Una sensación extraña de total silencio y quietud.

La garra del temty parecía querer ahogarla y su mente le reveló, con una voz extraña, fría, como si hubiera sido la de una desconocida, lo que tanto había temido:

—«Los Gern nos han descubierto.»

La luz volvió a encenderse, algo más débil. Podía oír perfectamente, el apagado y susurrante murmullo de voces haciéndose preguntas una a otras en los contiguos departamentos.

Se vistió con dedos torpes y temblorosos, deseando que Dale regresara para darle nuevos ánimos; para decirle que en realidad no había sucedido nada; que no habían sido los Gern.

Reinaba una verdadera quietud en el compartimiento. Una quietud extraña.

Estaba acabando de vestirse cuando se dio cuenta de lo que motivaba aquella rara sensación: el sistema de circulación de aire se había detenido.

Aquello significaba que las desgracias ocasionadas por las descargas eran tan considerables que incluso los mismos regeneradores de aire habían sucumbido.

Y eran ocho mil personas en la nave Constellation que necesitaban el aire como medio indispensable para vivir…

El pulsador de Atención sonó insistentemente desde los micrófonos para hablar al público. Estaban instalados abajo, en los corredores de la nave.

Una voz que reconoció como la del comandante Lake les habló:

«La guerra ha sido declarada sobre la Tierra hace diez días por el Imperio Gern. Hemos sido atacados por dos cruceros Gern y sus impactos han destruido la popa y proa de nuestra nave. Estamos sin un solo mando y sin energía, nada más que unas cuantas baterías de emergencia. Soy el único superviviente de los oficiales del Constellation. El comandante de los Gern ha subido a bordo para darme la alternativa de entregarnos.

«Ninguno de vosotros saldrá de sus compartimentos hasta que se le ordene que lo haga. Dondequiera que estéis, permanecer allí. Es necesario evitar toda clase de confusión, y saber, dentro de lo

posible, donde está cada uno para poder así transmitir futuras instrucciones. Repito: No salgáis de vuestros compartimentos.»

El que había hablado hasta entonces cortó la comunicación.

Permaneció quieta sin atreverse a mover un solo dedo, oyendo una y otra vez aquellas palabras:

«Soy el único superviviente de los oficiales del Constellation…»

Los Gern habían matado a su padre.

Había sido el segundo jefe de la expedición Dunbar, que había descubierto el mundo de Athena, y sus conocimientos sobre este nuevo mundo eran muy valiosos para los planes de colonización. Había sido incluido entre los oficiales de la nave, y uno de los compactos de los Gern había destruido la parte del Constellation donde él se encontraba.

Volvió a sentarse al borde de la cama, tratando de reorientarse, dándose nuevos ánimos; para así poder aceptar el hecho de que su vida, junto con la de todos cuantos iban en la nave, había cambiado de una manera súbita, e irrevocable.

El Plan de Colonización de Athena había terminado. Todos ellos sabían de antemano que tal cosa podía muy bien suceder, y que por esta razón el Constellation había ido preparando el viaje en medio de un total y absoluto secreto y había esperado meses enteros para poder atravesar con cierta seguridad el anillo de naves espías de los Gern.

Por esta razón se había lanzado a una velocidad tremenda, con todos los comunicadores en silencio, de manera que no hubiera radiaciones que pudieran descubrirles ante los Gern.

Sólo cuarenta días más y habrían llegado ya al verde y virgen mundo de Athena, a cuatrocientos años-luz más allá del extremo jurisdiccional del Imperio Gern.

Allí habrían estado a salvo de los detectores enemigos durante muchos años; durante tiempo suficiente para poder construir defensas planetarias contra los ataques de aquellos.

Y habrían utilizado los ricos recursos de Athena para construir naves y armas con los que defender a la agotada Tierra del inexorable y cada día superior cerco del formidable y fríamente calculador coloso que era el Imperio Gern.

El éxito o fracaso del Plan Athena significaba respectivamente, la vida o la muerte para la Tierra.

Habían tomado todas las precauciones posibles, pero el sistema de espionaje de los Gern había logrado enterarse de alguna manera de la existencia de Athena y de la nave Constellation.

Ya no habría más guerra fría, y el Plan ya no sería más que polvo...

Billy bostezó y estiró sus bracitos de la manera que lo hacen los chiquillos al despertar y cuyo sueño no se ha visto interrumpido ni por las explosiones ni las sacudidas a que todos ellos se habían visto afectados. Y que además habían alterado el curso de sus vidas. Las vidas de ocho mil personas y el destino de todo un mundo.

Le sacudió por los hombros, con suavidad, diciéndole:

—Billy...

El chiquillo se levantó. Era tan pequeño y joven para los ojos de ella que la pregunta que seguía martirizándola en su mente era casi como una angustiosa plegaria:

«Dios mío, ¿qué es lo que harán los Gern con los chiquillos de cinco años?»

El pequeño se fijó en el rostro descompuesto de su madre, vio la débil luz, y repentinamente todo el sueño que todavía no le había abandonado del todo, desapareció en un solo instante.

—¿Qué sucede mamá? ¿De qué tienes miedo?

No había razón alguna para mentirle.

—Los Gern nos han descubierto y detenido, hijo.

—¡Oh! —exclamó el pequeño. Sus maneras eran más bien las de un muchacho del doble de su edad, como siempre había sucedido—. ¿Nos... nos matarán?

—Vístete, cariño —le dijo su madre por toda respuesta—. De prisa, cielo, de manera que podamos estar listos cuando papá regrese para decirnos lo que debemos hacer.

Los dos estaban ya preparados cuando el pulsador de Atención volvió a sonar por los corredores. Lake habló de nuevo en un tono amargado y desesperanzador.

—«Ya no queda energía para los regeneradores de aire, y dentro de veinte horas empezaremos a asfixiarnos hasta morir. Bajo tales circunstancias no puedo más que aceptar las condiciones que el comandante Gern nos ofrece.

»Él os hablará ahora, y todos vosotros obedeceréis sus órdenes sin protestar. O esto o morir. No tenemos otra salida.»

Acto seguido llegó hasta ellos la voz del comandante Gern, rápida, dura y áspera.

«Esta sección del espacio junto con el planeta Athena es una extensión perteneciente al Imperio Gern.

»Esta nave ha invadido deliberadamente el territorio Gern en tiempo de guerra con la intención de apoderarse y explotar el mundo Gern.

»Sin embargo, deseamos ser indulgentes, cosa no requerida en absoluto dadas las actuales circunstancias. Los técnicos terrestres así como los operarios hábiles en ciertos terrenos científicos e industriales podrán sernos de utilidad en las factorías que construiremos en Athena. Los otros no, y además no hay lugar en los cruceros para transportarlos.

»Los informes de las ocupaciones de cada uno de vosotros serán utilizados para dividiros en dos grupos: Los aceptables y los rehusados. Estos últimos serán llevados por los cruceros a un planeta de características similares a la Tierra, cerca de aquí, donde serán desembarcados, junto con las posesiones personales de cada uno y que tengan en sus compartimentos. Además se les dejarán víveres.

«Los aceptables serán luego llevados a Athena y en fecha posterior los cruceros harán un viaje para devolver a los rehusados a la Tierra.

»Esta división en dos grupos separará indudablemente a familias, pero no debe haber por ello, resistencia alguna, por parte de sus componentes. Los guardianes del ejército Gern serán enviados inmediatamente a hacer esta división y vosotros, todos, esperaréis en vuestros respectivos compartimentos a que ellos vengan.

«Obedeceréis prestamente sus órdenes y no les molestaréis formulando preguntas impertinentes.

»A la primera muestra de resistencia o rebelión esta oferta quedará anulada y los cruceros seguirán su camino de nuevo.»

En medio del silencio que siguió al ultimátum pudo oír el suave y callado murmullo de voces, en los otros compartimentos. El callado tono de ansiedad que como una amenaza les rodeaba.

En cada compartimiento padres e hijos, hermanos y hermanas, estaban viéndose y hablándose, unos a otros, por última vez...

El corredor exterior se llenó de pronto de ruido de pisadas. Ruido producido por una docena de Gern que andaban por ellos con precisión militar. Contuvo la respiración, con el corazón latiéndole aceleradamente, pero pasaron de largo ante la puerta de su compartimiento, dirigiéndose hacia el extremo del pasillo.

Podía oírles perfectamente entrando en los otros compartimientos, y preguntar los nombres de sus ocupantes para luego decir:

«¡Fuera, fuera!»

Una de las veces oyó que uno de los Gern decía:

—«Los aceptables permanecerán dentro de sus compartimentos hasta recibir nuevas órdenes. ¡No abran las puertas una vez hayan salido los rehusados!»

Billy la tocó con su manita.

—¿No viene papá?

—Ahora... ahora no le es posible. Le veremos muy pronto.

Se acordó entonces de que el comandante Gern había dicho que se les permitiría llevar consigo sus efectos personales. Tenía muy poco tiempo para reunir lo que quisiera llevarse...

En su compartimiento tenía dos pequeñas maletas que se apresuró a llenar de cosas que Dale, Billy y ella misma pudieran necesitar, sin poder precisar quién de ellos sería rehusado. No sabía si debía poner preferentemente piezas de más abrigo o no, ya que desconocía el clima que tendrían allí donde iban a ser enviados.

El comandante Gern había asegurado que los rehusados serían abandonados en un planeta de clima parecido a la Tierra, pero ¿dónde podía encontrarse tal planeta? La expedición Dunbar, de la cual había formado parte su padre, había explorado a través de quinientos años luz de espacio y sólo había encontrado un planeta de naturaleza similar a la Tierra: Athena.

Los Gern estaban ya casi delante de la puerta de su compartimiento cuando terminó de llenar las maletas. Les oyó entrar en el departamento situado frente al suyo. Hasta ella llegaron las ásperas y rudas preguntas, y luego, tajante, la orden:

—¡Fuera...! ¡De prisa!

Una mujer dijo algo en tono suplicante y hasta ella llegó el ahogado ruido producido al dar un golpe y luego las palabras:

—¡Fuera...! ¡No hagan preguntas! Un momento después oyó que

la mujer seguía corredor adelante, tratando de contener los sollozos. A continuación los Gern vendrían hasta su propia puerta.

Cogió a Billy de la mano y esperó a que entraran con el corazón latiéndole apresuradamente. Mantenía la cabeza erguida y procuró dominarse con toda la fuerza de voluntad que fue capaz de acumular para que aquellos arrogantes y odiosos Gern no pudieran regocijarse contemplando el espectáculo de su miedo. Billy permanecía quietecito a su lado, tan alto como podía serlo un chiquillo de cinco años, con su osito de felpa bajo el brazo. Sólo por la manera que su manita se asía a la de ella podía Irene darse cuenta de que él también estaba asustado.

La puerta fue abierta sin contemplaciones y dos Gern entraron en la habitación.

Eran altos, morenos, de poderosos y abultados músculos. Les contemplaron detenidamente y luego dieron un rápido vistazo a toda la habitación con aquellos sus ojos relucientes, y con las bocas apretadas, como crueles trazos en los rechonchos y brutales superficies de sus rostros.

—Tu nombre —exigió uno de ellos, el que llevaba la lista de los informes personales.

—Es… —trató de encontrar fuerzas para poder hablar, para que su voz sonara fría y tranquilizada— Irene Lois Humbolt…, Sra. Dale Humbolt.

El soldado Gern consultó la lista.

—¿Dónde está tu marido?

—Estaba en la sala de rayos X…

—Vosotros dos sois rehusados. ¡Fuera! Corredor abajo, junto a los demás…

—Mi marido… ¿es también…?

—¡Fuera!

Era el mismo tono de voz que había precedido al golpe en el otro compartimiento. El soldado dio un rápido paso hacia ella. Irene cogiendo las dos maletas en una mano, no queriendo soltar a Billy, salió corriendo hacia el pasillo. El otro soldado, arrebatándole una de las maletas de sus manos y arrojándola al suelo dijo:

—Sólo una valija por persona —dándole un impaciente empujón que la envió a ella y a Billy dando trompicones por el corredor.

Se habían convertido en parte de los rehusados que estaban

siendo tratados como si hubieran sido corderos, por los pasillos y hacia la puerta de salida.

Había muchos niños entre ellos. Los más pequeños llorando y gritando asustados, y con frecuencia con uno solo de sus padres, o bien con un hermano o hermana mayor para cuidar de ellos.

Y había muchos otros, pequeños también, que no tenían a nadie en absoluto y que estaban al cuidado de personas extrañas que les cogían de la mano y les indicaban lo que debían hacer.

Al pasar por el corredor que conducía a la sala de rayos X vio un grupo de rehusados que salía de aquélla. Dale no estaba entre ellos, y en aquel momento, supo con aterradora certeza, que ella y Billy no volverían a verle nunca más.

—¡Fuera de la nave...! ¡De prisa, más de prisa...!

Las órdenes de los guardianes Gern les atosigaban de mala manera cuando ella, junto con todos los demás rehusados iba a salir de la nave por la rampa de la misma hacia el exterior.

Allí la gravedad tenía una fuerza terrible, tal como ella no había experimentado nunca en su vida. Se encontraban en un valle estéril, desierto, donde un viento helado levantaba pequeñas nubes de polvo alcalino. Rodeando todo aquel valle había escabrosas cordilleras, con sus cumbres blancas por la nieve acumulada allá por el viento, y el cielo era oscuro en su ocaso.

—¡Fuera de la nave...! ¡Más aprisa...!

Era difícil andar de prisa con semejante gravedad, llevando la maleta en una mano y aguantando en la otra al pequeño Billy, procurando más bien levantarle para que no se cansara tanto.

—¡Nos han mentido! —gritó un hombre a su lado, dirigiéndose a alguien—, ¡Regresemos y luchemos! Vayamos...

Un barrenero Gern se iluminó momentáneamente con una vivida llama azul y el hombre cayó al suelo inerte.

Se acobardó instintivamente tropezando y cayendo sobre una roca que no había visto, cayéndole de la mano la maleta con las preciosas ropas que llevaba en ella. Se levantó rápidamente, con la rodilla izquierda algo lastimada, y girándose para recuperarla.

El guardián Gern estaba casi encima de ella con el barrenero todavía en sus manos.

—¡Fuera de la nave...! ¡De prisa...!

El cañón del barrenero se inclinó ligeramente apuntando hacia

el lado de su cabeza.

—¡Muévanse... muévanse!

Se estremeció, sacudida por un terrible pinchazo de dolor, luego siguió corriendo aguantando por la mano al pequeño Billy. Siguió adelante, luchando por vencer la fuerza del viento que cortaba como si hubieran sido afilados cuchillos de hielo que atravesaban sus finas ropas mientras la sangre corría por una de sus mejillas.

—¡Te han herido! —exclamó Billy—. ¡Te han herido...!

El chiquillo enfurecido por ello obsequió al guardián Gern con un adjetivo que un pequeño de su edad no está autorizado a conocer, con tal rabia y cólera en su voz, como no puede sospecharse pueda poseer un chiquillo de cinco años.

Cuando se detuvieron junto al grupo formado por los rehusados, pudo darse cuenta de que todos ellos habían salido ya de la nave y que los guardianes estaban entrando en ellas de nuevo. Una media milla más abajo estaba parado el otro crucero, del que iban desembarcando los otros rehusados, y una vez salidos todos, las rampas de aquellos comenzaron a izarse.

Después de haber abrochado la blusa de Billy más apretadamente y luego de haberse secado la sangre que corría por su mejilla, llegó hasta ellos el ruido de los mandos del primer crucero que se ponía en marcha.

El que estaba más cerca se puso en movimiento unos instantes después, elevándose luego los dos, llenando con sus zumbidos todo el valle.

Fueron elevándose poco a poco, cada vez más, empequeñeciéndose a sus ojos. Luego desaparecieron en aquel cielo oscuro, llevándose con ellos aquel zumbido, quedando ya sólo el silbar del viento que les rodeaba y algún que otro gemido o llanto de algún pequeño.

Alguien, uno de ellos, preguntó:

—¿Dónde estamos? ¿En nombre de Dios, que es lo que han hecho con nosotros?

Contempló la nieve que cubría las cimas de las cordilleras que les rodeaban, sintiendo el terrible peso de la gravedad, y sabiendo a ciencia cierta dónde se encontraban.

Se hallaban en Ragnarok, el infierno de una gravedad de 1,5, y de bestias feroces y fiebres mortales, donde los hombres no podían

sobrevivir.

El nombre de Ragnarok venía de un viejo mito teutónico y significaba: El último día para ídolos y hombres.

La expedición Dunbar había descubierto Ragnarok, y su padre le había hablado de ello, contándole de la manera que habían muerto seis hombres, de los ocho que habían abandonado la nave, y de que ellos mismos habrían sido exterminados también, de haber permanecido mucho más tiempo allí.

Ella sabía donde se encontraban y sabía también que los Gern les habían mentido y que nunca enviarían una nave para mandarles de nuevo a la Tierra. Su abandono allí había sido premeditado, como una sentencia a muerte para todos ellos.

Y Dale, su esposo, no estaba con ella. Y su hijito y ella misma se encontraban tan desamparados y solos…

—¡Oscurece…! ¡Tan pronto! —la vocecita de su hijo la sacudió, haciéndola estremecer—. Si papá no puede encontrarnos en medio de esta oscuridad, ¿qué haremos?

—No lo sé, cariño —repuso ella—. No hay nadie que pueda ayudarnos. ¿Y cómo puedo yo saber… lo que tendríamos que hacer…?

Ella era de la ciudad. ¿Cómo podía ella saber qué hacer en un mundo hostil, extraño, donde expertos exploradores armados, habían sucumbido?

Había tratado de mostrarse valiente ante los Gern, pero ahora… por un lado estaba la noche y después más tarde, vendrían el terror y la muerte, para ella misma y para su Billy. No volverían a ver nunca más a Dale, ni volverían a ver jamás Athena ni la Tierra ni siquiera el nuevo amanecer en aquel mundo extraño en que habían aterrizado y que les aniquilaría…

Trató con todas sus fuerzas de no gritar, pero fracasó en su empeño. La fría y pequeña manita de Billy apretó con fuerza la suya, tratando de darla ánimos.

—No grites mamá. Creo… creo que cada uno de los restantes están también asustados.

Cada uno de los restantes…

No estaba sola. ¿Cómo podía haber llegado a pensar que se encontraba sola? En torno a ella había muchos otros, tan imposibilitados y desconcertados como ella misma. Su historia era

solamente una más entre las de cuatro mil personas.

—Eso creo, Billy —repuso—. No había pensado en ello.

Se arrodilló para rodearle con sus brazos y estrecharle contra su pecho pensando:

«Las lágrimas y el miedo son armas fútiles; ellas no nos proporcionan ningún mañana. Tenemos que luchar venga lo que venga a matarnos, sin importar lo asustados que podamos estar. Por nosotros mismos y por nuestros pequeños. Por encima de todo, nuestros pequeños…»

—Voy a ver si encuentro nuestras ropas —le dijo al niño—. Espérame aquí, al borde de esta roca, que yo no tardaré…

Entonces ella le habló de una manera que él realmente no podía comprender por ser demasiado joven.

—No volveré a gritar más, y ahora ya sé lo que debemos hacer. Voy a asegurarme de que haya un mañana para ti, siempre, después del último aliento de mi vida…

La brillante estrella azul fue oscureciéndose y otras fueron siguiendo el mismo fin. La oscuridad fue cubriendo poco a poco el cielo, trayendo consigo un frío intenso que llegaba a helar el mismo acero del rifle en las manos de John Prentiss formando pequeñas puntas de hielo en su bigote gris.

Había excitación en el área detrás de él, cuando los fatigados rehusados se preparaban para enfrentarse con el nuevo día juntamente con el ruido que hacía un chiquillo sollozando de frío. No había tiempo de ir a buscar leña para hacer fuego…

—¡Prowlers!

El grito de alerta llegó de uno de los guardas que estaban en la parte externa y negras sombras llenaron súbitamente el oscuro atardecer.

Eran algo así como medios lobos, medio tigres; cada uno de ellos parecía tener trescientas libras de increíble ferocidad, con los ojos que resplandecían como el mismo fuego. Un fuego amarillento en sus fauces medio lobunas y medios tigres. Llegaron rápidos como el viento, en una veloz ráfaga, pasando por encima del guardia como si no hubiera existido. Los demás guardianes dispararon sus armas, tratando de detenerlos, y el rifle de Prentiss dejó escapar pálidas lenguas de fuego cuando él se puso a disparar también. Los prowlers seguían adelante, arrollándolo todo, aunque parte de ellos

cayeron y los demás siguieron pero alejándose del mortífero fuego y por esta razón sólo atacaron el borde del área donde los rehusados estaban, agrupados.

A aquella distancia era imposible distinguirles por la intensa oscuridad que les rodeaba de manera que no podían apuntarle con sus armas. No podían hacer más que vigilar, imposibilitados de poder hacer otra cosa, viendo que una mujer de negros cabellos caía en el camino de aquellos, tratando de correr con un chiquillo en sus brazos, comprendiendo que ya era demasiado tarde. Un hombre corrió hacia ella, despacio debido al peso de la gravedad, con un hacha en las manos y echando maldiciones con rabia y furor incontenidos. Por un momento el rostro pálido de la mujer pareció volverse en una muda súplica de ayuda hacia los otros; luego los prowlers se lanzaron sobre ella, pero ella cayó deliberadamente al suelo con su pequeño abrazado entre sus brazos bajo ella de manera que su cuerpo pudiera protegerle.

Los prowlers pasaron por encima de ella, deteniéndose un momento, el tiempo suficiente para dejarla sin vida, volviendo a emprender la carrera de nuevo. Se desvanecieron en la oscuridad, disparando inútilmente los guardianes que estaban más alejados, reinando un angustioso silencio sólo interrumpido por el instante e histérico sollozo de una mujer.

Había sucedido todo en pocos segundos; el quinto ataque de los prowlers de aquella noche y seguramente el más suave.

Una total oscuridad les cubría cuando hubieron reemplazado a los guardias muertos durante el último ataque. Regresó por donde los prowlers habían matado a «la mujer, andando dificultosamente contra la fuerza de gravedad. Yacía en el suelo con su negro cabello teñido por la sangre, con su pálido rostro vuelto hacia el enrojecido cielo, viéndola entonces por primera vez con claridad.

Era Irene.

Se detuvo, apretando con fuerza el acero de su rifle sin sentir el profundo corte que aquél hacia en su mano.

Irene… No sabía que ella estuviera en Ragnarok.

No la había visto en la oscuridad de la noche y había esperado y deseado que ella y Billy estuvieran a salvo entre los aceptables con Dale.

Llegaron hasta él, sonido de pasos y una muchacha de ancho

rostro llevando una blusa roja se detuvo a su lado, mirándole curiosamente:

—El pequeño —preguntó él—, ¿sabe si está bien?

—Los prowlers le produjeron unos cuantos cortes en el rostro, pero pronto se pondrá bien —repuso ella—. Vengo a por sus cosas y ropas.

—¿Va a cuidarse del pequeño?

—Alguien tiene que hacerlo y —encogiéndose de hombros—, creo que soy bastante buena para elegirme yo misma el trabajo. ¿Acaso su madre era conocida suya?

—Era mi hija —repuso el hombre.

—¡Oh! —por un momento el redondo y descarado aspecto del rostro de la muchacha desapareció de aquél, como si se hubiera tratado de una máscara—. Lo siento. Yo cuidaré de Billy.

El primer obstáculo en su capitanía ocurrió una hora más tarde. Los prowlers habían desaparecido al llegar los primeros albores y los hombres habían ido en busca de leña con que hacer fuego. Mary, una de las cocineras voluntarias, estaba pidiendo a dos hombres que le llevaran agua cuando él se acercó. El más pequeño de ellos cogió uno de los recipientes para tal uso, rudamente improvisados, dirigiéndose hacia el arroyo. El otro, el mayor, un hombre fornido no se movió.

—Necesitaremos agua —dijo Mary—. La gente está hambrienta, tiene frío y muchos están enfermos.

El hombre continuó cerca del fuego, con las manos extendidas para calentárselas.

—Llama a otro cualquiera —dijo.

—Pero…

Miró a Prentiss sin saber qué hacer. Él se dirigió hacia el fornido hombre sabiendo de antemano que tendría que haber violencia, acogiendo tal perspectiva de buen grado como algo que le ayudara a borrar la visión del pálido rostro de Irene, aquel rostro frío bajo un cielo rojo.

—¡Te han dicho que vayas por agua! —dijo—. ¡Tráela!

El hombre levantó los ojos hasta Prentiss, contemplándole y con deliberada insolencia se puso de pie, colocando las espaldas de una manera que eran un reto.

—Tendré que explicarte cuánto hacen dos y dos, viejo —dijo—.

Nadie te ha pedido que metieras las narices en esto. Por lo tanto ahí tienes el recipiente que deseas llenar y allí —dijo, haciendo una señal con la mano —está el arroyo. ¿Sabes lo que tienes que hacer?

—Sí —repuso—, lo sé.

Levantó la culata de su rifle, con él golpeó al hombre bajo la barbilla oyéndose un ruido extraño como si el hueso de la mandíbula se hubiera partido. Por la fracción de un segundo hubo una expresión de estupefacto aturdimiento en aquel rostro y luego en sus ojos, cayendo luego al suelo con la mandíbula rota, colgándole fláccidamente de lado.

—Bien —dijo Prentiss a Mary—. Ahora, puedes proseguir y pedir a otro que te traiga agua.

Descubrió que los prowlers habían matado a setenta personas durante la noche. Un centenar más habían muerto de la fiebre infernal. Que era posible que siguiera declarándose y matando dentro de las siguientes horas.

Anduvo casi media milla para llegar hasta el segundo grupo, que habían llegado en el segundo crucero, tan pronto hubo tomado un ligero desayuno. Vio, antes de haber llegado al grupo que el comandante del Constellation, Vicent Lake estaba al mando del mismo.

Lake, un hombre alto, de mandíbulas fuertes, con pálidos ojos azules bajo espesas cejas de color castaño, se dirigía rápidamente hacia él tan pronto le reconoció.

—Me alegro de comprobar que sigues vivo —le saludó Lake—. Había pensado que la segunda descarga de los Gern te había alcanzado junto con los demás.

—Estaba visitando la parte media de la nave y por lo tanto no me hallaba en mi apartamento cuando sucedió —repuso.

Observó el grupo de rehusados de Lake, en su miseria e incertidumbre como el suyo propio, y preguntó:

—¿Cómo ha ido esta noche pasada?

—Mal, condenadamente mal —repuso Lake—. Los prowlers y la fiebre infernal además de no tener leña para poder hacer fuego. Han sucumbido doscientos, en esta pasada noche.

—Me he llegado hasta aquí para saber quién estaba al cargo del grupo para decirle que tendríamos que trasladarnos a los bosques todos juntos, hoy. Tendremos mucha leña para hacer fuego allí.

Protegernos en parte del viento, y combinando nuestras defensas, podremos ahuyentar mejor a los prowlers.

Lake estuvo de acuerdo. Una vez terminada la breve discusión de planes preguntó:

—¿Qué es lo que sabe de Ragnarok?

—No mucho —repuso Prentiss— no permanecimos mucho tiempo aquí para poder estudiarlo detenidamente; no hay metales pesados bajo el otro sol de Ragnarok. Su posición en el progreso de los recursos es lo único que puede tener algún valor.

«Dimos a Ragnarok una rápida inspección y cuando el sexto hombre de la expedición murió, lo señalamos en el mapa como planeta inevitable, y proseguimos nuestro camino.

»Como probablemente ya sabe, esa estrella brillante azul es el otro sol de Ragnarok. Por la posición del sol amarillo presumo que esta estación debe estar cerca de la primavera; cuando llega el verano en Ragnarok, tiene que vivirse bajo dos soles, y el calor llega a ser de una intensidad tal que ningún ser humano podría llegar a soportar nunca. Así como tampoco el frío una vez llega el invierno.

»No sé que haya plantas comestibles, aunque puede ser que exista alguna.

»Hay pocas clases de animales de tipo roedores —animales que se alimentan de carroña— y un herbívoro que nosotros bautizamos con el nombre de cabra de los bosques. Los prowlers son los animales predominantes de vida en Ragnarok y sospecho que su inteligencia es algo bastante más superior de lo que nosotros quisiéramos. Tendrá que haber una constante lucha para poder sobrevivir a sus ataques.

»Hay otro animal, no tan inteligente como los prowlers, pero si peligroso, el unicornio. Los unicornios son enormes y veloces y viajan en manadas. No he visto ninguno por aquí hasta ahora y espero que no los veamos. En terrenos más bajos hay los reptiles de las ciénagas. Son verdaderas pesadillas. Espero que no llegarán a estas elevadas alturas en verano. Los prowlers y la fiebre infernal, la gravedad, el calor, el frío y el hambre será suficiente materia contra la que tendremos de luchar.»

—Comprendo —dijo Lake. Sonrió, con una sonrisa tan fría como la luz de la luna en un glaciar ártico—. Parecido a la Tierra, ¿recuerda la promesa que los Gern hicieron a los rehusados?

Dejó vagar los ojos por todo el grupo allí acampado, por la nieve que se deslizaba de las gélidas colmas de la muerte y de los agonizantes y en una chiquilla que trataba inútilmente de despertar a su hermano.

—Todos ellos están condenados, sin razón, sin una oportunidad de vivir —dijo—. Y algunos de ellos son tan jóvenes... y cuando se es joven es demasiado pronto para morir.

Prentiss regresó a su propio grupo. Los muertos habían sido enterrados en superficiales fosas y se estaba tomando en aquellos momentos inventario de los «abundantes víveres» prometidos. Aquello consistía solamente en las posesiones particulares de cada uno de los rehusados y que les había sido permitido llevar con ellos más, una poca comida que los Gern habían cogido de los almacenes de la nave Constellation. Los Gern se habían visto obligados prácticamente a proveer aunque sólo en poca cantidad, a los rehusados con algo de comida, ya que ellos les habrían dejado sencillamente morir de hambre. Pero los aceptables, cuyos familiares estaban entre los rehusados podrían haberse rebelado.

El inventario de armas de fuego y municiones demostró ser descorazonadamente pequeño. Tendrían que estudiar la manera de cómo y con qué confeccionar arcos y flechas y aprender al mismo tiempo a poder servirse de ellas, tan pronto como les fuera posible.

Con la primera partida de guardianes y trabajadores detrás suyo, Prentiss fue hacia el valle afluente que se volcaba en el valle central a cosa de una milla al norte. Era todo lo bueno para colocar allí el campamento como él había esperado; amplio y espesamente abigarrado de grupos de árboles, con un arroyo corriendo por su centro.

Los trabajadores empezaron la construcción de refugios y mientras él subió hacia un lado de la colina más próxima. Llegó a su cumbre, respirando con dificultad a causa de la gravedad que era equivalente a una carga de la mitad de su propio peso, viendo que el terreno que le rodeaba era todo por el estilo.

Al sur, al otro lado de un valle estéril, podía verse el terreno que iba descendiendo en su larga trayectoria hacia los terrenos bajos donde los unicornios y los reptiles de las ciénagas vivían. Hacia el Norte las colinas iban subiendo suavemente millas y millas, terminando después bajo la excesivamente inclinada superficie de

una inmensa meseta. Esta meseta llegaba del horizonte este al oeste, todavía blanca por las nieves del invierno y luciendo tanto arriba, aunque las nubes que se posaban por debajo de aquélla, la oscurecían un poco.

Bajó otra vez de la colina cuando los hombres de Lake empezaban a aparecer. Comenzaron a trabajar en lo que sería una continuación de su propio campamento y Prentiss le dijo a Lake lo que había visto desde la colina.

—Estamos situados entre los terrenos bajos y los altos —le explicó—. Cálculo que ésta debe ser la altitud atemperada que pueda tener Ragnarok. Sobreviviremos aquí o en ninguna otra parte. No hay otro lugar donde podamos ir.

Un nubarrón oscureció el cielo del mediodía y el viento fue apagándose hasta casi cesar del todo. Había una sensación de tensión, de espera, en el aire y Prentiss regresó junto a los rehusados para darles prisa a que se trasladaran a los bosques. Habían empezado ya, haciéndolo en grupos dispersos, acompañados de guardianes, pero faltaba organización y pasaría mucho tiempo antes de que el último de ellos estuviera a salvo en el nuevo campamento.

Él no podía estar en dos lugares distintos a un mismo tiempo, necesitaba un ayudante para poder controlar los movimientos de los rehusados y sus nuevas posesiones en los bosques, así como su empleo una vez las tenían.

Encontró al hombre que buscaba que estaba ayudando a los rehusados, un hombre delgado, quieto llamado Henry Anders, quien había luchado bien en contra de los prowlers durante la noche anterior, aun cuando su determinación y arrojo habían sido mucho mayores que su puntería. Era el tipo de persona que instintivamente se captaba la simpatía y confianza de los demás; una buena oportunidad para el subjefe cuyo trabajo sería manejar una serie de detalles en el campamento mientras él, Prentiss, junto con otro ayudante que seleccionaría, cuidaría de la defensa del campamento y de la caza.

—No me gusta éste nubarrón —le dijo a Anders—. Algo se está preparando. Reúna a todos los que pueda para ayudar a terminar de construir los refugios tan pronto como les sea posible.

—Puedo tenerles aquí a la mayoría de ellos dentro de una hora o

dos —repuso Anders—. Algunos de los más adultos, sin embargo, tendrán que tomárselo más despacio. Esta gravedad está a punto de terminar con el corazón de algunos de ellos.

—¿Cómo soportan los pequeños esta gravedad? —preguntó.

—Los bebés y los mayorcitos es difícil de poder precisarlo todavía. Pero los chiquillos de cuatro años, aproximadamente hacia arriba se fatigan rápidamente, van a dormir, y cuando despiertan vuelven a saltar y brincar.

—Quizá ellos puedan adaptarse con el tiempo a esta gravedad.

Recordó entonces lo que Lake le había dicho aquella misma mañana:

«Muchos de ellos son tan jóvenes… cuando se es joven es demasiado pronto para morir.»

—Tal vez los Gern hayan cometido una equivocación, quizá los chiquillos terrestres no sean tan fáciles de matar como ellos piensan. Es trabajo suyo, mío y de todos los demás darles una oportunidad a los chiquillos para probar que les Gern se equivocaron.

Siguió su camino de nuevo pasando por donde Julia, la muchacha que había tomado a Billy a su cargo y entonces estaba preparándose para trasladarse al nuevo campamento.

Era la segunda vez que veía a Billy aquella mañana. La primera vez Billy estaba todavía aturdido por la pena y el desconsuelo y a la vista de su abuelo no había podido resistir que le saltaran las lágrimas.

—Los Gern le pegaron —había contado entre sollozos, con su llenito rostro sangrando de nuevo al ponerse a llorar—. La hirieron y papá no estaba allí y entonces… entonces aquellas cosas la mataron…

Ahora él había tenido un poco más de tiempo para darse cuenta de lo que había sucedido y dentro de él todo había cambiado. Era una persona mucho mayor ya, casi un hombre, dentro del cuerpo de un muchacho pequeño de cinco años.

—Creo que ya lo tenemos todo Billy —le estaba diciendo Julia mientras cogía sus escasas posesiones y la maleta de Irene—. Coge tu osito de felpa y nos iremos.

Billy fue hacia donde estaba su osito y se arrodilló para cogerlo. Entonces deteniéndose dijo algo que sonó como un: «No». Dejó de

nuevo al osito en el suelo, sacudiendo un poco el polvo que tenía en su nariz mientras le hacía su último adiós con su manita, y levantándose dirigióse hacia Julia para cogerse de su mano libre.

—Me parece que no jugaré más ya con mi osito de felpa —dijo —. Ni creo que quiera volver a jugar con nada nunca más.

Entonces empezó a andar al lado de ella, abandonando a su osito allí en el suelo tras él y dejando también junto a él todas las lágrimas y risas de la infancia.

El nubarrón poco a poco fue oscureciéndose y a media tarde negras nubes tormentosas iban llegando desde el oeste. Los esfuerzos fueron intensificados para completar el traslado antes de que empezara la tormenta, lo mismo en la sección de su campamento que en la de Lake. Los refugios serían de crítica importancia y estaban siendo construidos con materiales que con la mayor rapidez habían podido conseguir; ramas muertas, maleza, y el limitado total de lonas y mantas que tenían los rehusados. No tendrían una protección muy adecuada, pero no había tiempo para construir nada mejor.

Pasaron sólo unos pocos minutos hasta que aquellas negras nubes estuvieran sobre sus cabezas, creciendo y cubriéndolo todo con una rapidez increíble. Con ellas llegó el terrible aullido del viento que caía sobre aquéllas y el viento de la tierra empezó en respuesta a agitarse también, como si hubiera sido un monstruo despertando a una llamada de su especie.

Prentiss sabía ya a quién quería como segundo ayudante. Le había descubierto trabajando duramente ayudando a construir los refugios; Howard Craig, un hombre de poderosos músculos con un rostro de aspecto duro y ceñudo como si hubiera sido de granito. Había sido Craig quien había intentado salvar a Irene de los prowlers que aquella mañana le habían atacado, sirviéndose sólo de un hacha como única arma.

Prentiss le conocía ligeramente y Craig no sabía aún que Irene hubiera sido su hija. Craig había sido uno de los ingenieros de campo por lo que tenía que haber sido la Athena Geological Survey. Había estado casado y su esposa había sido una muchachita frágil, rubia, y que había sido la primera en sucumbir ante la fatal fiebre maldita, la noche anterior, habiéndole dejado con tres chiquillos fruto del matrimonio.

—Cesaremos de seguir en la construcción de los refugios que están ya casi terminados —le dijo a Craig—. Ocuparemos el resto del tiempo que nos queda en reforzarlos contra el azote del viento. Necesito alguien más, además de Anders, para ayudarme. Creo que usted es el hombre que deseo que me ayude.

«Envíe a algunos jóvenes y hombres que vayan más ligeros a los campamentos que improvisamos la pasada noche para que corten todas las tiras de piel de prowlers que puedan encontrar. Todo él alrededor de los refugios tendrá que ser amarrados a algo sólido. Mire a ver si puede encontrar algunos expertos en montar tiendas de campaña para que le ayuden a comprobar y verificar los trabajos.

»Y dígale a Anders que las mujeres y niños serán los únicos que se refugiarán en dichos refugios. No habrá lugar para nadie más, y si algún hombre, no importa con qué clase de excusa, arroja afuera a una mujer o niño yo personalmente le mataré.

—No es necesario que se moleste —repuso Craig. Sonrió con una especie de mueca de tristeza salvaje. —Me alegrará poder encargarme de tales cosas.

Prentiss vio entonces que los montones de leña para hacer los fuegos de los vigilantes estaban a punto ya de ser encendidos cuando fuera el momento oportuno. Había ordenado a todos los vigilantes de todas las estaciones (puestos) que procuraran descansar todo lo que pudieran. No podrían hacerlo una vez la oscuridad de la noche les cubriera.

Se encontró con Lake al extremo norte del campamento de su propio grupo, que se unía con el grupo de Lake de manera que por aquel lado no era necesario tener ninguna línea de vigilancia. Lake le explicó que su campamento estaría tan bien preparado como las circunstancias actuales les permitieran dentro de una hora más. Por entonces el viento agitaba los árboles cada vez un poco más fuerte azotando con más intensidad y rudeza los refugios que había construido y parecía algo dudoso que la tormenta tardara una hora en desencadenarse.

Pero Lake necesitó toda aquella hora que había solicitado y aún media más. Luego fue oscureciendo, pero aún no se había ocultado del todo el sol. Prentiss entonces dio la orden de que empezaran a encenderse todas las hogueras a los vigilantes y que todas las

mujeres y niños pasaran dentro de los refugios que se habían construido para tales casos. Quince minutos más tarde se desencadenaba una terrible tormenta.

Ésta se presentó en forma de un fuerte chaparrón de agua muy fría. Una vez hubo oscurecido, apareció un viento con una fuerza e intensidad tal, que hacía tambalearse a los árboles. Una hora más tarde la intensidad del viento seguía cada vez con más fuerza, rompiendo contra los refugios con una violencia tal, que aquellos no estaban preparados para poderlo resistir. Las tiras de piel de prowlers se aguantaban pero las lonas y mantas eran rasgadas como banderolas que restallaban como disparos de rifle al viento antes de que fueran totalmente arrancadas, quedando sueltas y volando en la noche.

Uno a uno los fuegos de los vigilantes fueron consumiéndose, continuando cayendo una incesante lluvia proporcionando más frío y cayendo casi horizontalmente a causa del viento. Las mujeres y los niños amontonados en aquella congeladora miseria que la escasa protección de los rasgados refugios seguían dándoles y no podía hacerse nada para ayudarles.

La lluvia se transformó en nieve al llegar a la medianoche, una aullante ventisca a través de la cual la linterna de Prentiss podía penetrar iluminando solamente unos pocos pasos cuando hacía sus rondas. Andaba con dura fatiga, forzándose a sí mismo a continuar. Ya no era joven, había cumplido ya los cincuenta años y durante su azarada vida no había tenido mucho reposo.

Había sabido de antemano, como puede suponerse, que una dirección acertada comprendería mucho más sacrificio por su parte que por parte de cualquiera de los que dirigiera. Podía haberse ahorrado responsabilidades y su personal salud habría salido beneficiada. Había vivido en mundos extraños durante casi media vida; con un cuchillo y un rifle podría haber vivido, hasta que Ragnarok le hubiera destruido al fin, con mucho menos trabajo del que se requería de él como caudillo del grupo. Pero semejante acción le había parecido repugnante, e inimaginable. Todo cuanto él sabía sobre aquellos mundos hostiles para sobrevivir, era su experiencia para ayudar a los otros a que pudieran sobrevivir. De esta manera había asumido el cargo de jefe, sin admitir objeciones de ninguna clase y despreciando el hecho de que aquello iba a

acortarle su ya corto tiempo de vida en Ragnarok. Aquello era, pensaba a veces, algo así como un viejo instinto que prohibía al individuo hacerse a un lado dejando que todo el grupo muriera.

La nieve cesó de caer unas horas más tarde y el viento fue calmándose, convirtiéndose en un gélido lamento. Las nubes fueron poco a poco desapareciendo, alejándose y la estrella gigante apareció en el firmamento iluminando la tierra con su fría y luz azul.

Entonces empezaron a llegar otra vez los prowlers. Se dirigieron contra los vigilantes alineados al este y oeste, luego cayeron sobre la línea sur en un ataque feroz y en masa. Veinte de ellos lograron atravesar la línea de vigilancia, pasando a los vigilantes que no cesaban de disparar desde el sur, cayendo sobre el interior del campamento. Al hacerlo él gritó, ya previsto de antemano por él en caso de que sucediera aquello, surgió por las líneas de vigilancia:

—¡Vigilancia de emergencia!, ¡al este y oeste! ¡Cercarlos!

En el campamento, por encima de los aullidos triunfales, demoníacos de los prowlers, surgían los chillidos de las asustadas mujeres, los delicados gritos de los chiquillos y los gritos y maldiciones de los hombres, mientras trataban de combatir a los prowlers con cuchillos y porras.

Entonces los vigilantes de urgencia, cada tercer hombre de las líneas de este y oeste se arrojaron en medio de la nieve disparando a medida que avanzaban.

Los prowlers se lanzaron lejos de sus víctimas y en dirección a los vigilantes, dejando a una mujer tambaleándose a la ventura sangrando por alguna de sus arterias, herida y salpicando de oscuro la nieve iluminada de azul por el astro que brillaba en el firmamento.

El aire estaba lleno de disparos de rifles y de los agudos y salvajes chillidos que proferían los prowlers. La mitad de éstos se habrían camino dejando siete de los vigilantes muertos detrás de ellos. Los demás yacían en la nieve allí donde habían caído y los vigilantes de emergencia que sobrevivían se apresuraron a regresar a sus estaciones, cargando de nuevo una vez allí.

La mujer herida estaba encogida en la nieve y un hombre que prestaba los primeros auxilios estaba arrodillado a su lado. Se puso en pie, moviendo la cabeza, reuniéndose con los demás mientras

miraba si había alguien más herido a consecuencia de los ataques de los prowlers. No encontró a ningún herido más; todos estaban muertos, los que habían sido atacados por aquellos feroces animales. Los prowlers mataban con una formidable eficiencia.

—John...

John Chiara, el joven doctor, corrió hacia él. Sus oscuros ojos estaban llenos de preocupación tras los cristales de sus gafas y bajo las cejas ligeramente cubiertas de copos de nieve.

—La leña está humedecida —dijo—. Pasará un cierto tiempo antes de que podamos volver a encender fuego con ella. Hay bebés que morirán helados antes de que podamos hacerlo.

Prentiss contempló los prowlers que yacían muertos en la nieve y se movió hacia ellos.

—Están calientes. Quítales las tripas y pulmones.

—¿Qué...?

Entonces, interrumpiéndose los ojos de Chiara se iluminaron comprendiendo cual era la intención de Prentiss y salió corriendo sin hacer más preguntas.

Prentiss siguió su camino, para ir a hacer las rondas de los vigilantes. Cuando regresó comprobó que su orden había sido obedecida.

Los prowlers yacían encima de la nieve como antes, con sus salvajes rostros todavía torcidos en aquellas horribles muecas de la muerte, pero bien abrigados y calientes, dentro de ellos, dormían los bebés.

Los prowlers volvieron a atacar una y otra vez y cuando el sol, el pálido sol se elevó para iluminar la blanca tierra, helada, había quinientos muertos en el campamento de Prentiss; trescientos a causa de la fiebre maldita y doscientos a consecuencia de los ataques de los prowlers.

Quinientos, y había transcurrido solamente una noche en Ragnarok.

Lake le informó de que había habido seiscientos en su campamento.

—Espero —dijo con amarga aversión— que los Gern deben haber dormido confortablemente la pasada noche.

—Tendremos que construir una muralla alrededor del campamento para poder evitar a los prowlers —dijo Prentiss—. No

podemos seguir usando las pocas municiones que nos restan a la proporción que lo hemos venido naciendo en estas dos últimas noches.

—Esto será un trabajo de envergadura con la gravedad que hay aquí —dijo Lake—. Tendremos que unir ambos grupos con el fin de que la circunferencia sea lo más pequeña posible.

Así lo había pensado también Prentiss.

Había una cuestión que tendría que solventar con Lake. No podía haber dos dirigentes en un grupo unido…

Lake mirándole dijo:

—Creo que podemos seguir adelante. Los mundos extraños son su especialidad mejor que la mía. Y según las leyes de la ventaja que rigen en Ragnarok es muy posible que pronto uno de los dos deje de existir, de todas maneras.

Durante el día todos estuvieron trasladándose al centro del área del campamento y cuando los prowlers atacaron aquella noche se encontraron con un cerco de vigilantes y fuego a través de los cuales podían penetrar solamente mediante duros sacrificios.

A la mañana siguiente el sol parecía calentar un poco más y la nieve empezó a derretirse. Habían empezado a trabajar en la nueva construcción de la muralla de la empalizada… Iba a tener doce pies; de alto de manera que los prowlers no pudieran saltarla, y ya que los prowlers tenían las garras y la habilidad de los gatos para trepar, la parte superior de la empalizada tendría que ser recubierta por una hilera de agudos jalones proyectados hacia arriba y abajo. Estarían encajados en huecos en la parte superior, y fuertemente atados abajo con tiras de piel de prowlers.

Los árboles que rodeaban la parte este del campamento estaba adornada en su mayoría por gran parte de las lonas y mantas que el viento habían hecho volar durante la ventisca de la noche pasada, dejándolos enganchados en las ramas de los árboles. Una partida de muchachos, protegidos por los vigilantes de prowlers, empezaron a trepar en aquéllos con el fin de recuperarlas. Todo ello, incluso el pedazo más pequeño, fueron entregados a las mujeres quiénes lo arreglaron, ya que ellas eran físicamente incapaces de colaborar en la construcción de la empalizada. Ellas comenzaron pacientemente a coser los desgarros y jirones volviendo a dejarlo dentro de lo posible en buen uso.

La primera expedición de cazadores salió y regresó con seis piezas de cabras de los bosques, cada una de ellas tan grande como los ciervos terrestres. Los cazadores informaron que las cabras de los bosques eran animales difíciles de cazar y muy peligrosas cuando se veían acorraladas. Un cazador había sido muerto y otro malherido a consecuencia de no conocer tales detalles.

Trajeron también unos pocos animales que se alimentaban de carroña, del tamaño aproximado a dos conejos. Eran todo piernas y dientes y de pelo erizado, la carne casi era incomible. Habría sido malgastar las pocas municiones que tenían para disparar contra otros animales de aquéllos.

Había un árbol de corteza negra que la expedición Dunbar había bautizado con el nombre de árbol-lanza a causa de sus ramas tan delgadas y agudas. Su madera era tan dura como el nogal americano y tan elástico como el cedro. Prentiss encontró a dos arqueros aficionados, quiénes estaban seguros de poder construir eficientes arcos y flechas con las ramas de los árboles-lanzas.

Prentiss les dio, pues, aquel trabajo y al mismo tiempo les procuró ayuda.

Los días empezaron de pronto a ser muy cálidos, con noches que todavía seguían helando. Necesitaban refugios adecuados, pero la escasa provisión de municiones y los constantes y terribles ataques de los prowlers durante las noches hacían aún más necesaria la construcción de una empalizada. Los refugios tendrían que esperar.

Iba a buscar al doctor Chiara una tarde y le encontró precisamente cuando salía aquél, de uno de los refugios provisionales.

Un muchacho yacía dentro de aquel refugio, con el rostro enrojecido por la fiebre maldita y con ojos demasiado brillantes y demasiados oscuros cuando los alzaba para contemplar el rostro de su madre, que estaba sentada a su lado. Ella tenía los ojos secos y estaba silenciosa mientras contemplaba a su hijo, pero le tenía la mano entre las de ella, fuertemente, desesperadamente, como si de aquella manera ella pudiera tratar de evitar que él la dejara.

Prentiss marchó al lado del doctor Chiara y cuando el refugio quedó tras ellos, le preguntó:

—¿No hay esperanza?

—Ninguna —repuso Chiara—. No existe nunca ninguna

esperanza con la fiebre maldita.

Chiara había cambiado. Ya no seguía siendo el hombre rechoncho, alegre, que había sido en el Constellation, cuyos ojos castaños habían sonreído al mundo a través de los delgados cristales de sus gafas y que había hecho reír y bromear con sus pacientes asegurándoles que todos ellos se pondrían bien. Ahora estaba delgado y su rostro estaba macilento a causa de las preocupaciones que le atormentaban… Él había sido, a su modo quieto y sosegado, tan valiente como cualquiera de aquéllos que habían peleado con los prowlers. Había trabajado noche y día para combatir una forma de la muerte que él no podía ver y contra la cual no poseía arma alguna.

—El muchacho está agonizando —explicó Chiara—. Él lo sabe y su madre también. Les dije que la medicina que le he dado podía ayudarle. Era una mentira, para tratar de hacer las cosas un poco más llevaderas antes de que el fatal desenlace se presente. La medicina que le he dado eran tabletas de sal, esto es todo lo que yo tenía en mí poder.

Y entonces con gran amargura en su voz y rostro, Prentiss oyó como Chiara le explicaba:

—Usted me llama doctor, como lo hacen todos los demás. Pero yo no lo soy todavía. Soy solamente un interno de primer año. Estoy haciendo todo cuanto sé y de la mejor manera que puedo, pero comprendo que esto no es suficiente, que nunca lo será. —Lo que ha aprendido aquí, es algo que ningún doctor de la Tierra conoce ni le habría podido enseñar —repuso Prentiss—. Tiene que tener tiempo para estudiar y necesita equipos y drogas.

—Si pudiera tener antibióticos y otras drogas… Quise llevarme unas pocas provisiones del dispensario, pero los Gern no me lo permitieron.

—Algunas de las plantas de Ragnarok pueden ser de algún valor si una persona supiera descubrirlas. Precisamente acabo de hablar con Anders sobre este particular. Él le proveerá de todo lo posible en el campo, de equipo y provisiones, para la investigación de todo cuanto pueda usted necesitar para salvar las vidas de los demás. ¿Querrá intentarlo?

—Sí, naturalmente —los ojos de Chiara se habían iluminado con una nueva esperanza—. Puede que lleve mucho tiempo en

conseguir un remedio, puede que no lo consigamos nunca, pero de todas maneras me alegro de tener ayuda para poder intentarlo. Me gustaría poder ser capaz, algún día de nuevo, de poder decir a un asustado chiquillo: «Tómate esta medicina y por la mañana te encontrarás como el mejor», sabiendo además, que digo la verdad.

Los nocturnos ataques de los prowlers continuaron y las provisiones de municiones iban disminuyendo. Pasaría algún tiempo antes de que los hombres estuvieran adiestrados en el manejo de los arcos y flechas que estaban siendo cohechos. La empalizada iba levantándose tan rápidamente como podían. Ninguno de ellos estaba exento de trabajo, aunque sólo fuera para transportar estacas de un lado a otro.

Los niños, excepto los más pequeños, trabajaban al lado de los hombres y mujeres.

El trabajo se hacía mucho más penoso a causa de la gravedad de 1,5. Las personas se movían con gran dificultad en sus trabajos y ni siquiera durante la noche había alivio de gravedad. Podían solamente caer en una especie de coma parecido al sueño, el cual no les proporcionaba verdadero descanso y del que se levantaban fatigados y doloridos. Cada mañana había algunos que no se despertaban ya más, aunque sus corazones hubieran sido lo suficientemente sanos para poder resistir mucho más tiempo en el mundo de Athena.

La irresistible labor era reconocida como necesaria de cualquier modo y no hubo lamentaciones ni quejas hasta la mañana que fue abordado por Peter Bemmon.

Había visto a Bemmon en varias ocasiones en el Constellation; era un hombre fuerte, alto, de rostro redondo que había adquirido mucha importancia por su papel como un miembro de poca importancia de la Athena Planning Board.

Pero incluso en el Constellation, Bemmon había tenido la sensación de que merecía todavía un puesto más alto, y su insinuante actitud cuando estaba ante sus superiores se convertía en unas insinuaciones de encontrar defectos en las habilidades de aquéllos, comparados con las suyas, cuando aquéllos giraban la espalda.

Este resentimiento había tomado nuevos aspectos en Ragnarok, donde su anterior posición no tenía en absoluto ninguna

importancia para nadie y su carencia de cualquier conocimiento práctico o experiencia de campamentos le convertían en un trabajador más entre los demás.

El sol brillaba cruelmente caliente, el día que Bemmon escogió para desafiar la inteligencia de Prentiss como jefe. Bemmon estaba cortando y apilando estacas, un trabajo que él a veces indulgente Anders, le había dado cuando Bemmon había insistido en que su corazón estaba al borde de fallarle por los trabajos pesados. Prentiss llevaba prisa y había ya pasado de largo por el lado de Bemmon, pero éste le detuvo, de mala manera.

—Eh, ¡usted… aguarde un momento!

Bemmon tenía un hacha en la mano, pero sólo una estaca había en el suelo; y su rostro estaba rojo por la ira y la cólera, no de esfuerzo y cansancio. Prentiss se detuvo, preguntándose si Bemmon iría a decirle alguna tontería y con ganas de pelea, cuando Bemmon se le acercó.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Bemmon haciendo que la cólera que le invadía, sonara en su voz de una manera extraña—, ¿piensa que toleraré esta absurda situación?

—¿Qué situación? —preguntó Prentiss.

—Esa estúpida insistencia en hacerme dedicar a trabajos manuales. Yo soy un miembro de la Athena Planning Board en Ragnarok y seguramente puede usted darse cuenta de la confusión que rodea a estas gentes —dijo Bemmon indicando a los hombres que se apresuraban en sus trabajos, así como las mujeres y niños que les ayudaban— y que puede ser transformada en un esfuerzo organizado y eficiente sólo mediante una supervisión adecuada. Sin embargo, mis habilidades en tal sentido han sido totalmente ignoradas y he sido obligado a trabajar como un vulgar jornalero, ¡un vulgar corta-maderas!

Arrojó el hacha al suelo con desprecio, en medio de las rocas que había a sus pies, respirando dificultosamente a causa del resentimiento y odio que le embargaban.

—Exijo el debido respeto para el cual estoy capacitado.

—¡Mire! —dijo Prentiss.

Señaló a un grupo que precisamente en aquel momento pasaba por delante de ellos. Una muchacha de unos dieciséis años quedaba casi doblada bajo el peso de la pala que estaba transportando, su

rostro en otro tiempo lindo y sonrosado y ahora sudoroso. Tras ella dos muchachos de doce años arrastraban una todavía mejor. Tras ellos venían chiquillos aún más jóvenes, cada uno de ellos llevando tantas varillas señaladas como les permitían sus escasas fuerzas sin importar, aunque sólo fuera una. Todos ellos intentaban apresurarse a cumplir tanto como les fuera posible y ninguno de ellos se quejaba aunque estaban ya vacilando de debilidad.

—¿De manera que usted cree ser merecedor de más respeto? —preguntó Prentiss—. Esos chiquillos trabajarían más arduamente si usted les estuviera dando órdenes desde la sombra de un árbol… ¿no es eso lo que quiere decir?

Los labios de Bemmon se atirantaron y el odio era como un resplandor que iluminaba su rostro. Prentiss fijó los ojos en la única estaca que Bemmon había cortado en aquella mañana y luego los posó en las blancas y suaves manos de Bemmon. Luego observó el hacha que aquél había arrojado entre las rocas y lo que se había producido al estrellarse contra las rocas. Aquella era una de las mejores hachas, entre las pocas que tenían, que él recordaba…

—La primera vez que vuelve a descantillar esta hacha voy a rajarle el cráneo con ella —dijo—. Cójala y vuelva al trabajo. Pero fíjese que digo trabajo. Tendrá ampollas reventadas en los dedos. Esta noche o mañana será trasladado a la cuadrilla de transportar estacas. Y ahora, ¡largo!

Todo lo que Bemmon había pensado con furia había desaparecido ante la cólera de Prentiss. Se había puesto en movimiento para obedecer la orden de aquél, pero el odio seguía en su rostro y cuando el hacha estuvo de nuevo en sus manos hizo un último intento de bravata.

—Día llegara en que rehusaremos tolerar por más tiempo sus sádicas exposiciones de autoridad.

—Bien —dijo Prentiss—. A todo aquél que no le agrade mi estilo será bien recibido en su intento de cambiarlo o tratará de reemplazarme. Con cuchillos o porras, rifles o hachas rotas Bemmon, de cualquier manera y en cualquier ocasión.

—Yo… —Los ojos de Bemmon fueron del hacha que tenía en sus manos al largo cuchillo del cinturón de Prentiss. Pareció tragar saliva con cierta dificultad haciendo mover la nuez del cuello y moviendo su brazo en cuyo extremo sostenía el hacho, dando media

vuelta súbitamente y largándose con el rabo entre piernas, como quien dice, al tiempo que exclamaba—: —No quiero pelear… para reemplazarle…

Tragó de nuevo y su rostro pareció querer forzar un ligero conato de sonrisa, de congratulación.

—No quiero faltarle al respeto ni enturbiar el buen trabajo que está llevando a cabo. Lamento lo ocurrido.

Entonces se alejó de prisa, como un hombre contento de poder escapar y empezando a partir estacas con una inusitada velocidad.

Pero el odio que le embargaba no había podido ser disimulado bajo aquella falsa sonrisa; y Prentiss sabía que Bemmon era un hombre al que siempre tendría por enemigo.

Los días fueron sucediéndose en monótona rutina, pero los músculos de los incansables trabajadores fueron robusteciéndose lentamente y las personas se movían sin tener que hacer un esfuerzo tan laborioso como al principio.

Al vigésimo día de su permanencia allí, la pared estuvo por fin terminada y el campamento estaba a prueba de los ataques de los prowlers.

Pero el tiempo durante la primavera era una terrible sucesión de calor, frío y tormentas que era lo que más producía la fiebre maldita, que cada día cobraba su peaje y por ello no había descanso posible. Los refugios para resistir el tiempo tenían que ser construidos tan rápidamente como les fuera posible.

Por esta razón empezaron cuanto antes a construirlos; con fatiga y a veces desesperanzadamente, pero sin dejar de profesar aquel odio y maldiciones a los Gern, más que nunca.

No se produjeron más complicaciones con Bemmon. Prentiss casi se había olvidado de él cuando fue públicamente desafiado una noche por un hombre amenazador y corpulento llamado Haggar.

—Tengo entendido que se ha jactado de que pelearía con cualquier hombre que estuviera en desacuerdo con usted —dijo Haggar sombríamente—. Pues bien, aquí estoy yo. Usaremos cuchillos y antes de que ellos tengan tiempo de enterrarle esta noche yo voy a tener a sus secuaces apartados de un puntapié y en su lugar hombres que nos guiarán y que serán más competentes, en lugar del desatinado autoritarismo.

Prentiss se dio cuenta de que Haggar parecía tener una pequeña

dificultad en pronunciar la última palabra, como si se la hubiera aprendido recientemente.

—Con mucho gusto procuraré complacerle —repuso Prentiss suavemente—. Procúrese el cuchillo.

Haggar ya tenía uno, un cuchillo de carnicero de larga hoja. Y el duelo dio comienzo. Haggar era sorprendentemente apto con un cuchillo, pero nunca, había tenido ocasión de poder adiestrarse ni experimentar su destreza en combates como los exploradores interestelares como Prentiss tenía. Haggar era bueno, pero no lo suficientemente para poder vencer.

Prentiss no le mató. No porque sintiera remordimiento en hacerlo, sino porque habría sido una innecesaria pérdida de la tan necesaria ayuda de hombres. Le dio a Haggar una cuidadosa y sangrienta lección que seguramente por un tiempo habría desvanecido toda aquella clase de posibles disturbios de la misma índole que pudieran surgir. El duelo había terminado sólo un minuto después de haber dado comienzo.

Bemmon que había presenciado el desafío con notable interés y que había visto la derrota de Haggar con nerviosismo, se convirtió en adelante en una persona excesivamente amiga y partidaria de Prentiss. Éste estaba seguro, aunque no tenía pruebas de ello, de que había sido Bemmon quien había instigado a Haggar a desafiarle de aquella forma.

Sin embargo, en vista de lo que había sucedido a Haggar debió aplacar los deseos de revancha de Bemmon, quién a partir de aquel entonces se convirtió casi, en un trabajador modelo.

Como Lake había predicho, él y Prentiss trabajaban muy bien juntos. Lake había tomado tranquilamente un papel secundario, sin interesarle en absoluto tomar posesión de la autoridad sino sólo de la supervivencia de los rehusados.

Hablaron de la rendición del Constellation sólo en una ocasión, para decir:

—Yo sabía que sólo podía haber Ragnarok en esta sección del espacio. Tuve que ordenar a cuatro mil personas que fueran como un rebaño de ovejas a lo que tenía que ser su lugar de ejecución, mientras que cuatro mil más podrían vivir como esclavos. Aquél fue mi último acto como oficial.

Prentiss sospechaba que Lake encontraba imposible no culparse

inconscientemente por lo que las circunstancias le habían obligado a hacer. Aquello era irracional, pero la conciencia de los hombres con bastante frecuencia acostumbraba a ser un poco irracional en su sentido de responsabilidad.

Lake tenía dos ayudantes: un muchacho genial, de cabellos pelirrojos llamado Ben Barber, que habría sido un granjero en Athena, pero que hacía un buen subjefe en Ragnarok y además otro que era un muchacho delgado gatuno llamado Karl Schroeder.

Schroeder aseguraba tener veinticuatro años, aun cuando a pesar de las cicatrices de su rostro no aparentaba tener más de veintiuno. Sonreía frecuentemente, tal vez con demasiada frecuencia. Prentiss había visto sonrisas como aquélla en ocasiones anteriores. Schroeder era el tipo de hombre que podía sonreír mientras estaba matando a un hombre y probablemente así era.

Pero si Schroeder era un testarudo luchador y quizá un asesino eran cualidades que reservaba exclusivamente para los prowlers. Era la mano derecha de Lake. Un certero y destructivo tirador y que desconocía por completo lo que era el miedo.

Una tarde después que Lake le hubo dado a Schroeder algunas instrucciones concernientes a las actividades de la siguiente mañana, Schroeder respondió con la acostumbrada sonrisa y las palabras siguientes:

—Vigilaré que así se haga, comandante.

—No. Comandante, no —repuso Lake—. Yo, lo mismo que todos nosotros, dejamos nuestros rangos, títulos y honores a bordo del Constellation. El pasado murió para nosotros.

—Comprendo —repuso Schroeder. La sonrisa desapareció por unos momentos de su rostro y miró fijamente a los ojos de Lake mientras le formulaba la siguiente pregunta—: ¿Y nuestros deshonores qué, o nuestras desgracias?

—Quedaron también en el Constellation —repuso Lake—. Si alguien quiere deshonor tendrá que empezar de nuevo.

—Eso suena bien —dijo Schroeder—. Suena a algo mejor de lo que nadie podía esperar.

Dio media vuelta y Prentiss vio lo que había visto en otras ocasiones. El cabello negro de Schroeder estaba saliendo en sus raíces de color castaño claro. Era el color que mejor ligaba con su complexión y era el color del cabello de un hombre llamado

Schroeder perseguido por la policía de Venus.

El cabello podía ser teñido, las tarjetas de identidad podían ser olvidadas, pero aquello era algo en lo que Prentiss no quería hurgar hasta y si Schroeder no le daba ocasión para ello. Éste había sido un hombre peligroso y duro a pesar de su extremada juventud, y a veces hombres de aquel tipo, cuando las circunstancias lo requerían, demostraban un alto sentido de la dignidad y sensatez, que muchos hombres cabales que hablan piadosamente del respecto a la sociedad, y que en realidad temen tener que enfrentarse con el peligro de proteger a la sociedad o bien a las personas a las que dice respetar.

Once noches después de haber terminado la construcción de la muralla, tan sólo un prowler atacó. Llegó silenciosamente, al finalizar la noche, y se las arregló de manera para poder encontrar el punto flaco para poder desatar las estacas en el lugar donde aquellas estaban colocadas dentro de los huecos. Fue descubierto mientras estaba arrancando la tercera estaca, lo cual habría sido ya suficiente para dejarle pasar a través y entonces dispararon.

Cayó, pero se esforzó en alejarse de allí escondiéndose en los bosques, aunque avanzaba tambaleándose y sangrando al mismo tiempo.

A la noche siguiente la empalizada fue atacada por docenas de prowlers que simultáneamente empezaron a remover las estacas de la misma manera que lo había hecho el prowler que había atacado la noche anterior. Sus ataques terminaron con ambas perdidas por ambos bandos y con una terrible disminución de las preciadas municiones.

No había duda alguna de la manera que se habían enterado de saber remover las estacas de la empalizada. El prowler que hirieron la noche anterior se lo había hecho el prowler que había atacado la noche prowlers tuvieran un lenguaje para expresarse, pero era indudable que tenían algún medio de comunicación. Trabajaban juntos y eran desde luego muy inteligentes, probablemente una clase media entre el animal y el hombre.

Los prowlers iban a ser un enemigo incluso más formidable de lo que Prentiss había supuesto.

Las estacas destrozadas fueron reemplazadas al día siguiente y las demás fueron atadas y fijadas con más seguridad. De nuevo el

campamento estaba a prueba de los prowlers, pero sólo por el corto espacio de tiempo que los armados vigilantes que patrullaban por el interior de las murallas pudieran ir matando a los prowlers que intentaban por todos los medios arrancar las estacas.

Las patrullas de cazadores sufrieron considerables pérdidas por los ataques de los prowlers durante aquel día y la tarde siguiente, mientras los vigilantes estaban patrullando por dentro de la estacada. Lake le dijo a Prentiss:

—Los prowlers son condenadamente persistentes. Y lo más curioso es que no están hambrientos, no nos matan para encontrar comida. No tienen razón alguna para hacerlo, sencillamente nos odian y quieren exterminarnos.

—Tienen una razón —dijo Prentiss—. Están haciendo lo mismo que estamos haciendo nosotros. Luchan para sobrevivir.

Las pálidas cejas de Lake se alzaron interrogantes.

—Los prowlers son los jefes de Ragnarok —explicó Prentiss—. Ellos lograron su puesto aquí, así como los hombres lo hacen en la Tierra, hasta que quedaron como los superiores de todas las criaturas del mundo. Incluso de los unicornios y de las serpientes de las ciénagas. Pero ahora hemos llegado nosotros y ellos son lo suficientes inteligentes para saber que nosotros estamos acostumbrados a ser de una especie dominante.

»No puede haber dos especies que dominen el mismo mundo, y ellos lo saben muy bien. Hombres o prowlers, al final unos u otros sucumbirán antes que los otros.

—Creo que tiene razón —dijo Lake. Observó a los vigilantes de una patrulla de las cuales estaba ya armada exclusivamente con arcos y flechas que no habían tenido tiempo de practicar ni de aprender a usar—. Si ganamos la batalla de la supremacía sería a costa de una larga y cruenta batalla, que quizá durará a través de varios siglos. Y si al contrario son los prowlers los que venzan, puede que lo hagan en un período de un año a dos.

La gigante estrella azul que era el otro componente del binario de Ragnarok crecía ligeramente, mientras precedía al sol amarillo más lejano cada mañana. Cuando llegara el verano la estrella azul sería un sol tan cálido como el amarillo y Ragnarok quedaría entre ambos. El sol amarillo asaría la Tierra durante el día entero y la estrella azul calentaría durante la noche que no sería tal. Luego

vendría un breve otoño, seguido por un largo y crudo invierno cuando el sol amarillo aparecería pálido y frío alejado hacia el Sur y la estrella azul sería de nuevo meramente una estrella, a doscientas cincuenta millas de distancia e invisible detrás del frío sol amarillo.

La fiebre maldita había disminuido con la terminación de los refugios, pero todavía mataba cada día. Chiara y sus ayudantes trabajaban incansablemente y con determinación para encontrar un remedio para poder atacarla, pero el remedio si es que lo había, escapaba a sus posibilidades. Las tumbas en los cementerios tenían cincuenta de largo por cuarenta de ancho y cada día se añadían otras nuevas. Para todos el hecho se hizo bien patente: poco a poco iban siendo liquidados sin cesar y tenían todavía a Ragnarok con lo peor.

Los naturales instintos de supervivencia, fueron sostenidos por ellos mismos y se concertaron matrimonios entre los jóvenes. Una de las primeras jóvenes en casarse fue Julia.

Una tarde Prentiss se detuvo a charlar con ella. Llevaba todavía aquella falda roja, remendada y arreglada, pero su rostro aparecía fatigado y pensativo y ya no estaba tan lleno como cuando estaba en el Constellation.

—¿Es verdad John —preguntó Julia— que sólo unas pocas de nosotras podremos tener hijos aquí y que la mayoría de las que lo intenten en esta gravedad pueden morir por ello?

—Es verdad —repuso Prentiss—. Pero ya lo sabrás cuando te cases.

—Sí… lo sabré. —Hubo una ligera pausa—. Toda mi vida he sido alegre y he hecho lo que me ha parecido. La raza humana no me necesitaba y ambos lo sabíamos. Pero ahora, ninguno de nosotros puede apartarse de los demás ni tener miedo de nada. Si somos egoístas y tenemos miedo llegará un tiempo en que el último de nosotros muera y no quedará nada en Ragnarok para demostrar que nosotros estuvimos aquí.

»Yo no quiero que todo termine de esta manera. Quiero que queden chiquillos cuando nosotros hayamos desaparecido. Por ello voy a intentar tener hijos. No tengo miedo ni lo tendré.

Al ver que él no respondía ella añadió casi para sí:

—Viniendo de mí esto debe parecer una tontería, supongo.

—Por el contrario me parece una cosa espléndida y muy

inteligente, Julia —dijo— y es exactamente lo mismo que yo pensaba que ibas a decir.

Luego llegó en su pleno la primavera y la vegetación se cubrió de hojas y brotes y además muchas flores, rápidamente como si por instinto supieran que tenían poquísimo tiempo para crecer y reproducirse antes de que el terrible verano llegase, para extinguirlas. Los prowlers emigraron, para dirigirse hacia el Norte, y durante una semana los hombres pudieron andar y trabajar sin ser necesaria la constante vigilancia de los guardianes armados.

Entonces apareció un nuevo peligro, el único que ellos no esperaban: los unicornios.

La estacada era una pared azul-negra en forma de rectángulo detrás de ellos y la estrella azul iluminaba con un resplandor equivalente a una docena de lunas, iluminando los bosques con una coloración azul y sombras de azur. Prentiss y el cazador andaban un poco más adelantados que los demás, dos hombres provistos de rifles, dando vueltas para mantenerse en los claros de la estrella.

—Fue la del otro lado del siguiente grupo de árboles —decía el cazador en voz baja—, Fred estaba ya a punto de llevar el resto de las cabras de los bosques. No podía estar a más de diez minutos detrás mío, y eso ha sido hace más de una hora.

Rodearon el grupo de árboles a que se había referido. Al principio parecía que allí no había nada más que vacíos y herbosos claros.

Fue entonces cuando le vieron tendido en el suelo a no más de veinte pies delante de ellos.

Era, mejor dicho había sido, un hombre. Estaba completamente destrozado y pisoteado de una manera horrenda, con los brazos arrancados de su cuerpo.

Por un momento reinó el más profundo silencio, pero en seguida el cazador preguntó con voz vacilante:

—¿Qué ha sido?

La respuesta vino acompañada por un grito salvaje, espeluznante y por el ruido algo parecido a un trote que se acercaba a ellos cada vez más. Una sombra sin forma precisa detrás de los árboles se materializó en un monstruoso bulto que iba a embestirles; una cosa parecida a un gigantesco toro gris, de unos ocho pies de altura hasta los hombros, con la cabeza provista de un colmillo, parecida a la de

un jabalí y reflejándose con la luz, haciendo más horrible aquel único cuerno que medía una considerable longitud.

—¡Unicornios! —gritó Prentiss, levantando el rifle.

Los rifles dispararon con gran estruendo, en una tremenda descarga. El unicornio lanzó agudos chillidos con furia y embistió al cazador con su cuerno, lanzándole a treinta pies. Uno de los otros hombres que les acompañaban cayó bajo las pezuñas del unicornio, dando un espeluznante chillido que terminó tan pronto casi como empezó.

El unicornio pateó repetidas veces el suelo con furia, mientras daba vueltas para embestir a Prentiss y al otro hombre que quedaba. Para dar la vuelta no lo hacía como las bestias de la tierra provistas también de cuatro patas, sino que se levantaba y giraba sobre sus patas posteriores. Las mantenía levantadas al girar, con la punta de su cuerno a quince pies por encima de la tierra y con sus pezuñas agitándose al moverse como si fueran tremendas porras. Prentiss disparó de nuevo, apuntando en lo que él creía debía ser una red vital, y el hombre que le acompañaba disparo instantes después.

Los disparos dieron en el blanco. El unicornio siguió moviéndose, pero cayó casi instantáneamente al suelo, con agitada pesadez.

—¡Le dimos! —gritó el que acompañaba a Prentiss—. La...

El unicornio vacilando logró ponerse casi de pie y produjo un ruido; una llamada que resonó en medio de la noche como si hubiera sido un toque de corneta. Después cayó al suelo, para morir mientras su llamada todavía resonaba en la cercana colina.

Desde el este llegó una llamada similar que parecía ser la respuesta; un trompeteo que llegó así mismo desde el norte y sur. Luego siguió un redoble bajo, susurrante como el producido por miles de pezuñas.

El rostro del compañero de Prentiss estaba de un blanco azulado, por la luz que despedía la estrella azul.

—¡Vienen los otros... tendremos que correr!

Dio la vuelta y empezó a correr hacia la alejada construcción de la empalizada.

—¡No! —gritó Prentiss, rápido y agudamente—. A la empalizada no!

El hombre siguió corriendo, como si no hubiera oído, en medio de su pánico la advertencia del otro. Prentiss volvió a llamarle de nuevo:

—¡A la empalizada no...!, ¡dirigirá a los unicornios directamente a ella!

De nuevo el hombre pareció no haberle oído.

Los unicornios empezaban a verse, convergiendo del norte, este y sur, con el estruendo de sus pezuñas retumbando, como un trueno que llenara la noche. El hombre que estaba con Prentiss llegaría a la empalizada sólo un poco antes que aquéllos y los unicornios atravesarían la muralla como si aquélla hubiera sido de simple papel.

Por un instante el interior del área de la empalizada sería un conglomerado de polvo, gritos y chillidos, junto con el ruido de los atacantes unicornios y los gritos de los que irían agonizando. Los que estaban dentro de la empalizada no tendrían ninguna posibilidad de escapar. Dentro de dos minutos estaría ya allí, sobre ellos descubriendo el último chillido escondido de aquellos refugios que no les habrían servido para nada, quedando todos inertes en el ensangrentado suelo.

Dentro de dos minutos todo lo más, toda vida humana en Ragnarok habría terminado.

Sólo quedaba una cosa por hacer.

Se arrodilló de manera que su puntería fuera más firme y apuntó con su rifle la espalda del hombre que corría como un loco.

Apretó el gatillo y el rifle resonó con estruendo, golpeándole en el hombro donde lo apoyaba.

El hombre vaciló y cayó pesadamente al suelo. Dio la vuelta, levantándose con trabajo y miró hacia atrás, con el blanco rostro con un gesto de incredulidad y acusación.

—¡Ha disparado... con... tra... mí...!

Luego cayó hacia adelante y quedó inmóvil.

Prentiss se volvió para enfrentarse con los unicornios y para dirigir su mirada hacia el grupo de árboles del cercano grupo. Vio lo que ya de antemano sabía: eran árboles jóvenes y demasiado pequeños para ofrecer alguna posibilidad de salvación. No había donde dirigirse, ni donde correr para esconderse.

No quedaba nada más que hacer que esperar. No podía hacer

nada sino permanecer quieto a la luz de aquella estrella azul y ver como los endiablados animales iban acercándoseles cada vez más y pensar en el último momento de su vida, cuan brusca e inesperadamente puede llegarle a un hombre la muerte en Ragnarok.

Los unicornios tuvieron a los rehusados prisioneros dentro de su propia empalizada durante todo el resto de aquella noche y todo el día siguiente.

Lake había visto la muerte por el disparo de Prentiss hacia aquel hombre que huía, así como la avalancha de los unicornios sobre Prentiss hasta que lo hubieron matado y luego pisotearon al hombre que yacía ya muerto.

Dio inmediatamente la orden de preparar unos fuegos todo alrededor del interior de la empalizada cuando los unicornios se detuvieron para despedazar a sus víctimas en varios pedazos. Gruñendo y lanzando gritos de triunfo cuando los huesos de aquellos crujían bajo sus dientes y arrojaban los pedazos a un lado.

Una vez los fuegos estuvieron preparados fueron encendidos y a ellos se arrojaban ramas de leña verde con el fin de que el humo que aquéllas producían duraran todo el tiempo posible. Luego cuando los unicornios entraran en la empalizada, todos y cada uno de las personas que estaban allí deberían ir a esconderse en los refugios.

Lake había dado ya su última orden: Tenía que haber un absoluto silencio hasta que los unicornios se hubieran marchado. Una quietud que tenía que ser mantenida aunque para ello tuviera que hacerse uso de la porra o bien de los puños, si era necesario.

Los unicornios permanecieron al exterior de la muralla todavía al llegar la mañana. Los fuegos no podían ser alimentados con más leña; la sola visión de un hombre moviéndose dentro de la empalizada habría puesto a toda la manada de unicornios en movimiento. Las horas iban sucediéndose, el humo de las hogueras iba extinguiéndose lentamente. Los unicornios permanecían atisbando con atención y recelando, amontonándose junto a la empalizada y observando por la abertura que había entre las estacas.

El sol estaba ya en su ocaso cuando un unicornio lanzó uno de aquellos gritos peculiares; pero esta vez sonó de manera distinta a

la de la otra llamada de batalla. Los demás levantaron sus cabezas para escuchar, luego dieron media vuelta y se alejaron. Al cabo de unos minutos toda la manada había desaparecido de la vista entre los bosques en dirección sur.

Lake esperó aún un largo rato hasta estar completamente convencido de que los unicornios se habían ido ya. Entonces ordenó rápidamente despejar, y corrió hacia la pared que daba al sur, para observar a través de las rendijas de las estacas de la valla, esperando no ver, lo que estaba suponiendo vería.

Barber llegó detrás suyo, para respirar con alivio:

—¡Esto ya ha terminado! Es difícil hacer que tantas personas permanezcan en total y absoluto silencio hora tras hora. Especialmente los chiquillos... Ellos no pueden comprender...

—Tendremos que marchar —dijo Lake.

—¿Marchar? —preguntó Barber—. Podemos hacer que esta empalizada sea lo suficiente reforzada para poder resistir a los unicornios.

—Mira hacia el sur —le indicó Lake.

Barber así lo hizo, y vio lo que Lake había visto ya; una tremenda y espesa nube de polvo moviéndose lentamente hacia ellos.

—Otra manada de unicornios —explicó Lake—. John no sabía que ellos emigraban. La expedición Dunbar no permaneció el tiempo suficiente en Ragnarok para enterarse de este detalle. Vendrá manada tras manada y no dispondríamos de tiempo suficiente para ir reforzando cada vez que nos atacaran, nuestras paredes de la estacada. Tendremos que marchar esta misma noche.

Se hicieron todos los preparativos necesarios para la marcha; preparaciones que consistían en su mayor parte en proveer a cada persona con la mayor cantidad posible de comida y provisiones que pudiera llevar. Con la gravedad de 1,5 no podía ser mucho.

Partieron cuando la estrella azul se alzaba en el firmamento.

Partieron en fila a través de la puerta del borde y el vigilante de retaguardia le cerró detrás de ellos.

Entre ellos apenas si había conversación.

Algunos volvían las cabezas para contemplar por última vez, quizá el único hogar que habían tenido en Ragnarok, luego volvían a mirar de nuevo al frente y hacia el noroeste, donde las faldas de

las praderas podían ofrecerles un refugio.

Encontraron asilo al segundo día; una cordillera cálida y con gran cantidad de cuevas. Los hombres fueron enviados de nuevo todos a la vez, a la empalizada para traer la comida restante y demás provisiones que allí habían dejado, para trasladarlas al nuevo hogar, que momentáneamente tenían.

Regresaron para informar que la segunda manada de unicornios había destrozado totalmente las paredes de la empalizada destruyendo todo cuanto había en su interior. La mayor parte de comida y provisiones hablan sido también destruidas.

Por segunda vez les envió Lake para que trajeran todo lo que quedaba, hasta los más pequeños pedazos del retorcido metal o rasgado tejido. Podían tener utilidad para todo aquello, en el futuro.

El sistema de cuevas era extenso; conteniendo lugar para albergar a un grupo varias veces más numeroso que el que ellos formaban.

La profundidad de las cuevas era tal, que no podrían ser habitadas hasta que unos conductos de ventilación hubieran sido hechos en ellas, pero las cavas que estaban más al exterior eran más que suficientes en número.

El primer trabajo que empezaron por hacer, consistió en recoger todas las piedras que se habían ido acumulando, aprovechando este material para nivelar el suelo.

No muy lejos de las cuevas brotaba un manantial y el acceso a las mismas era tan estrecho y escarpado que los unicornios sólo podrían hacerse a ellos con mucha dificultad y haciéndolo de uno en uno. Y si llegaban a conseguir poder pisar la entrada natural que formaba la terraza delante de las cuevas se encontrarían con que eran demasiado grandes para entrar en ellas y no podrían hacer más que permanecer fuera, sirviendo de blanco a los arqueros que estarían dentro apuntándoles.

Anders era el encargado de conseguir poner en condiciones de habitabilidad aquellas cuevas, siendo sus fuerzas de trabajadores restringida, casi en su totalidad mujeres y niños.

Lake había enviado a Barber afuera para hacer un reconocimiento, con un destacamento pequeño de hombres, para observar qué clase de plantas eran las que comían las cabras del bosque. Y luego aprender mediante experimentos, si tales plantas

podían ser comidas sin peligro por los humanos.

La necesidad de la sal sería tremendamente crecida cuando llegara el verano. Ya una vez había experimentado lo que era carecer de ella durante dos semanas en el desierto, y por ello Lake dudaba de que pudieran ninguno de ellos sobrevivir si no podían encontrar dicha substancia. Todas las partidas de cazadores, así como la de Barber, tenían orden de investigar todos los depósitos que pudieran contener sal, así como los arroyos o estanques que acumularan pequeños bancos blanquecinos.

Las partidas de cazadores eran de suprema importancia y tenían que hacer esfuerzos prácticamente superiores a sus fuerzas. Todo hombre físicamente capaz para hacerlo les acompañaba. Aquéllos que no mataban a las piezas podrían llevarlas luego a las cuevas. No había tiempo que perder. Los unicornios iban menguando ya en número y las cabras del bosque iban alejándose cada vez más y más hacia el norte.

Al terminar el vigésimo día, Lake salió en busca de la expedición de Barber, preocupado por la suerte de aquellos hombres. Su misión era una de las más peligrosas, tanto como las de las cuadrillas de caza.

No tenían prueba alguna de que los seres humanos y los habitantes de Ragnarok fueran lo suficiente similares para garantizar que la comida que unos podían injerir, no fuera veneno para los otros. Era una misión muy necesaria a cumplir, sin embargo. La carne seca solamente, podía producir graves enfermedades por deficiencia durante el verano, toda vez que las hierbas secas y fruta podrían servir de gran ayuda y previsión.

Cuando consiguió localizar a la partida de Barber, encontró a éste tendido bajo un árbol, pálido y enfermo por su último experimento, pero ya en vista de recuperación.

—Ayer fui yo el conejillo de indias —explicó Barber—. Probé unas cerezas pequeñas rojas que las cabras del bosque comen a veces, tal vez contienen vitaminas o algo similar. Creo que comí demasiadas porque aceleraron los latidos de mi corazón de una manera desaforada.

—¿Han encontrado al fin alguna cosa interesante? —preguntó Lake.

—Hemos encontrado cuatro hierbas distintas que son los más

violentos purgantes que pueda usted imaginarse. Y un pequeño helecho plateado que sabe a vainilla sazonada con azúcar candy y que paraliza a uno tanto como oír la sentencia fatal. Se encuentra a una hora antes de llegar aquí.

»Pero por otro lado encontramos tres clases de diferentes hierbas, al parecer buenas. Las hemos arrancado y las colgamos de los árboles para hacerlas secar.

Lake probó las hierbas comestibles y descubrió que tenían un sabor parecido a las espinacas. Había la posibilidad de que contuvieran las vitaminas y minerales necesarios.

Ya que las partidas de caza estaban alimentándose exclusivamente de carne, tendría que indicarles todas aquellas hierbas comestibles a todos ellos de manera que las conocieran y supieran que podían comerlas para suplir las deficiencias de la dieta.

Iba solo de una a otra partida, visitándolas todas, encontrando en cada viaje cada día más seguridad, mientras los mermados unicornios iban perdiéndose de vista. Sin embargo, era una seguridad que no acogió con alegría; aquello significaba que las últimas cabezas de caza se habrían ido hacia el norte, antes de tener tiempo suficiente para recoger la cantidad de carne que necesitarían para poder subsistir.

Ninguna de las partidas de caza, informaba con suerte. Las cabras del bosque, rápidas y esquivas, estaban alejándose al mismo tiempos que los unicornios. Había sido disparado el último cartucho y los arqueros mientras, aprovechaban el tiempo para adiestrarse, estaban muy lejos de ser unos expertos en el manejo de aquellas armas, nuevas para ellos y totalmente desconocidas. Los unicornios, que habrían sido su mayor fuente de abastecimiento de carne, eran invulnerables a las flechas a menos que éstas fueran disparadas a una distancia muy corta, y acertando un punto determinado del cuello, precisamente detrás de la cabeza. Y a tan corta distancia los unicornios arremetían y difícilmente presentaban tal blanco.

Hizo el largo camino que le condujo hasta la cima de la meseta al lado sur, permaneciendo quieto y observando, una vez hubo llegado a la cumbre.

Era una vasta extensión sin arboleda, verde, y completamente plana, que se extendía hacia el norte, hasta el punto donde le

alcanzaba la vista.

Una extensión montañosa, todavía cubierta por la nieve, se extendía aproximadamente a unas cien millas al noroeste; desde aquella distancia parecía como una nube blanca y baja, encima del horizonte. No se veían más montañas ni colinas que enturbiaran la clara visión sin límites de la alta planicie.

La hierba crecía allí delgada y por aquí y allá había pequeños arroyos de agua producidos por la reciente fundición de la nieve. Era una tierra paradisíaca por los herbívoros de Ragnarok, pero para los hombres era un terreno duro y además prohibido.

A aquella altura el aire era tan débil que sólo un moderado esfuerzo hacía la labor del corazón y de los pulmones, dolorosa en extremo. Un esfuerzo duro y prolongado era imposible de realizar.

Parecía inverosímil que los hombres pudieran dar muerte y desafiar los ataques de los unicornios a semejante altura, pero dos partidas de cazadores le precedían; uno de ellos bajo las órdenes de Carig y otras bajo las del intrépido Schroeder, ambas partidas estaban formadas por hombres jóvenes y fuertes, escogidos entre todos los rehusados que se encontraban allí.

Encontró a Schroeder a primera hora de la mañana, dirigiendo a sus hombres hacia adonde había visto una pequeña manada de cabras del bosque. Dos unicornios estaban paciendo allí y los cazadores se alejaron de ellos a toda prisa. Schroeder le vio llegar y retrocedió un poco para encontrarse antes con él.

—Bienvenido a esta encantadora tierra —le saludó Schroeder—. ¿Cómo marchan las cosas en las demás partidas de cazadores?

Schroeder era delgado y se notaba en él una especie de fatiga en todos sus movimientos. Sus patillas parecían a un salvaje alazán erizado y a través del hueco de su mejilla se le veía la señal de una deforme cicatriz de una herida a medio curar. Tenía otro rasguño en el brazo y además en la oreja algo se le había cogido.

Le recordaba a Lake, al verle tan lleno de cicatrices al indomable gato que nunca quería por mucho tiempo que viviera, renunciar a la alegría que le producían los conflictos y el peligro.

—Hasta ahora —repuso— usted y Craig son los dos únicos grupos que han pisado la meseta.

Se interesó también por la suerte de Schroeder y se enteró de que había sido mucho mejor que la de los otros ya que habían dado

muerte a tres unicornios, siguiendo el método que Schroeder había introducido.

—Toda vez que el arquero tiene que estar a un lado del unicornio para darle muerte —explicó Schroeder— sólo requiere que haya un hombre allí haciendo de cebo, dejando así que al perseguirle a él, los demás arqueros que estén escondidos puedan matarle. Si no hay más que uno o dos unicornios y si el hombre cebo no tiene que correr demasiado y además los arqueros no yerran la puntería el trabajo se puede hacer bien.

—A juzgar por las apariencias —dijo Lake— usted, debe de haber sido el hombre cebo cada vez.

—Verá —repuso Schroeder encogiéndose de hombros—, al fin y al cabo ha sido idea mía.

—Me he estado preguntando si habría otra manera de poder disparar desde un distancia más corta y sin muchos riesgos —explicó Lake—. Tomando la piel de una cabra de los bosques y dándole su forma original dentro de lo posible, claro está, y dentro de ella un arquero escondido sería capaz de fingir ser una cabra paciendo tranquilamente hasta lograr el disparo certero.

Los unicornios no sospecharían nunca de dónde procederían las flechas —concluyó—. Y por consiguiente les atraparíamos.

—Lo probaré antes de que termine el día, con esos dos unicornios que están ahí arriba —dijo Schroeder—. A esta altura y con esta gravedad mi propio método es algo peligroso de llevar a cabo para un hombre.

Lake encontró a Craig y a sus hombres a varias millas al oeste, todos ellos estaban delgados y barbudos como Schroeder.

—¡Maldita suerte la nuestra! —exclamó Craig—. Parece que cada vez que tenemos unas cuantas cabras juntas, tiene que haber entre ellas una docena de unicornios. Si sólo tuviéramos los rifles para los unicornios...

Lake le contó el plan de ocultarse dentro de la piel de una cabra y el sistema del hombre cebo empleado hasta entonces por Schroeder.

—Este método de Schroeder de momento no lo usaremos —dijo —. Veremos qué tal va de la otra manera. Yo haré la primera prueba.

Pero no llegó a hacerlo. Una hora poco menos después de haber

tenido lugar esta conversación, uno de los hombres que ayudaban a secar la carne y transportarla a las cuevas, regresó para informar de que el campamento había sido atacado por una extraña y repentina enfermedad y que habían muerto ya, por lo menos un centenar de personas en un día.

El doctor Chiara, que precisamente se había desmayado mientras iba a visitar a uno de los enfermos, estaba seguro de que se trataba de una enfermedad de deficiencia alimenticia.

Anders había caído enfermo de ella, quedando imposibilitado y Bemmon habíase hecho cargo de su puesto; no teniendo en cuenta el cupo de trabajo que podían hacer aquéllos que todavía se mantenían en pie y rehusando hacer caso de las peticiones de Chiara referente al tratamiento de aquella enfermedad.

Lake ordenó a toda la pandilla que regresara al campamento en un período de tiempo mínimo para llegar allí, andando sin cesar hasta que rendidos por el cansancio caían, y entonces descansando sólo una hora o dos como máximo, para volver a emprender la marcha.

Divisó el campamento de Barber cuando bajaba de la meseta y él se dirigió hacia aquel lado para comunicarle a Barber que recogiera las hierbas y las llevara a las cuevas.

Llegaron a las cuevas, encontrando a la mitad de la gente en cama, y la otra mitad tambaleándose de aquí para allá, para cumplir las órdenes y trabajos que Bemmon les había dado. Anders estaba muy mal, demasiado débil para levantarse y el doctor Chiara estaba agonizando.

Se arrodilló al lado del camastro del doctor y comprendió que no había esperanza para él. En el pálido rostro de Chiara y en sus ojos había sólo la sombra del propio conocimiento.

—Por fin he descubierto de que se trata —las palabras de Chiara eran muy débiles, casi imposible de entender— y le dijo a Bemmon lo que se tenía que hacer. Se trata de una enfermedad de carencia de algunas vitaminas, complicado con la gravedad de una forma desconocida en la Tierra.

Se detuvo y Lake esperó pacientemente.

—El beri-beri, la pelangra, son enfermedades de deficiencia alimenticia en la Tierra. Pero ninguna de ellas es tan fatal ni tan rápida. Le dije a Bemmon que debía levantar la ración de frutas y

vegetales para todos, rápidamente o de lo contrario sería demasiado tarde.

De nuevo se detuvo para descansar desapareciendo el último vestigio de color de su rostro.

—¿Y usted? —preguntó Lake conociendo ya de antemano la respuesta.

—Para mí es… demasiado tarde. Sigo pensando en los virus… Debía haberlo visto claro más pronto. Como…

Sus labios se torcieron en una extraña mueca, y Chiara como quien dice, sonriendo por última vez a Lake, le dijo:

—Como… un condenado estudiante necio…

Allí había terminado todo, y la cueva quedó por un momento invadida por un profundo silencio.

Lake se puso de pie para salir al mismo tiempo que pronunciaba unas palabras que Chiara ya no oiría jamás.

—Vamos a necesitarle mucho, y le echaremos en falta, doctor.

Encontró a Bemmon en la cueva destinada para almacenamiento de alimentos y provisiones, supervisando el trabajo de dos muchachos que no contarían más de diez años. Realizaba tal labor con crítica oficiosidad, aunque él no hacía el menor movimiento ni parecía tener deseo alguno en ayudarles. Al ver a Lake se apresuró a salirle al encuentro con su acostumbrada falsa sonrisa bailando en sus labios.

—Me alegro de verle de regreso —dijo—, he tenido que tomar este cargo cuando Anders cayó enfermo, y hay que ver en que embrollo tan fenomenal lo tenía todo. He estado trabajando de noche y de día para poder arreglar todas sus equivocaciones, y hacer que el trabajo se encarrilara de nuevo por buen camino.

Lake observaba a los dos chiquillos de rostro delgado que habían aprovechado la oportunidad de su visita para poder descansar un poco. Se inclinaban fatigosamente bajo el peso de la tabla que Bemmon les hacía trasladar, con los ojos ya embotados con la incipiente enfermedad y mirándole de una manera que parecía le estuvieran transmitiendo una muda llamada de socorro.

—¿Ha obedecido las órdenes que Chiara le dio? —preguntó Lake.

—¡Ah, no! —repuso Bemmon— me pareció mejor ignorarlas.

—¿Por qué? —preguntó Lake.

—Hubiera sido una pérdida sin sentido alguno, que nuestras escasas provisiones de frutas y vegetales al darlas a estas pobres gentes que están ya a punto de expirar. Me temo —dijo volviendo a mostrar aquella sonrisa falsa— que le hemos dejado ejercer una autoridad para la cual no estaba suficientemente capacitado. En realidad, era poco más que un vulgar estudiantucho de medicina, y sus diagnósticos no son más que simples conjeturas.

—¡Ha muerto! —dijo Lake con sequedad— su última orden debe ser cumplida.

Dejó de observar a los dos muchachos fatigados para posar sus ojos en Bemmon, dándose cuenta del enorme contraste que había entre la delgadez y debilidad en aquéllos con la manera en que la barriga de Bemmon aparecía todavía abultada, rolliza y prominente, con sus carrillos aún combados por la carga de grasa que los cubría.

—Suspenderé de funciones la parte Oeste, para que se hagan cargo de esto de aquí —dijo Lake a Bemmon con energía— usted véngase conmigo. Usted y yo debemos ser los únicos que gozamos todavía de buena salud y hay mucho trabajo por hacer.

La servil sonrisa que iluminaba el rostro de Bemmon desapareció al instante.

—Comprendo —dijo—, ahora que he logrado volver a poner en orden todo el fantástico galimatías que Anders había dejado, me arrebata la autoridad para entregársela a cualquier otro de sus muchos favoritos y a mí me devuelve a los trabajos vulgares y simples, ¿no es así?

—El hacer trabajar a destajo a los enfermos y moribundos no es organización ni es nada —repuso Lake enfurecido. A continuación y dirigiéndose a los dos muchachitos añadió—: Vosotros dos id a descansar. En el lado oeste ya encontraremos a alguien —entonces dirigiéndose a Bemmon— venga conmigo. Nosotros dos vamos a molestarnos en hacer trabajos vulgares.

Pasaron por delante de la cueva que hacía de dormitorio de Bemmon. Dos chiquillos, precisamente en aquel momento estaban entrando unas brazadas de hierba seca para hacer una colchoneta sobre el jergón de Bemmon. Se movían con lentitud y pesadez. Como los dos chiquillos que estaban transportando aquella tabla bajo la rígida vigilancia de Bemmon, tenían los ojos hinchados,

primeros síntomas de aquella terrible enfermedad.

Lake se detuvo, para observar más de cerca el interior de la cueva y comprobar algo más que ya le había parecido ver: Bemmon había arrojado las pieles de prowlers de su casa, y en su lugar había suaves mantas de algodón; tal vez las únicas sin remendar que existían en todo el grupo de los rehusados.

—Regresad a vuestras cuevas —dijo a los muchachos poneos en la cama y descansad.

Miró a Bemmon. Los ojos de éste le rehuían, como queriendo evitar tener que enfrentarse con los de Lake.

—Las pocas mantas que tenemos en existencia son exclusivamente para los bebés y para los chiquillos de más corta edad —dijo en tono helado y sin matiz alguno, pero no podía evitar tener los puños fuertemente apretados a ambos lados de su cuerpo —. Las devolverá todas y cada una de ellas y volverá a dormir con las pieles de los prowlers, como todos los hombres y mujeres estamos haciendo. Y si desea hierba seca para hacerse una colchoneta usted mismo se la puede ir a buscar, como incluso los chiquillos hacen.

Bemmon no repuso nada, con el rostro totalmente enrojecido y con el odio brillándole en los ojos que aún seguían rehusando encontrarse con los de Lake.

—Coja las mantas y vaya inmediatamente a devolverlas —ordenó Lake—, luego diríjase a la cueva central. Tenemos mucho trabajo por hacer.

Podía sentir la abrasadora mirada de Bemmon en sus espaldas cuando Lake se volvió alejándose, mientras iba pensando en lo que John Prentiss había dicho una vez:

«Sé que no es buen sujeto, pero nunca tendrá suficientes arrestos para ir lo bastante lejos como para darme motivos de tener que desembarazarme de él.»

Los hombres de Barber llegaron al día siguiente, cargados a más no poder de hierbas secas. Éstas fueron dadas a los enfermos más graves, como suplemento de la ración de frutas y vegetales; y eran suministradas, solo a los que todavía no estaban afectados de aquella dolencia. Luego vino el período de espera; de esperar que no fuera ya demasiado tarde y el remedio demasiado escaso.

Un notable cambio en sentido favorable empezó a operarse en el

transcurso del segundo día.

Unas semanas más tarde los enfermos seguían mejorando, lenta pero fijamente. Aquellos que no habían estado muy enfermos volvían a gozar ya de su estado normal de salud. No quedaba ya duda alguna al respecto. Las hierbas de Ragnarok podían prevenir aquella especie de enfermedad.

Una vez sabido lo que debía hacerse todo era muy sencillo, pensó Lake. Habían muerto centenares de personas. Chiara entre ellos, porque no tuvieron a su alcance una vulgar hierba que les procurara un poco más de alimentación.

Ni una sola vida se habría perdido si hubieran podido prever lo que iba a suceder con una semana de antelación, ya que entonces se habrían ido a buscar las hierbas y traído a las cuevas mucho antes.

Pero aquella dolencia no había mandado previo aviso de su llegada. En Ragnarok por lo visto nada parecía avisar antes de matar.

Pasó otra semana y los cazadores comenzaron a llegar, exhaustos y desfallecidos para informar que toda la caza se había ido ya hacia el norte de la meseta y que abajo no quedaba ni una sola criatura.

Eran los únicos que habían intentado, y fracasado subir a las elevadas alturas de la meseta, imposibles de resistir. Todos ellos lo habían intentado con la mejor de sus voluntades y destreza hasta agotar todas sus energías.

La estrella azul era ya por aquel entonces un pequeño sol, y el sol amarillo quemaba cada día con más fuerza.

La hierba empezó a secarse marchitándose en las colinas a medida que iban transcurriendo los días, y por ello Lake dijo sin vacilar que el verano no podía estar ya muy lejos.

La última partida de cazadores, con excepción de las de Craig y Schroeder, regresó. Tenían muy poca carne, pero traían algo de cantidad abundante que era casi tan importante como aquélla: sal.

Habían descubierto un depósito de ésta en una región prácticamente inaccesible, llena de riscos y desfiladeros.

—Ni siquiera las cabras de bosque pueden llegar hasta allí —explicaba Estevens jefe de la partida— si la sal hubiera estado en un lugar de fácil acceso, por allí hubiéramos encontrado muchísimas cabras.

—Suponiendo que a estos animales les importe tanto la sal como a los animales de la Tierra —dijo Lake— cuando llegue el otoño haremos tabletas de sal para guardar.

Dos semanas más tarde, llegaron Craig y Schroeder con los hombres que les quedaban.

Habían seguido a los animales de caza hacia el extremo este de la montaña, cubierta de nieve en la cima, pero aquellos emigrantes se les adelantaron tanto que al final perdieron todo rastro, puesto que cada día viajaban más de prisa de lo que ellos podían.

En realidad casi habían esperado demasiado tiempo para regresar, ya que la hierba en el lado sur de la meseta se iba secando con mucha rapidez, y los arroyos estaban prácticamente secos. Apenas habían tenido suficiente agua, profundizando en los fondos de los riachuelos secos.

El método de Lake para cazar unicornios sirviéndose como escudo de las pieles de las cabras de bosque, había surtido efecto sólo en muy pocas ocasiones.

Después de aquéllas los unicornios sabían que debían apartarse de cualquier cabra que vieran sola. Si por una de aquellas casualidades llegaban a husmear a un hombre oculto dentro de la piel de cabra cargaban contra él matándole y destrozándole.

Con el regreso de todos los cazadores se hizo todo lo que podía y debía hacerse en preparación del próximo y cercano verano.

Se tomó inventario de todas las provisiones de comida dándose cuenta de que era mucho menos cuantioso de lo que incluso Lake había sospechado. Distaría mucho de ser suficiente para poder llegar a los días en que la caza hubiera regresado del norte, y no quedó más remedio que establecer un racionamiento de alimentos mucho más estricto que hasta entonces.

El calor iba aumentando progresivamente a medida que el sol amarillo iba siendo más cálido, y la estrella azul aumentaba de tamaño. Cada día la vegetación estaba más seca, y una mañana Lake vio que no se divisaba ya ni una sola pequeña partícula de verde mirada donde mirara.

Aquella misma mañana el grupo de los rehusados ascendía a mil ciento diez personas, siendo así que recientemente había sido integrado por cuatro mil.

Mil ciento diez personas delgadas, flacas, hambrientas, que no

podían hacer ya nada más que esperar sentadas con indiferencia en la sombra, la llegada de aquel infierno que se avecinaba.

Lake no cesaba de pensar en las provisiones de comida tan tremendamente escasas y en los meses que tendrían que pasar.

Vio el horrendo e inescapable futuro que les aguardaba: el hambre. Pero él no podía hacer nada para remediarlo, ni tan sólo prevenirlo. Lo único que cabía hacer era anticipar la completa inanición de todos ellos acortando todavía más las raciones.

Y aquello tendrían que soportarlo únicamente los más fuertes del grupo, puesto que los más débiles estaban ya prácticamente desahuciados.

Los tenía a todos reunidos delante de las cuevas aquel atardecer, cuando la terraza quedaba a la sombra de la lona. Permanecía de pie frente a ellos y comenzó a hablarles:

—Todos vosotros sabéis como yo mismo que disponemos tan sólo de una mínima cantidad de comida, que necesitaremos todos para poder atravesar e! verano. Mañana la ración actual será disminuida a la mitad. Esto será suficiente para seguir viviendo, aunque sea una ración muy escasa.

»Si esta disminución de raciones no se llevara a cabo, las provisiones se agotarían mucho antes de que llegara el otoño, y todos nosotros moriríamos.

»Si alguno de vosotros tiene comida de cualquier, clase debe devolverla con el fin de que sea añadida al total de provisiones.

«Puede que algunos, habiendo pensado en sus chiquillos, la haya mantenido oculta, con el propósito de guardarla para ellos. Yo puedo comprender y hasta perdonar esta manera de obrar, pero sin embargo, debéis devolverla.

«Puede haber algunos que lo hayan hecho pensando en sí mismos. Si es así, les doy mi primer y último aviso sobre el particular: que esta noche sea devuelta sin falta. Si se descubre algún escondrijo de comida de hoy en adelante, al dueño de ello, se le mirara como a un traidor y asesino.

«Todos vosotros, con excepción de los niños, irán a la cueva que está junto a la destinada a almacenaje de comida y provisiones. Cada uno, y sin excepciones de ninguna clase por muy inocentes que seáis, llevará una abultada bolsa o recipiente o lo que sea. Entraran uno a uno en la cueva, solos. Allí no habrá nadie. Dejaréis

la comida que hubierais escondido en la bolsa si es que la hubiere y saldréis por la otra puerta, regresando a vuestras respectivas cuevas.

«Nadie sabrá nunca si la bolsa que cada uno de vosotros llevaba contenía o no comida. Ni nadie hará por ningún motivo preguntas al respecto.

«Nuestra sobrevivencia en este mundo, si es que podemos a llegar a sobrevivir, podrá ser solamente a costa de trabajar y sacrificarse todos juntos. No puede haber egoísmos de ninguna clase. Lo que cualquiera de nosotros pudiera haber hecho o sido en el pasado carece aquí y a partir de ahora de toda importancia. Esta noche comenzaremos de nuevo. A partir de ahora debernos confiar los unos en los otros sin reservas de ninguna clase.

»Habrá un solo castigo para aquel que traicione esta confianza: la muerte.

Anders empezó dando el ejemplo, siendo el primero en entrar en la cueva llevando una abultada bolsa.

De todos ellos según se enteró Lake más tarde, únicamente Bemmon había puesto el grito en el cielo con verdadera indignación. Había llenado la cabeza de todos aquellos que formaban parte de su sección con las ideas de que la orden recibida era el primer paso hacia una dictadura, y un sistema de espionaje, en el cual Lake y los otros cabecillas pretendían privarles de toda libertad y dignidad. Bemmon insistió en exhibir su bolsa que, por supuesto, llevaba vacía; tal acción tenía un sólo propósito. Si surtía efecto persuadiría a los demás a que siguieran su ejemplo, lo cual habría sido desagradablemente expuesto para todos aquellos que hubieran ido a devolver algo de comida.

Por fortuna nadie siguió el proceder de Bemmon, y por lo tanto no se produjo ningún contratiempo.

En cuanto a Lake, tenía otras preocupaciones mucho más importantes que ocupaban su mente que molestarse por la enemistad que sabía existía en Bemmon.

Las semanas iban transcurriendo, cada una de ellas más larga y más difícil de resistir que la anterior, ya que el calor iba aumentando considerablemente. Llegó al fin el solsticio de verano y ya entonces no hubo escapatoria posible al sofocante calor. Ni siquiera dentro de las cuevas más profundas. En realidad cada noche el sol azul se elevaba al este cuando el amarillo se ponía por

el oeste.

No se veía muestra alguna de vida por ninguna parte, ni tan siquiera insectos. Nada se movía a través del tórrido territorio más que el polvo formando remolinos y los rielantes y falsos espejismos.

La mortandad iba aumentando con aterradora velocidad. Las pocas provisiones de leche deshidratada, frutas y vegetales, estaban reservadas exclusivamente para los niños, pero así y todo distaba mucho de ser suficiente en cantidad. Las hierbas de Ragnarok prevenían hasta cierto punto la fatal enfermedad de deficiencia, pero virtualmente no tenían con qué combatir ni el calor ni la gravedad. Los chiquillos más fuertes permanecían agotados, tendidos en sus jergones, mientras los otros, más débiles iban muriendo día a día.

Diariamente madres enflaquecidas y de suplicantes ojos se le acercaban para rogarle que salvará a sus pequeños...

«¡...Haría falta tan poca cosa para salvarles...! Por favor, antes de que sea demasiado tarde...»

Pero quedaba tan poca comida y el tiempo que faltaba todavía para llegar al otoño era aún tan enormemente largo, que para procurar aliviar en lo posible el hambre que les atacaría sólo cabía responder de una manera a cada una de ellas, y era con la terrible horrenda, palabra:

—No.

Y ver entonces que su última esperanza desaparecía y moría en sus ojos, viendo como se alejaban para ir a sentarse por las últimas horas al lado de sus respectivos y queridos hijitos.

Bemmon se había ido convirtiendo en un ser cada día más irritable y quejoso, ya que el racionamiento y el calor habían convertido la existencia en Ragnarok en algo verdaderamente mísero; insistiendo una y otra vez en que Lake y los otros eran los culpables de aquella escasez de comida; que sus esfuerzos en las cacerías no habían sido más que chapucerías y engaños.

Incluso había llegado a insinuar, sin atreverse a decirlo claramente, que Lake y los otros le habían prohibido acercarse a la cueva de almacenaje de comida porque no querían que una persona competente y honrada como él, pudiera comprobar todas las combinaciones que ellos estaban haciendo.

El grupo estaba formado por seiscientos tres, la agobiadora tarde

en que Julia no pudo ya ni aguantar ni resistir su constante y fatigosa chismorrería por más tiempo.

Lake se enteró de ello poco después, así como de la manera en que Julia había hecho salir de sus casillas a Bemmon, al perder ella el control y decirle:

—Siempre que su boca queda en reposo puede oírse perfectamente a los chiquillos que están muriendo, pero esto a usted le tiene sin cuidado. No sabe ni quiere pensar en otra cosa que nos sea en sí mismo. Está proclamando a los cuatro vientos que Lake y los demás son unos cobardes, pero sin embargo, no ha salido usted nunca con ellos de caza. Sigue insinuando constantemente que nos están escatimando las raciones mientras que ellos se hartan bien, pero la única barriga que se mantiene rolliza y con la grasa que tenía anteriormente es la de usted…

No pudo terminar de completar la frase.

El rostro de Bemmon se había puesto repentinamente lívido por la ira que le embargaba y la golpeó brutalmente haciéndola caer, dando de cabeza contra la pared, con tan mala fortuna que quedó inconsciente en el suelo.

—¡Es una embustera! —gritó Bemmon enfrentándose encolerizado a los demás—. Es una maldita embustera y cualquiera que repita lo que ella ha dicho tendrá la misma recompensa que ella.

Cuando más tarde Lake se enteró de lo que había sucedido no mandó a buscar en seguida a Bemmon. Se preguntaba por qué razón la reacción de Bemmon había sido tan rápida y violenta y parecía que sólo había una respuesta posible.

La barriga de Bemmon seguía todavía bastante gruesa. Podía ser pero sólo había una manera de mantenerla de aquella manera.

Reunió a Craig, Schroeder, Barber y Anders. Todos juntos fueron hacia la cueva donde Bemmon dormía y una vez allí, acto seguido descubrieron su escondrijo. Lo tenía enterrado bajo su jergón y oculto en cavidades a lo largo de las paredes; carne seca, frutos secos y leche y además algunas latas de vegetales. Todo ellos formaba un total tan asombrosamente considerable que no había duda alguna que la mayoría de aquellas cosas debían de haber sido sustraídas durante los ataques de aquella dolencia por falta de alimentos.

—Por lo visto —dijo Schroeder— parece que no perdió el tiempo mientras estuvo haciendo de jefe.

Los otros no hicieron ningún comentario, pero permanecían ceñudos, con los rostros herméticos, esperando la siguiente acción de Lake.

—Trae a Bemmon ordenó Lake a Craig.

Craig regresó al cabo de dos minutos. Bemmon quedó envarado al ver su escondrijo descubierto, y el color desapareció de sus mejillas.

—¿Y bien? —preguntó Lake.

—Yo no lo he hecho —farfulló Bemmon— ...no sabía que esto estuviera ahí... —y luego rápidamente añadió— no pueden probar que haya sido yo quien lo puso ahí. No pueden demostrar que no hayan sido ustedes mismos quienes lo acaban de colocar aquí para echarme las culpas...

Lake contemplaba a Bemmon impasible esperando. Los otros observaban a Bemmon de la misma manera que lo estaba haciendo Lake, sin pronunciar palabra.

El silencio iba haciéndose cada vez más tenso y Bemmon comenzó a sudar copiosamente al tratar de evitar los ojos de aquéllos. Clavó de nuevo su vista en la prueba del delito, exclamando desafiadoramente:

—Sí... si yo no lo hubiera cogido habría sido malgastado y desperdiciado en personas que estaban agonizando —dijo. Se enjugó el sudor que cubría su frente— no volveré a hacerlo... juro que no.

Lake dirigiéndose a Craig dijo.

—Tú y Barber llevadle al puesto de la atalaya.

—¿Qué...?

La pregunta de Bemmon quedó interrumpida al ser cogido por los brazos por Craig y Barber y arrastrado hacia fuera.

Lake volviéndose hacia Anders, dijo:

—Trae una cuerda —ordenó.

Anders palideció levemente, al preguntar.

—¿Una cuerda?

—¿Qué otra cosa se merece?

—Nada —repuso Anders—, nada es cierto después de lo que ha hecho.

Al salir pasaron por delante de donde yacía todavía Julia.

Bemmon la había golpeado contra la pared con tal fuerza que una roca que sobresalía le había producido un agudo corte en la frente. Una mujer estaba limpiándole el rostro cubierto de sangre, mientras ella seguía inmóvil todavía inconsciente; una frágil sombra de aquella muchachita más bien llena de otros tiempos, y sin embargo, ella intentaba con toda su buena voluntad darles algo de gran valor sin miedo a lo que pudiera sucederle, aunque el abultamiento de su vientre era apenas notable en su delgadez.

El lugar de la atalaya estaba situado en una salida del risco de la cordillera, a seiscientos pies de las cuevas y dominándose desde allí una amplia perspectiva de las mismas.

Había un solo árbol con las ramas secas caídas como blancos brazos a través del reseco follaje de las hojas que todavía vivían. Craig y Barber les esperaban bajo aquél con Bemmon en medio de los dos hombres.

El amenazador sol resplandecía cálido y brillante en el rostro de Bemmon cuando éste se volvió hacia las cuevas para ver llegar a Lake junto con los otros dos que le acompañaban.

Dando la vuelta y encarándose a Barber preguntó:

—¿Qué es esto..., por qué me habéis traído aquí? —había temblor de miedo y pánico en su voz—, ¿qué es lo que queréis hacerme?

Barber no respondió y Bemmon volvió a girarse hacia Lake. Vio la cuerda que Anders llevaba en la mano y su rostro empalideció de terror al comprender.

—¡No!

Se hecho hacia atrás con tal violencia que casi logró quedar suelto.

—¡No! ¡No!

Schroeder dio unos pasos hacia adelante para ayudar a sostenerlo y Lake cogió la cuerda de manos de Anders. Hizo un nudo en un extremo de ella mientras Bemmon forcejeaba lanzando una especie de sonidos que más bien parecían producidos por animales, mientras miraba fijamente y con horrorizada fascinación la cuerda.

Cuando el nudo estuvo listo arrojó el extremo libre de la misma por encima de una de las ramas blancas del árbol sobre Bemmon.

Aflojó el nudo y Barber lo cogió, pasándolo alrededor del cuello de Bemmon.

Éste dejó de forcejear entonces y se tambaleo ligeramente. Por un momento pareció que iba a desmayarse. Luego movió la boca pero no salía de ella palabra alguna hasta que al fin pudo articular estas palabras:

—¡No pueden, no... no pueden... en realidad lo que pretenden es ahorcarme!

Lake, encarándose con él, le dijo:

—Sí, vamos a ahorcarte. Lo que robaste habría podido salvar las vidas de diez niños. Tú has visto gritar a los pequeños por que tenían hambre y has visto que poco a poco iban debilitándose tanto que no tenían ni fuerzas para gritar, ni para nada más. Les has visto morir día tras día y en cambio tú cada noche has comido secretamente en tu cueva la comida que debía haber sido para ellos.

«Vamos a ahorcarte por el asesinato de estos niños y por la traición de nuestra confianza puesta en ti. Si tienes algo que decir, dilo ahora.

—¡No pueden hacerlo! ¡Yo tengo derecho a la vida, a comer lo que habría sido desperdiciado en personas moribundas! —Bemmon se giró para apelar a los que le sujetaban, con palabras rápidas y entorpecidas por la histeria—. ¡No podéis colgarme, yo no quiero morir!

Craig respondió a esto con una sonrisa que parecía un gruñido de un lobo sobre su presa:

—¡Tampoco quería morir ninguno de mis dos pequeños!

Lake hizo un gesto con la cabeza a Craig y Schroeder, sin esperar más. Éstos dieron unos pasos atrás para agarrar el extremo libre de la soga y Bemmon gritó al ver lo que se le avecinaba, soltándose de un tirón de la mano de Barber.

Entonces su gritó quedó truncado bruscamente al ser izado de un tirón quedando bailando en el aire. Hubo un sonido de crujidos y Bemmon quedó dando puntapiés en el aire espasmódicamente, con la cabeza colgando grotescamente hacia un lado.

Craig, Schroeder y Barber le estaban contemplando con sus rostros endurecidos, sin expresión y Anders se alejó rápidamente sintiéndose repentina y violentamente enfermo.

—Ha sido el primero en traicionarnos —dijo Lake—. Sujeta bien

la cuerda y déjale ahí bailando. Si hay alguno más como él, sabrá así lo que le espera.

El sol azul se alzaba ya, cuando regresaron a las cuevas.

Detrás de ellos Bemmon oscilaba y se balanceaba sin punto fijo en el extremo de la cuerda. Dos largas y pálidas sombras se proyectaban oscilando y moviéndose al compás de él; una amarilla al lado oeste y otra azulada en el este.

Bemmon fue enterrado al día siguiente.

Alguien maldijo su nombre y algún otro escupió sobre su tumba. Luego este suceso ya pasó a formar parte de un pasado muerto, mientras que ellos se enfrentaban con el porvenir tortuoso y lamentable.

Julia fue recobrándose, aunque siempre más, llevó la cicatriz en su frente a consecuencia del golpe recibido.

Anders, que había trabajado mucho y compenetrándose muy bien con Chiara, actualmente estaba intentando ocupar su lugar, tranquilizando los temores de la mujer, asegurándole que el hijito que ella llevaba en sus entrañas era todavía demasiado pequeño para haber podido sufrir las consecuencias de su caída, pudiéndole causar por ello la pérdida del mismo.

Por tres veces consecutivas durante el siguiente mes, el viento sopló con intensidad del noroeste, levantando un polvo gris que llenaba el cielo y envolvía la tierra en una caliente y asfixiante niebla a través de la cual se hacía imposible poder ver ninguno de los dos soles.

En una ocasión, se acumularon unas nubes negras a lo lejos para terminar en un copioso chaparrón.

La gravedad de 1,5 daba a la muralla de agua que bajaba cañón abajo, una fuerza mucho mayor y una velocidad superior a lo que habría tenido en la Tierra y rocas del tamaño de casas pequeñas eran arrojadas al aire partiéndose en diminutos fragmentos. Pero todo aquel torrente de agua cayó sobre un área pequeña y ni una sola gota de ella cayó en las cuevas.

Un solo factor estaba a su favor y a no ser por él no habrían podido resistir y sobrevivir en aquel intenso y continúo calor: allí no había humedad. El agua se evaporaba rápidamente en el cálido y seco aire y las glándulas sudoríferas operaban en el mayor grado posible de eficiencia. Como resultado de esto bebían enormes

cantidades de agua, el promedio para los adultos era de unos cinco galones diarios.

Todas las lonas habían sido convertidas en recipientes para agua y el mismo principio de enfriar por evaporación les proporcionaba agua sólo templada en lugar de tener que bebería repugnantemente caliente como habría sucedido de la otra manera.

Pero a pesar de la carencia de humedad el calor que allí hacía era mucho más intenso de lo que hubiera podido ser en cualquier rincón de la Tierra, No cesaba nunca, ni de día ni de noche; no les dejaba ni un solo instante de alivio.

No obstante, había un límite de resistencia en la carne humana, bajo aquel calor, sin importar en absoluto la fuerza de voluntad. Cada día el peaje de aquéllos que habían llegado a tal límite era mayor, como una marea que va subiendo lentamente.

Eran un total de trescientos cuarenta cuando cayeron las primeras lluvias; la lluvia, que significaba el final del verano. El sol amarillo fue moviéndose hacia el sur y el azul fue reduciéndose firmemente.

La hierba volvió a nacer y creció de nuevo. Las cabras del bosque regresaron con sus pequeñas crías que habían nacido en el norte, ya de un tamaño medio al de sus madres.

Entonces volvieron a tener carne y también hierbas frescas.

Luego llegaron los prowlers otra vez, convirtiendo en peligrosa la caza. Las hembras con sus cachorros se dejaban ver pero siempre a gran distancia, ya que los prowlers, como los humanos no querían arriesgarse con las vidas de sus pequeños.

Los unicornios no tardaron tampoco en presentarse detrás de los prowlers, con sus crías asombrosamente grandes y ya destetados.

La caza a partir de aquel instante se hizo doblemente peligrosa y arriesgada, pero los arqueros habían tenido tiempo suficiente para poder practicarse, habían aprendido como usar los arcos y flechas con sorprendente destreza y mortífera puntería. Pero la terrible necesidad así lo exigía, para su bien.

Con grandes esperanzas se preparó un pequeño depósito de sal para las cabras de bosque, aunque Lake sentía algunas dudas sobre los positivos resultados de ello. Por experiencia sabían que la sal era un producto que las cabras podían tomar o dejar. Y aunque los cazadores estaban por los alrededores, las cabras no lo tocaban.

La caza continuaba algunas millas al sur. Los cazadores regresaron el primer día de un chubasco de nieve retumbando y bajando por el borde de la meseta, el chubasco de nieve que marcaba el comienzo del largo y helado invierno.

Por aquel tiempo, se encontraban ya lo suficientemente bien preparados, para poder soportarlo mejor. Habían transportado grandes cantidades de leña y las cuevas estaban equipadas con toscas puertas y un sistema incluso de ventilación. Tenían carne, no tanta como la que les haría falta, pero sí la suficiente, para no morirse de hambre.

Lake pasó inventario de la comida y provisiones que tenían cuando hubo regresado el último de los cazadores. Después siguió tomando notas de comprobación en irregulares e innanunciados intervalos. No descubrió mermas de ninguna clase. De todas maneras no esperaba encontrarlas tampoco. La tumba de Bemmon hacía tiempo que había sido ya olvidada y cubierta por la nieve, pero la cuerda seguía aún colgando de la rama seca de aquel árbol con el nudo balanceándose y agitándose con el impulso del viento.

Anders había hecho un calendario de Ragnarok aquella primavera desde la fecha dada a él por John Prentiss, habiendo marcado en él las fechas de la Tierra. Por una coincidencia Navidad caía aproximadamente a mediados del invierno. Habría la misma ración de comida en el día de Navidad que en los demás días, pero se cortaron unos cuantos arbolitos pequeños para los niños y se decoraron con toda clase de ornamentos que pudieron confeccionar con las cosas que estaban de su mano.

Tiempo después hubo otra ventisca que llegaba desde la meseta, la misma mañana de Navidad; una muerte blanca que atronó y bramó fuera de las cuevas con una temperatura de más de ochenta grados bajo cero. Pero dentro de las cuevas se estaba bien, gracias a las hogueras encendidas. Debajo de los pequeños arbolitos de Navidad, había chucherías y juguetes que había sido pacientemente confeccionado con trozos de madera y cosidos con retales de tela y pieles de animales, mientras los chiquillos dormían.

Eran juguetes y chucherías toscos y sencillos, pero las pálidas y delgadas caritas de los chiquillos se iluminaban de alegría y alborozo al verlos.

Podían oírse las risas de los niños, al jugar, cosa que no se había

oído desde hacía varios meses. Algunos entonaban las viejas y queridas canciones navideñas, que no habían podido olvidar. Durante unas pocas horas de aquel día, por primera vez en Ragnarok había habido la magia de una Navidad, procedente de la Tierra.

Aquella noche nació el hijo que esperaba Julia, en un jergón de hierba seca y pieles de prowlers. Antes de morir ella preguntó por su pequeño y lo llevaron a su lado y allí lo dejaron.

—¿No he tenido miedo verdad? —preguntó—. Pero yo hubiera deseado que no estuviera todo tan oscuro, para poder ver a mi pequeño antes de irme…

Cogieron al pequeño en brazos cuando ella expiró, quitándole la manta al pequeño cuerpecito con la cual le habían envuelto para evitar que Julia viera que había nacido muerto.

Eran doscientos cincuenta cuando llegaron las primeras tormentas de la primavera.

Durante aquel tiempo habían nacido dieciocho niños. Dieciséis había nacido muertos, ocho de ellos deformados a consecuencia de la gravedad, que allí existía, pero los otros dos restantes de los dieciocho, habían sido normales como cualquier niño de la Tierra.

Aunque había una sola diferencia: la gravedad de 1,5 parecía no afectarles de manera alguna, como lo hacía con los niños pequeños nacidos en la Tierra.

Aquella primavera Lake se casó; con una muchacha alta, de ojos grises que había estado luchando al lado de los hombres la noche de la tormenta, cuando los prowlers atacaron el campamento de John Prentiss.

También se casó Schroeder, el último de los que aún quedaban por hacerlo.

Por aquel entonces Lake mandó afuera dos partidas de arqueros, la una formada por los que usaban generalmente arcos cortos y la otra por los que empleaban los arcos largos que habían fabricado durante el invierno anterior.

Como las narraciones de la historia de Inglaterra sobre los arqueros de los tiempos medievales contaban, tales flechas no habían tenido igual en su extensión ni en su precisión y semejantes armas extrapoderosas eliminarían importantes grupos de cabras de bosque y serían de una ayuda poderosa contra los unicornios.

Los que usaban los arcos largos, llegaron a tener tal destreza en el manejo de los mismos que Lake pudo separar a Craig y a otros tres de la caza, enviándoles con una expedición para explorar más allá.

Prentiss había dicho que Ragnarok carecía de metales, pero todavía les quedaba la esperanza de poder encontrar algunas pequeñas venas que los detectores de la expedición Dunbar no hubieran detectado.

Tenían que encontrar metal, o cualquier otra cosa, ya que de otro modo regresarían al tiempo de las hachas de pedernal.

Craig y sus hombres regresaron cuando la estrella azul era nuevamente un sol y el calor era superior a lo que los hombres podían soportar, andando y trabajando bajo sus sofocantes rayos.

Habían viajado cientos de millas en el recorrido de su circuito y muy a pesar suyo no habían podido encontrar metales.

—Quiero echar una ojeada hacia el lado sur cuando llegue el otoño —dijo Craig—. Tal vez allí sea distinto y tengamos más suerte.

Aquel verano fue mucho mejor ya que no tuvieron que habérselas con el hambre, tal como les había sucedido durante el primer verano. La dieta de carne y hierbas secas era ruda y sumaria pero era suficiente.

Llegó el verano en toda su plenitud y la tierra volvió a quedar de nuevo árida y sin vida. No había nada más que hacer que sentarse desmayadamente a la sombra y soportar de la mejor manera posible el calor, procurándose el psicológico alivio de que podían hacerlo por el hecho de que el solsticio de verano había pasado ya y los soles iban alejándose hacia el sur de nuevo, aunque todavía quedaban varias semanas, antes de que quedaran totalmente libres de aquel asfixiante calor.

Fue entonces y de una manera accidental que Lake descubrió que algo andaba mal en el movimiento hacia el sur de los soles.

Regresaba de la atalaya aquel día y se acordó de que hacía exactamente un año desde que él y los otros había regresado a las cuevas dejando a Bemmon bailando a! extremo de aquella cuerda que aún colgaba de la rama del árbol.

Incluso era la misma hora del día; el sol azul elevado en el este detrás suyo y el sol amarillo brillando delante de sus ojos como si

llegara al horizonte del oeste ante él. Recordaba como el sol amarillo había sido cerco la vista de frente de un rifle, puesto en una aguda muesca en forma de V en las colinas del oeste…

Pero ahora exactamente un año más tarde, no estaba en aquella muesca en forma de V, sino que estaba al lado norte de la misma.

Concentró entonces su atención en el sol azul, hacia el este. También le parecía que estaba más hacia el norte de lo que había estado, aunque no tenía ninguna señal fija para poder comprobarlo tal como había podido hacerlo con el otro.

Pero con el sol amarillo no le cabía ninguna duda. Iba hacia el sur como lo había hecho hacía un año, pero con una especie de movimiento retardado según su propia opinión. La única explicación que Lake podía encontrar era que aquello significaría todavía otra amenaza a su supervivencia en Ragnarok. Quizá mayor que todas las demás juntas.

El sol amarillo se ocultó totalmente detrás de la escarpadura de la muesca en forma de V y él continuó hacia las cuevas.

Buscó seguidamente a Craig y Anders, los dos únicos que podían saber algo de las inclinaciones axiales en Ragnarok y una vez reunidos les contó lo que había estado observando.

—Yo empecé el calendario a partir de la fecha que me dio John Prentiss —dijo Anders—. Los hombres de la expedición Dunbar habían hecho observaciones y calcularon la longitud del año en Ragnarok. No cree que se hubieran equivocado…

—Si no lo hicieron —repuso Lake— nosotros encontraremos algo…

Craig estaba observándole, pensativo y callada mente.

—¿Cómo los años de hielo de la Tierra? —preguntó.

Lake movió la cabeza afirmativamente y Anders, dijo:

—No comprendo…

—Cada año el polo norte se inclina hacia el sol para darnos el verano y se aleja para darnos el invierno —explicó Lake—. Lo cual, naturalmente ya conoces. Pero puede haber todavía otra clase de inclinación axial. En la Tierra eso ocurre con intervalos de miles de años. La inclinación que producen los veranos e inviernos se siguen de una manera usual, pero con el correr de los siglos la inclinación del verano hacia el sol va disminuyendo mientras que la del invierno se hace mayor. El polo norte se aleja más y más del sol y

las sábanas de hielo descienden del norte, un año glaciar.

«Entonces la progresión de alejamiento del polo norte cesa y las sábanas de hielo retroceden cuando su inclinación vuelve hacia el sol.

—Comprendo —dijo Anders—. Y si aquí sucediera lo mismo nos alejaríamos del año glaciar en una proporción de miles de veces superior a la de la Tierra.

—No sé si es la inclinación de Ragnarok, sola, o si las órbitas de sus soles alrededor pueden añadir algunos efectos sobre sí mismos en el período de años —explicó Lake—. La expedición Dunbar no permaneció aquí el tiempo suficiente para poder comprobar algo semejante a esto.

—Ya me parecía a mí que este verano era más caluroso que el anterior —dijo Craig—. Tal vez haya sido obra de mi imaginación, pero sin embargo, si esa inclinación hacia el sol continua no lo será dentro de pocos años.

—Llegará un tiempo que tendremos que emigrar de aquí —dijo Lake—. Tendremos que irnos hacia el norte, a la meseta, así que llegue la primavera. Allí no hay madera, no hay más que hierba y frío y un fuerte viento. Tendremos que emigrar cada otoño hacia el sur.

—Sí… emigrar. —El rostro de Anders aparecía viejo y enflaquecido y bajo el frío reflejo de la luz azul que proyectaba la estrella del mismo color, su cabello se había vuelto casi blanco durante el año anterior—. Sólo los más jóvenes podrían llegar a adaptarse lo suficiente para poder subir a la meseta en la posición norte. El resto de nosotros… pero de todas maneras no nos quedan muchos años. Ragnarok es para los jóvenes y si ellos tienen que emigrar de un lado para otro como hacen los animales para seguir viviendo nunca tendrán tiempo para realizar nada o poder ser algo más que los nómadas de la edad de piedra.

—Me gustaría poder saber qué duración tendrá el Gran Verano —dijo Craig—. Y cuan largo y frío el Gran Invierno, cuando las inclinaciones de Ragnarok se alejen del sol. Ello no cambiaría las cosas, ya lo sé, pero me gustaría poderlo saber.

—Comenzaremos a tomar y anotar observaciones a diario —dijo Lake. Quizá la inclinación empiece a retroceder de nuevo antes que sea demasiado tarde.

El otoño pareció llegar un poco más tarde aquel año.

Craig se dirigió hacia el sur tan pronto el tiempo se lo permitió, pero allí tampoco había minerales. Sólo las colinas pobres en metales disminuyendo en tamaño hasta que se convertían en una llanura que se inclinaba más y más hacia el sur, hacia los terrenos bajos donde todas las criaturas de Ragnarok pasaban el invierno.

—Probaremos en el norte al llegar la primavera —dijo Craig—. Quizá subiendo a la meseta encontraremos algo.

Llegó el invierno, y Elaine murió al darle un hijo.

La pérdida de Elaine fue un golpe inesperado; que le dolió mucho más de lo que nunca hubiera podido imaginar.

Pero le quedaba su hijo… y con él la responsabilidad de hacer todo cuanto pudiera para asegurar la supervivencia de aquél y de los hijos de todos los restantes.

Su punto de vista se alteró y empezó a pensar en el futuro no en términos de años, sino en términos de generaciones.

Algún día uno de los jóvenes le sucedería como jefe, pero aquéllos sólo tendrían recuerdos de su infancia en la Tierra.

Él era el último jefe que había conocido la Tierra y la civilización de la misma como hombre adulto.

Lo que él hiciera mientras fuera jefe inclinaría al destino de una nueva raza.

Tenía que hacer todo cuanto le fuera posible y tenía que empezar pronto. Los años que le quedaban de vida podían no ser muchos.

No estaba solo; otros como él, en las cuevas tenían los mismos o semejantes pensamientos que él pensando en el futuro, aunque ninguno de ellos tenía ningún plan en perspectiva del que hablaran.

West, quien había estudiado algunos cursos de filosofía en la Tierra le dijo a Lake una noche, mientras estaban sentados junto al fuego:

—¿Te has fijado de la manera que los chiquillos escuchan cuando la conversación versa sobre las costumbres de la Tierra, lo que podrían haber sido en Athena y lo que sería si pudiéramos llegar a escapar de Ragnarok?

—¡Sí, me he fijado! —repuso.

—Esas historias ya contienen una meta para las generaciones venideras —siguió West—. Algún día de alguna manera, ellos irán a

Athena, mataran a los Gern y libertarán a los esclavos terrestres y reclamaran Athena como propiedad suya.

Había escuchado sus charlas de pelea interestelares en Athena mientras estaban sentados alrededor del fuego, haciendo arcos y flechas. Pero aquello era solo un sueño que ellos tenían, sin embargo, sin aquel sueño no hubiera habido nada antes ellos más que aquella visión de generación tras generación viviendo y muriendo en un mundo que nunca podría darles más que una simple existencia.

Aquel sueño era necesario. Pero, aquel solo, no era suficiente.

¿Cuanto tiempo había pasado en la Tierra desde la edad Neolítica a la avanzada civilización? ¿Cuánto, desde el tiempo en que los hombres habitaban en cuevas que estaban a punto de poder ir a las estrellas?

Doce mil años.

Entre los hombres y mujeres de los rehusados los había que habían sido especialistas en varios campos. Había aún unos pocos libros que habían logrado salvar de la embestida de los unicornios y otros que podrían ser escritos con tinta hecha de corteza de árboles negros, sobre pergaminos hechos de piel del interior de los unicornios.

Los conocimientos que contenían los libros y lo que los rehusados que aún sobrevivían sabían por su propia experiencia, servirían para proteger a las futuras generaciones. Con la ayuda de aquel aprendizaje tal vez ellos podrían realmente algún día, de alguna manera llegar a escapar de aquella prisión y recuperar para sí Athena.

Le contó a West lo que había estado pensando.

—Tendremos que montar una escuela —dijo—. Este invierno... mañana.

West afirmó con la cabeza, queriendo significar con esto que estaba de acuerdo con él.

Y tendríamos que empezar a hacer las escrituras tan pronto como nos sea posible. Algunos de los libros de texto requerirán más tiempo para escribirlos del que Ragnarok dará a sus autores.

Al día siguiente fue montada una escuela para los niños y empezaron a escribir los libros. Éstos eran de pergaminos y tenían dos finalidades. El primero enseñar a las futuras generaciones cosas

que no sólo les ayudarían a sobrevivir sino que además les proporcionaría una cultura de lo suyo, tan avanzada como los duros y escasos medios de Ragnarok. El segundo sería avisarles del peligro de un regreso de los Gern y enseñarles todo cuanto se sabía sobre aquéllos y sus armas.

La principal contribución de Lake sería un extenso libro titulado: «Naves espaciales de los terrestres; tipos y operaciones».

Sin embargo, dejó la escritura del mismo pospuesta, para escribir primero otro libro más pequeño, mucho más, pero, sin embargo, podía llegar a ser más importante, titulado: «Construcción interior de un crucero Gern».

El Servicio de Inteligencia de la Tierra, sabía algo sobre los cruceros Gern y él como segundo comandante del Constellation había visto y estudiado una copia de aquel informe. Tenía una excelente memoria para tales cosas, casi fotográfica y escribió el texto e hizo una serie de bosquejos.

Movió la cabeza tristemente al ver el resultado. El texto era bueno en honor a la verdad, las ilustraciones que le acompañaban dejaban mucho que desear y no podían dar una idea exacta de lo que querían representar. Definitivamente estaba visto que no servía para ser un artista.

Descubrió que Craig podía tomar un lápiz en su huesuda y poderosa mano y dibujar con clara precisión de un artista profesional. Le entregó los bosquejos, junto con la masa de las especificaciones. Ya que aquello podía llegar a ser algún día de vital importancia, haría cuatro copias de ello. El texto fue entregado a muchachas de unos quince años, que sacarían tres copias más de aquéllos…

Cuatro días más tarde Schroeder le tenía a Lake un texto ilustrado con algunos rudos esbozos. El título era: «Operación de los barreneros Gern». Ni siquiera el Servicio de Inteligencia habría sido capaz de examinar un barrenero de mano Geni. Pero un hombre llamado Schroeder, en Venus, había dado muerte a un Gern con su propio barrenero y luego desapareció con los enfurecidos Gern y los policías intimidados por los Gern de Venus en su persecución. Se había ofrecido una elevada recompensa por su captura…

Lo contempló al mismo tiempo que decía:

—Esperaba que nos lo dieras. Sólo un ligero destello de sorpresa

cruzó el rostro de Schroeder, pero sus ojos observaban intensamente a Lake.

—¿De manera que sabías durante todo este tiempo quién era yo?

—Sí.

—¿Lo sabían alguien más en el Constellation?

—Fuiste reconocido por uno de los oficiales de la nave. Habrías sido juzgado al cabo de un par de días.

—Comprendo —dijo Schroeder—. Y ya que yo era culpable y no podía regresar a la Tierra ni a Venus habría sido ejecutado en el Constellation. —Sonrió sardónicamente—. Y tú, como segundo jefe de a bordo habrías sido el jefe de ceremonias para mi ejecución.

Lake puso las hojas de pergamino todas juntas en orden.

—A veces —dijo— el oficial de una nave tiene que hacer cosas que van en contra de sus propios deseos.

Schroeder dio un profundo suspiro, con el rostro ensombrecido por los recuerdos que en aquel momento cruzaban por su mente y que por tanto tiempo había mantenido ocultos para sí solo.

—Fue hace dos años cuando los Gern estaban hablando todavía amistosamente con el gobierno de la Tierra mientras ellos alejaban a los colonos de Venus. Aquel Gern... Había allí una muchacha y él creyó que podía hacer con ella lo que se le antojara sólo porque era un Gern poderoso y ella no era nadie. Lo hizo. Por esta razón lo maté. Tuve también que matar a dos policías venusianos para poder alejarme... y allí es donde puse la cuerda alrededor de mi cuello.

—Lo que nosotros no hicimos y que no haremos ahora sino que nos limitaremos a vivir o morir en Ragnarok —dijo Lake—. Y tendiéndole a Schroeder los folios de pergamino. —Dile a Craig que saque por lo menos cuatro copias. Algún día nuestros conocimientos de los barreneros de los Gern pueden ser de vital importancia para nosotros.

La escuela y la escritura de los libros fueron interrumpidas por la caza de la primavera. Craig hizo su diario sobre la montaña cubierta de nieve de la meseta pero fue incapaz de poder mantener su promesa de explorar. La meseta tenía tal vez diez mil pies de elevación y la montaña se alzaba otros diez mil sobre la meseta. Ningún humano podría subir a tal montaña con una gravedad semejante a la que había, allí de 1,5.

—Lo he probado —dijo Craig a Lake desmayadamente una vez

estuvo de regreso—. Maldita sea, nunca había intentado algo tan difícil en mi vida. Sencillamente era demasiado para mí. Quizá alguno de los más jóvenes estarán mejor adaptados y puedan hacerlo cuando sean un poco mayores.

Craig había traído consigo varios pedazos de mica desusadamente transparentes, cada pedazo de un pie de diámetro y una docena de cristales de cuarzo claros como el agua.

—Flotando, desde lo más alto de la montaña —dijo—. La mica y los cristales de cuarzo abundan allí arriba si pudiéramos llegar a alcanzarlos. Hay otros minerales también, he logrado tener huellas en los fondos de los cañones. Pero hierro no...

Lake examinó los pedazos de mica.

Con esto podríamos hacer ventanas para las cuevas exteriores —dijo—. Podríamos hacerlas con doble espesor y con un amplio espacio para el aire entre medio para la insolación... En cuanto a los cristales de cuarzo...

—Instrumentos ópticos —dijo Craig—. Binóculos, microscopios. Nos habría llevado mucho tiempo llegar a saber de qué manera teníamos que trabajarlos para lograr un cristal tan transparente e intachable como aquellos cristales, pero no tenemos medio para contarlos ni esmerilarlos.

Aquel otoño Craig fue hacia el norte y al oeste en la siguiente primavera. Regresó del viaje al oeste con una rodilla lastimada que ya no le dejaría nunca más ir de exploración.

—Nos llevará años enteros encontrar los metales que necesitamos —dijo—. Por las muestras parece ser que no lo lograremos nunca, pero quiero seguir intentándolo. Ahora esa maldita rodilla mía me ha encadenado a esas cuevas...

Al fin se reconcilió con su cojera y encierro, de la mejor manera que supo y pudo. Terminando seguidamente después su libro de texto titulado: «Geología e identificación de minerales».

Daba también una clase de geología durante los inviernos.

Fue durante aquel invierno del cuarto año de Ragnarok, que un muchacho de nueve años entró en su clase. Era el silencioso y cicatrizado Billy Humbolt.

Hasta entonces era el estudiante más joven de Craig, y el más atento. Lake estaba presente un día en el cual Craig preguntó con curiosidad:

—No es frecuente en un muchacho de tu edad estar a todas horas tan interesado en la mineralogía y geología, Billy. ¿Se trata en realidad de algo más que un simple interés?

—Tengo que aprender todo lo relacionado con los minerales —dijo Billy con una seriedad adecuada a la conversación— de manera que cuando crezca pueda encontrar metales con los que poder construir una nave.

—¿Y entonces? —siguió Craig.

—Entonces iremos a Athena, para matar a los Gern que causaron la muerte de mi madre, y de mi abuelo, de Julia y de todos los demás. Y libertad al mismo tiempo a mi padre y a los demás esclavos si es que todavía siguen con vida.

—Comprendo —dijo Craig.

No sonreía. Su rostro estaba ensombrecido y viejo al contemplar al muchacho y más allá incluso; tal vez viendo de nuevo a aquella frágil mujercita rubia y aquellos dos chiquitines que la muerte le había arrebatado en los dos primeros meses, de una manera tan rápida y violenta.

—Espero y deseo que tengas mucho éxito —dijo—. Desearía ser tan joven como tú, para poder soñar en semejantes cosas. Pero no lo soy… de manera que volvamos a la identificación de los minerales que serán necesarios para la construcción de una nave con la que poder dirigirse a Athena y construir barreneros con los que se pueda matar a los Gern, una vez allí.

Lake, a principios de la primavera siguiente tenía ya construido un corral, con trampas camufladas, para así atrapar algunas cabras de bosque, cuando éstas llegaran. Sería un importantísimo paso hacia adelante, conquistar su nuevo medio ambiente si podía llegar a domesticar a las cabras y tener crías de ellas cerca de las cuevas durante todo el año. Procurando tener suficiente hierba para poder tener un rebaño de ellas a través del invierno sería un problema, pero primero antes de preocuparse por ello tendrían que comprobar si las cabras podrían resistir el caluroso verano y el invierno con sus intensos calores y frío respectivamente.

Aquella primavera consiguieron atrapar a diez cabras. Les procuraron sombras con abundancia de hierbajos secos, antes de que el verano llegara, ya que entonces todos los árboles quedarían secos y las hojas muertas y un arroyo de agua fue desviado hacia el

centro del corral.

Pero todo aquel trabajo fue hecho en balde. Las cabras murieron abrasadas por el enorme calor a comienzos del verano, junto con las crías que habían ido naciendo.

Así que llegó el otoño atraparon a seis más de ellas. Les construyeron unos refugios que fueran lo más cálido y confortables posible y les llevaron gran abundancia de provisiones. Hierbas ya muy crecidas que recogieron en las rieras de las ensenadas. Había suficiente comida para que pudieran mantenerlas durante todo el invierno.

Pero el frío que hacía era tan intenso para que las cabras pudieran soportarlo, que a la segunda ventisca perecieron todas.

La primavera y otoño siguientes, probaron con mucha más dificultad, el mismo experimento con parejas de unicornios. Los resultados fueron idénticos.

Lo cual significaba que tendrían que seguir siendo una raza de cazadores. Ragnarok no les daba ocasión para probar ser pastores.

Los años iban transcurriendo, cada uno parecido al anterior, pero añadiendo ancianidad en los viejos, como Lake y los otros habían dado en llamarse a sí mismos y al mismo tiempo haciendo crecer a los jóvenes.

Ninguna mujer entre las viejas, podía ya tener más hijos. Pero habían nacido seis más y todos ellos normales, y sanos. Como los dos primeros que habían nacido con anterioridad, no estaban afectados por la gravedad, así como lo estaban los pequeños nacidos en la Tierra.

Entre los jóvenes, según Lake observaba, había una notable diferencia.

Aquéllos que cuando llegaron a Ragnarok eran muy pequeños se habían llegado a adaptar mucho mejor que aquellos que ya eran algo mayorcitos, cuando los Gern les abandonaron allí.

El ambiente medio de Ragnarok había golpeado a los más jóvenes con despiadado salvajismo. Les había sometido a un test de sobrevivencia que no tenía procedente alguno de la Tierra. Les había ido eliminando por centenares, pero entre ellos había habido aquello de carne joven, con sangre y órganos que habían resistido a la muerte adaptándose en el mayor grado posible.

El tiempo para los viejos estaba casi terminando, el futuro

pronto estaba en poder de los jóvenes. Eran noventa inconquistables los que quedaban de los cuatro mil que habían formado el grupo de los rehusados. La primera generación de lo que sería una nueva raza.

Lake tenía la impresión de que los años se iban sucediendo cada vez con más rapidez desde que los que formaban el grupo de los viejos había ido disminuyendo con una celeridad prodigiosa.

Anders había muerto durante el año sexto, habiéndole fallado el corazón mientras una noche estaba trabajando pacientemente en su rudo y pequeño laboratorio, siguiendo el trabajo indicado por Chiara para encontrar un remedio a la fiebre maldita.

Barber, tratando de sacar un exceso de hierbas que habían crecido en la parte más baja de la elevación de las cuevas, había sido muerto por un unicornio mientras estaba realizando su trabajo bajo las cuevas.

Craig había salido un día de primavera del año octavo para observar un nuevo mineral y más tarde un cazador le había encontrado a una milla de las cuevas. Un repentino chubasco de agua fría le había sorprendido, quedando helado antes de que tuviera tiempo de regresar, y murió a consecuencia de la fiebre maldita, el mismo día.

Schroeder había muerto de resultas de un ataque de los prowlers durante el mismo año, muriendo con la espalda recostada contra un árbol y un ensangrentado cuchillo en su mano. De la misma manera que él siempre había deseado morir, según lo que le había dicho en una ocasión a Lake:

—Cuando llegue mi hora, lo mejor que desearía es que fuera luchando contra los prowlers. Pelean duro y matan rápidamente y luego te dejan. No te zarandean una vez muerto y despedazan en varios trozos como acostumbran a hacerlo los unicornios.

Las primaveras iban llegando cada año un poco antes, y los otoños algo más tarde. Las observaciones demostraban que los soles progresivamente se inclinaban hacia el norte. Pero los inviernos, aunque más cortos eran aparentemente tan fríos como siempre.

Los largos veranos llegaron a tal grado de calor durante el año noveno que Lake supo que no podría resistir mucho más que dos o tres años más de aquel calor que iba en aumento.

Entonces durante el verano del año décimo, la oscilación de

Ragnarok, el aparente progreso de los soles hacia el norte, se detuvo. Estaban en el promedio de lo que Craig había llamado Gran Verano y que podía resistir solo escasamente. No tendrían que abandonar las cuevas.

Los soles comenzaron su camino de retroceso hacia el sur. Las observaciones seguían anotándose cuidadosamente y además eran debidamente comprobadas. Estaba acercándose el Gran Otoño y después de aquél llegaría el Gran Invierno.

El Gran Invierno... la amenaza que tanto preocupaba a Lake. ¿Hacia dónde, hacia el sur irían los soles, cuánto tiempo permanecerían? ¿Llegaría la hora en que la meseta quedaría totalmente enterrada bajo centenares de pies de nieve y las cuevas rodeadas de hielo?

No había manera posible de poderlo saber ni tan sólo adivinar. Sólo aquellos que lograran sobrevivir en el futuro lo sabrían.

En el año doceavo sólo quedaban del grupo de los viejos, Lake y West. Por entonces quedaban ochenta y tres jóvenes, ocho pequeños nacidos en Ragnarok hijos de los viejos y cuatro nacidos también allí hijos de los jóvenes. Sin contarse así mismo y a West eran en total noventa y cinco.

No eran demasiados para ser el comienzo de una raza que tendría que enfrentarse con una año glaciar de desconocidas proporciones y tener sobre ellos, además y para siempre, la amenaza de la posibilidad del regreso de los Gern.

El invierno del año quinceavo llegó y él se encontró terriblemente solo, el último de los viejos. Con el cabello encanecido y habiendo ido sumando año tras año era todavía el jefe del grupo. Pero aquel invierno no podría hacer mucho más que permanecer sentado junto al fuego, sintiendo que la gravedad iba minando su pobre corazón. Sabía, mucho antes de llegar a la primavera que era tiempo de escoger sucesor.

Él había esperado y deseado poder vivir lo suficiente para que su hijo ocupara su lugar, pero Jim tenía solamente trece años. Entre los demás había uno que le habla estado observando y vigilando desde el día que aquél le había dicho a Craig, que él quería encontrar metales para poder construir una nave y matar a los Gern. Bill Humbolt.

Bill Humbolt no era el mayor entre aquellos que podían ocupar

el cargo de jefes, pero en cambio era el más sensato y testarudamente determinado, además de que poseía diversos profundos conocimientos sobre los demás.

Lake, recordaba el verle, aquel viejo que había sido su abuelo y que de no haber sido por las cicatrices que cruzaban su rostro dándole una fealdad bastante considerable, se habría parecido mucho a él.

Una violenta tormenta se estaba desencadenando fuera de las cuevas, la noche que reunió a todos para decirles que quería que Bill Humbolt fuera su sucesor. No hubo objeción alguna y sin necesidad de ceremonias y con pocas palabras, finalizó sus quince años de gobierno.

Dejándoles, a su hijo entre ellos, regresó a su cueva donde dormía. El fuego estaba casi apagándose, con trozos de leña casi convertidos en ceniza, pero estaba demasiado cansado para volverlo a encenderlos. Se echó en su camastro viendo sin sorpresa ni temor, que su hora estaba mucho más cerca de lo que él había pensado. Estaba casi al llegar…

Recostado y dejando que una lasitud fuera rodeándole sin luchar. Había hecho cuanto había sabido y de la mejor manera que había podido, para los demás y ahora su hora había ya llegado…

Sus pensamientos fueron disolviéndose en su memoria hacia el día, quince años antes.

El estruendo de la tormenta se hizo cada vez más intenso hasta convertirse en el estruendo de los cruceros Gern, mientras desaparecían en el firmamento gris.

Cuatro mil rehusados permanecían de pie bajo el frío viento viéndoles alejar. Los niños sin comprender que habían sido condenados a morir.

De una manera o de otro su hijo estaba entre ellos…

Trató débilmente de levantarse.

Le costaba trabajo hacerlo… mucho trabajo…

SEGUNDA PARTE

Eran las primeras horas de la mañana cuando Bill Humbolt se sentaba ante el fuego de su cueva y estudiaba el mapa que Craig había hecho de la montaña de la meseta.

Craig había dejado sin nombre a la montaña y él había cogido el lápiz y anotado: Montaña Craig.

—Bill…

Delmont Anders había entrado muy quedamente, descubriendo por la expresión de su rostro lo que iba a decirle.

—Murió la noche pasada, Bill.

Era algo que había estado esperando que sucediera de un día a otro, pero la carencia de sorpresa no disminuyó en absoluto en el sentido de la pérdida. Lake había sido el último de los viejos, el último de aquellos que habían luchado y trabajado acortando de aquella manera los años de sus vidas para que los jóvenes pudieran tener la oportunidad de vivir.

Ahora se había ido, ahora una breve era había terminado, un valiente y sangriento capítulo escrito y terminado.

Y él era el nuevo guía que determinaría de qué manera sería escrito el nuevo capítulo, con sólo cuatro años más que aquel muchacho que le estaba contemplando con una inconsciente llamada de socorro en su rostro…

—Será mejor que se lo comunique a Jim —dijo—. Luego, un poco más tarde, quiero hablarles a todos de las cosas que empezaremos a hacer tan pronto llegue la primavera.

—¿Te refieres a la caza? —preguntó Delmont.

—No, es algo más que una simple caza.

Permaneció sentado un rato después que Delmont hubo salido recordando los años que habían precedido a aquel día, retrocediendo hasta la primera mañana en Ragnarok.

Se había propuesto una meta a sí mismo aquella mañana en que había dejado su osito de felpa abandonado sobre el polvo detrás de él y había empezado a andar junto a Julia en aquel nuevo y peligroso camino de la vida. Se había prometido a sí mismo que algún día vería morir a los Gern y suplicar clemencia mientras estuvieran muriéndose y que él les daría la misma que ellos había proporcionado a su madre muerta.

A medida que fue haciéndose mayor comprendió que su odio por sí sólo, era una cosa fútil.

Tenía que haber una manera de salir de Ragnarok y tendrían que tener armas con las que luchar en contra de los Gern.

Aquellas serían cosas imposibles y más allá de su alcance a menos que él tuviera la ayuda de todos los demás en unido y coordinado esfuerzo.

Para que fuera efectivo tal esfuerzo unido, él tendría que ser el jefe. Por ello durante once, años había estudiado y adiestrado hasta tal punto que no había otro que pudiera usar un arco o lanza con la misma destreza que él, ni nadie que pudiera andar tanto en un día ni distinguir una emboscada de unicornios tan rápidamente. Y no había nadie más, con excepción de George Ord, que hubiera estudiado tantos libros de texto como él.

Había logrado su primer objetivo, llegar a ser el jefe.

Para todos ellos existía un segundo objeto: la esperanza de poder dejar algún día Ragnarok y recuperar Athena de los Gern. Para muchos de ellos quizá, era sólo un ávido sueño, pero que él era la principal razón de su vida.

Tenían muchas cosas por hacer y sus vidas eran demasiado cortas para todo ello.

Mientras él fuera el jefe no podrían malgastar ni desperdiciar un día, haciendo castillos en el aire.

Cuando todos estuvieron reunidos y en disposición de escuchar lo que tenía que decirles, les habló:

—Vamos a continuar las cosas que dejaron empezadas los viejos. Nosotros estamos mejor adaptados que ellos y vamos a encontrar metales con los que construir una nave, si es que los hay por encontrar.

»En alguna parte de Ragnarok, hacia el lado noroeste de una extensión similar a las montañas Craig de la meseta, hay un

profundo valle que la expedición Dunbar llamó el Chasm.

»No investigaron muy estrechamente ya que sus instrumentos no detectaron metales allí, pero vieron capas en un lugar de color rojizo; manchas de hierro. Tal vez podamos encontrar una vena allí que fuera demasiado pequeña para que ellos prestaran atención.

»De modo que subiremos a las Craig tan pronto como las nieves hayan desaparecido de ellas.

—Esto tendrá que ser a comienzos del verano —dijo George Ord, con sus ojos negros pensativos—. Quienquiera que sea el que vaya tendrá tiempo de regresar antes de que los prowlers y unicornios regresen del norte o esperar hasta que todos ellos hayan emigrado de la meseta.

Aquello era algo en lo que Humbolt había estado pensando y deseado poder ponerle remedio. Los hombres podrían eludir los ataques de los unicornios siempre y cuando estuvieran en un lugar poblado de altos árboles que les permitieran ponerse a salvo, incluso de los ataques de los prowlers podían salvaguardarse, si había árboles donde guarecerse; las lanzas mantendrían en tierra a los prowlers que intentaran trepar por los árboles, mientras que las flechas se ocuparían de los que estuvieran en tierra.

Pero en la meseta no había árboles, y ser cogido por una banda de prowlers o de unicornios allí, sería una muerte cierta por cualquier partida aunque fuera pequeña, formada de dos o tres.

Por aquella razón no habían salido hacia la meseta, nunca, pequeñas partidas, más que cuando los unicornios y prowlers habían partido o estaban a punto de hacerlo. Era un inconveniente y continuaría siéndolo mientras sus armas fueran los arcos tan lentos de recargar.

—Se supone que tú eres una combinación de inventor y artífice nuestro —le dijo a George— Nadie más puede compararsete en este aspecto. Además, tú no eras exactamente muy entusiasta de esas duras caminatas de subir a la montaña. De modo que desde ahora en adelante tú te dedicarás a la clase de trabajo para la cual estés más capacitado. Tu primer trabajo será confeccionarnos un arco mejor. Hazlo como una ballesta, con una acción deslizante de estirar y montar la cuerda y con un depósito de flechas montadas en el tope de la misma.

George estudió la idea pensativamente.

—El principio en general es sencillo —dijo—. Veré lo que se puede hacer.

—¿Cuántos de nosotros tendrán que ir a las montañas Craig, Bill? —preguntó Dan Barber.

—Tú y yo —respondió Humbolt—. Una partida de tres hombres bajo las órdenes de Bob Craig, irá a las colinas del Oeste y otra bajo las de Johnny Stevens irá a las colinas del Este.

Dirigió los ojos hacia la adjunta cueva donde habían sido almacenadas las armas por todo aquel tiempo, cubiertas con sebo de unicornio para protegerlas del robín.

Podríamos hacer pólvora si encontráramos algún depósito de nitro. Ya sabemos donde hay una poca cantidad de azufre. Las armas tendrían que ser convertidas en fusiles de chispa, sin embargo, ya que no tenemos lo que necesitamos para poder hacer los cartuchos. Peor sería que tuviéramos que usar balas de cerámica. Serían totalmente ineficaces, demasiada luz y destructiva para los calibres. Pero necesitaríamos pólvora para minar, si es que llegamos a encontrar algo de hierro. Y si no podemos fabricar balas metálicas con que disparar contra los Gern, podemos fabricar bombas con las que hacerles volar.

—Supongo —dijo Johnny Stevens— que nunca encontraremos metales con los que poder construir una nave. ¿Cómo podremos dejar entonces Ragnarok si esto llegara a suceder?

—Hay otro camino, uno posible, de poder salir de aquí sin ninguna nave nuestra. En caso de no encontrar metales tendremos que intentarlo.

—¿Por qué esperar? —preguntó Bob Craig?—. ¿Por qué no intentarlo ahora?

—Porque la desigualdad sería aproximadamente de diez mil contra uno a favor de los Gern. Pero de todos modos lo intentaremos si todo lo demás falla.

* * *

George hizo, alteró y rehusó cuatro tipos distintos de ballestas antes de perfeccionar un arco de recarga que encontró su aprobación crítica. Lo llevó donde estaba Humbolt fuera de las cuevas en un día a principios de la primavera cuando la hierba empezaba a dejar ver su color verde en los lados de las colinas del sur y el largo invierno había terminado al fin.

—Aquí está —dijo tendiéndole a Humbolt el arco—. Pruébalo.

Lo cogió de sus manos, notando el fino balance del mismo. Proyectado hacia abajo desde el centro del arco, en ángulo recto, había un injerto dispuesto para ajustar el asidero de la mano izquierda. Bajo la barra había un injerto corredero para la mano derecha, dispuesto igual que la culata de una pistola y equipado con un gatillo. Montando ligeramente arriba y a un lado de la barra había un depósito conteniendo diez flechas cortas.

La empuñadura de la pistola estaba en posición cerca de la parte posterior al injerto. Tensó la longitud de la barra y ésta arrastró la cuerda con ella, manteniéndola tirante. Sonó un clic cuando el mecanismo del gatillo se fijó en la cuerda del arco y al mismo tiempo un oculto mecanismo de muelle colocó una flecha en su sitio contra la cuerda.

Apuntó rápidamente a un árbol distante, y apretó el gatillo. Hubo una vibración, cuando la flecha salió disparada. Sacudió la empuñadura corrediza de la pistola hacia adelante y atrás para volver a cargar, presionando el gatillo un instante después. Otra flecha seguía ya el mismo camino que la anterior.

El espacio de tiempo que empleó en disparar las diez flechas que había en el depósito, había disparado a un promedio de una flecha por segundo. En el tronco del distante árbol, como una cerda de tiesas patillas, las diez flechas estaban clavadas hondamente en la madera en un área no mayor de lo que hubiera podido ser el pecho de un prowler o el corazón de un unicornio.

—Ha salido mucho mejor de lo que yo esperaba —dijo George —. Un hombre con un arco de éstos equivaldrá a seis hombres con arcos ordinarios. Y aún añadiré otra cosa —dijo George—. Haces de flechas, diez en cada haz, en portadores especiales, para llevar en el carcaj. Para cargar de nuevo el depósito sólo tendréis que vaciar en él un haz de flechas, sin que ello os lleve más tiempo del que usaríais en colocar una nueva flecha en un arco corriente. He calculado que con práctica, un hombre puede llegar a poder disparar, cuarenta flechas en poco más tiempo de unos veinte segundos.

George recogió el arco y regresó a la cueva para añadir lo que había dicho. Humbolt quedó tras él contemplándolo mientras marchaba, pensativo:

—¿Si consigue hacer algo parecido sin más material que madera y tripas de unicornio, qué sería capaz de hacer si tuviera en sus manos metal?

Tal vez George no tendría nunca la oportunidad de demostrar lo que sería capaz de hacer si dispusiera de metal. Pero Humbolt estaba ya plenamente convencido de lo que el genio de George haría si llegaba a ser necesario, para hacer posible el supuesto plan para salir de Ragnarok.

* * *

Las semanas fueron convirtiéndose en meses y al final la nieve fue desapareciendo de las montañas Craig y Humbolt y Dan Barber se pusieron en marcha. De momento no encontraron oposición por parte alguna. Los prowlers ya hacía tiempo que habían desaparecido hacia el norte y los unicornios que quedaban allí eran muy escasos.

No tuvieron ocasión de probar la efectividad del nuevo tipo de ballesta automática en combate; una falta de oportunidad que fastidió a Barber.

—En otra ocasión, de haber ido armados con arcos corrientes —se lamentaba— los unicornios habrían salido de todas partes atacándonos sin contemplaciones.

—No te sulfures —le dijo Humbolt—. Este otoño, cuando regresemos ya nos los encontraremos.

Llegaron a la montaña y se detuvieron cerca de su falda donde se deslizaba un riachuelo, con bastante agua, aunque turbia debido a la nieve al fundirse.

Allí cazaron hasta que hubieron obtenido toda la carne que podían llevarse. No verían más caza una vez hubieran alcanzado los cañones de la montaña. Unos ponzoñosos hierbajos ocupaban el lugar de la mayoría de hierbas en todos los cañones y los animales de Ragnarok se habían dado cuenta de ello hacía tiempo y evitaban la montaña.

Encontraron el cañón que Craig y sus hombres habían intentado explorar y empezaron por él. Era allí donde Craig había descubierto el cuarzo y la mica y en tanto que había sido capaz de decir que la parte superior de aquel cañón sería el más bajo de todos los pasos de la montaña.

El cañón trepaba por la montaña diagonalmente de manera que

la subida no era empinada, aunque si constante.

Empezaron a encontrar mica y cristales de cuarzo en el lecho del riachuelo y al mediodía del segundo día pasaron el último de los achaparrados árboles. De allí para arriba no crecía nada más que la ponzoñosa mala hierba y aún ésta era escasa.

El aire era notablemente más fino y sus pasos más pesados. Un poco más allá encontraron un pequeño monumento rocoso: La señal que Craig había puesto para distinguir dónde había dado la vuelta iniciando el regreso.

Al siguiente día encontraron cristales de cuarzo por allí. Unas millas más lejos estaba la vena de la cual salía la mica. De los demás minerales que Craig esperaba encontrar, sin embargo, sólo había ligeros rastros.

El cuarto día se les hizo una eternidad en su intento de trepar por aquel cañón bajo tal cargamento que parecía que pesara cientos de libras; forzando sus fatigadas piernas a llevarles cincuenta pasos seguidos, al término de los cuales se detenían para descansar mientras sus pulmones trabajaban angustiosamente con aquel aire tan fino eran rápidas y jadeantes respiraciones.

Habría sido mucho más fácil haber ido por el alrededor de la montaña.

Pero se suponía que si Chasm era posible que fuera una inmensa cavidad sita fuera de la meseta más allá, de la montaña, rodeado de acantilados riscos de una milla de altura. Sólo en un lado cercano de la montaña había un paso que conducía dentro de aquél.

* * *

Se detuvieron durante la noche donde el riachuelo terminaba en un pequeño manantial. Todavía había nieve cubriendo las paredes del cañón, donde allí éste se torcía, ofreciéndoles la promesa de la cima precisamente bordeándola tal como habían ido haciendo durante todo aquel día.

El sol era caliente y brillaba al día siguiente cuando volvieron a iniciar su lento camino. El cañón se aplanaba, las paredes de los precipicios de aquél se estiraban para hacer un par de desiguales salientes con un soporte entre ellos.

Treparon hasta la cima del soporte y allí de súbito ante ellos, estaba el otro lado del mundo.

Bastante más abajo de donde ellos estaban había una meseta,

extendiéndose ilimitadamente como aquélla que habían dejado atrás. Pero la quebrada dominaba todo lo demás. Era un valle de proporciones gigantescas, de precipitadas paredes, de cientos de millas de longitud por cuarenta millas de ancho, hundiéndose a gran profundidad en la meseta con las cimas de sus paredes de una milla de altura al nivel del suelo de la meseta. La montaña bajo sus pies descendía velozmente, deslizándose cada vez más abajo de nuevo, hasta el fondo de la quebrada que era tan profunda que su suelo quedaba medio oculto por las sombras de la mañana.

—¡Dios santo! —exclamó Barber—. Por lo menos hay tres millas desde aquí hasta el fondo, en vertical. Diez millas de treinta y tres por cien grados, si bajamos nunca más podremos salir.

—Puedes regresar desde aquí si te parece mejor —le dijo Humbolt.

—¿Regresar? —el cabello rojizo de Barber pareció erizarse—. ¿Quién diablos ha dicho algo de regresar?

—Nadie —repuso Humbolt sonriendo ante el rápido rubor de cólera que había cubierto el rostro de Barber.

Observaron atentamente la quebrada, deseando poder tener algún medio de poder cortar los cristales de cuarzo para hacer binóculos. Era mucha distancia para tener que calcularla con los ojos desnudos...

Aquí y allá la quebrada sacaba brazos de la meseta. Todo ellos eran cortos, sin embargo, e incluso en sus partes posteriores los riscos eran verticales. Las sombras de la mañana impedían una ciara visión de la mayor parte de la quebrada y no podía ver la menor señal de la faja de color rojizo que ellos iban buscando.

En el ángulo suroeste de la quebrada, bastante alejado y casi imperceptibles vio una lánguida nube que se levantaba desde el subsuelo de la quebrada. Era imposible de discernir de qué se trataba y parecía desvanecerse mientras lo observaban.

Barber lo vio también y dijo:

—Parece humo. ¿Crees que puede haber gente, o alguna especie de seres inteligentes que habiten ahí abajo?

—Puede ser el vapor de los manantiales, condensados por el aire frío de la mañana —repuso—. Sea lo que sea, ya lo veremos cuando estemos allí.

El descenso hacia la quebrada era más inclinado de lo que había

sido la subida, pero no por ello más agradable. Acarrear con un fardo pesado en una bajada en tal grado era una cosa mucho más tortuosa para sus pobres piernas…

El calor iba en aumento a medida que iban descendiendo. Llegaron al suelo del valle al día siguiente y al mediodía el calor era tal que Humbolt se preguntó si no se verían atrapados en lo que el verano transformaría pronto en un monstruoso horno donde no debía ser posible existir.

No tendrían posibilidad alguna, las montañas sólo eran transitables cuando el tiempo era cálido.

El suelo del valle era fangoso, con arena y gravilla, no encontrando nada allí. Siguieron un circuito de las paredes de la quebrada, siguiéndolo junto a la base.

En muchos lugares las altas paredes de una silla no tenían ni un simple borde para avisar sus fases verticales. Cuando llegaron a la primera de semejantes condiciones vieron que el suelo cerca de la base estaba acribillado con extraños y pequeños hoyos, como los minúsculos cráteres de la Luna. Mientras estaban observando hubo un chasquido como un disparo de cañón y la tierra que les rodeaba salió con fuerza en una explosión de arena y gravilla. Cuando el polvo hubo desaparecido de nuevo había un nuevo cráter donde antes no había ninguno.

Humbolt secándose la sangre de su rostro donde un fragmento que salió disparado le había producido un corte dijo:

—El calor del sol suelta las rocas sobre la orilla. Cuando cae una a una milla con una gravedad de 1,5 lo hace a una velocidad de meteoro.

Continuaron atravesando la senda peligrosa.

Respecto al peligro del calor de la quebrada, no había donde escoger. Si observando que clase de material había tendido en la base de los riscos podrían saber qué clase de materiales si los había, podía haber allí.

En el día quinceavo divisaron la franja de coloración rojiza. Humbolt apresuró su paso, dirigiéndose corriendo adelantando a Barber. La zanja era demasiado alta para poder alcanzarla, pero no era necesario examinarla en aquel mismo lugar ya que en la base del risco había montoncitos de pequeños fragmentos desprendidos de aquélla.

Cuando los hubo observado tuvo la primera sensación de desaliento. Era arenisca ligera de peso. El hierro presente era sólo lo que la expedición Dunbar había supuesto; una mera decoloración.

Siguieron su camino lentamente a lo largo de los riscos, examinando pieza por pieza con la esperanza de encontrar algo que fuera interesante. Algo más que simples manchas de hierro. No había variación alguna, sin embargo, y a una milla más llegaron al final de la zanja roja. A partir de aquel punto las rocas eran de una coloración grisácea, sin vestigio alguno de hierro.

—De modo que —dijo Barber dejando atrás lo que habían estado contemplando— es con eso con lo que vamos a poder construir una nave... ¡con manchas de hierro!

Humbolt no respondió. Para él era mucho más que un desengaño. Era la muerte de un sueño que había mantenido y alimentado desde que cumpliera los nueve años y había oído decir que la expedición Dunbar había visto rocas con manchas de hierro en un profunda quebrada, la única roca manchada de hierro en Ragnarok.

Seguramente había pensado él, que habría suficiente hierro allí para construir una nave. Durante once años había ido avanzando hacia el día en que él tenía que encontrarlo. Ahora, que lo había hallado, no era nada en absoluto. Lo construcción de la navegación tan lejos de realizar como siempre.

Pero desanimarse era algo tan poco útil como aquella arenisca. Moviendo la cabeza como si quisiera alejar de ella semejantes pensamientos se volvió hacia Barber:

—Vamos —dijo—. Tal vez encontremos algo dando un rodeo por la quebrada...

Durante siete días se arriesgaron con peligro a morir, descendiendo y haciendo rodar piedras sin lograr descubrir nada más.

Durante el octavo día encontraron un tesoro, pero no precisamente lo que ellos querían.

Por la tarde se detuvieron dentro de la boca de uno de los afluentes de la quebrada. Humbolt se inclinó para poder beber un poco, donde el agua corría a través de la arena y una vez arrodillado vio el resplandor de algo rojo bajo él, y casi enterrado por la arena.

Lo sacó. Era una piedra del tamaño de media mano suya, oscuramente transparente y resplandeciente a la débil luz del sol, como sangre.

Era un rubí.

Aguzó su atención descubriendo otro brillo, un poco más allá, en el arroyo. Era otro rubí casi tan grande como el primero. Cerca de aquél había un transparente zafiro azul. Esparcidos aquí y allá había pequeños rubíes y zafiros, mezclados con los granos de arena.

Siguió corriente arriba más allá, y vio todavía una nueva clase de piedra. Se trataba de una sin color, pero que resplandecía con fuego interno. Rascó fuertemente con el rubí que llevaba en la mano y oyó un ruido de resquebrajamiento al cortar de manera profunda el rubí.

—¡Seré desgraciado! —dijo en voz alta.

Sólo había una piedra capaz de poder tallar el rubí, y era el diamante.

Era casi de noche cuando regresó a dónde había dejado a Barber descansando al lado de los bultos.

—¿Qué diablo es lo que te ha ocupado tanto rato? —preguntó Barber con curiosidad.

Por toda respuesta arrojó dos puñados de rubíes, zafiros y diamantes a los pies de Barber.

—Échales una ojeada —dijo—. En un mundo civilizado esto nos proporcionaría una nave sin necesitar mover ni tan sólo un dedo. Aquí no son más que lindas piedras sin ninguna utilidad.

«Con excepción de los diamantes —añadió— al menos ahora tendremos algo con que cortar aquellos cristales de cuarzo.

A la mañana siguiente cogieron solamente unos pocos rubíes y zafiros, pero en cambio hicieron más provisión de diamantes, buscando particularmente los gris-negros y mal parecidos pero más duros y consistentes en la variedad de carbono. Luego reanudaron su circundación a las paredes de la quebrada.

El calor continuaba su firme crecida a medida que los días avanzaban. Sólo durante la noche tenían un poco de sosiego, pero incluso las noches iban acortándose firmemente a medida que el sol azul se acercaba más cada mañana. Cuando el sol amarillo sobresalió de la quebrada aquello se convirtió en un verdadero horno alrededor del borde de la misma donde ellos se arrastraban

como hormigas en un gigantesco horno.

Allí no había señales de vida de ninguna clase; ni animales ni ninguna especie de hierbas o matorrales. Había solamente el estéril suelo de la quebrada, haciendo una agradable sombra verde por los dos soles y levantando y ondulando con olas de calor como una pesadilla marítima. Mientras encima de ellos los elevados riscos rielaban también y a veces parecían inclinarse sobre sus cimas y parecía a punto de desplomarse encima de ellos.

No encontraron más minerales de ninguna clase y llegaron por fin al lugar donde habían visto aquella especie de humo de vapor.

En aquel lugar las paredes de la muralla retrocedían para formar un pequeño valle de una milla de largo por media de ancho. Las paredes allí no caían verticalmente al suelo sino que se inclinaban fuera de la base en una fantástica formación de tejados naturales y arcos que casi llegaban al centro del valle desde cada lado. Sustancias verdes que crecían a la sombra bajo los arcos de resplandecientes cascadas de agua que caían de ellos. Un pequeño riachuelo llevaba las aguas de aquéllas fuera del valle, atravesando un poco la quebrada antes de que las calenturientas arenas lo absorbieran.

Permanecieron quietos observándolo durante un largo rato, pero no vieron movimiento alguno en el valle más que la oscilación de las verdes plantas cuando la brisa las agitaba. Una vez, la brisa varió para llevar hasta ellos la fresca y suave fragancia de cosas desarrolladas y les incitó a acercarse más.

—Un lugar semejante no pertenece aquí —dijo Barber en voz baja—. Pero ahí está. Me pregunto qué más debe haber aquí.

—Sombra y agua fresca —dijo Humbolt—. Y tal vez seres que parezcan extraños. Vamos a verlo.

Vigilaban cautelosamente a medida que avanzaban con sus ballestas en la mano. Una vez más cerca pudieron ver que los tejados y arcos eran las exteriores ruinas de un sistema de cuevas naturales que envolvía a las paredes del valle.

La vegetación verde crecía por doquier que los tejados les proporcionaban algo de sombra, consistiendo principalmente en unas matas de hojas de agrifolios con flores púrpura y una alta planta parecida al maíz.

Bajo algunos tejados el maíz estaba maduro, dejando bien

visibles sus granos de color anaranjado. Bajo otros no estaba más que medio crecido.

Humbolt en seguida comprendió el porqué y se lo explicó a Barber.

—Aquí hay manantiales de agua fría y caliente. Las plantas regadas por los manantiales calientes crecen durante casi todo el año; las que están regadas por los manantiales fríos sólo lo hacen durante el verano. Y lo que vimos desde arriba de la montaña debía ser el vapor que surgía de los manantiales de agua caliente, pasaron arco bajo arco sin ver alma viviente alguna.

Al llegar al extremo superior del valle y seguir sin ver a nadie parecía evidente que había un cierto peligro de un encuentro con cualquier clase de criatura inteligente y hostil. Aparentemente nada en absoluto vivía allí, en el pequeño valle.

Humbolt se detuvo bajo un ancho arco donde la brisa era fresca y húmeda por la salpicadura del agua que corría por allí. Barber siguió adelante para observar el arco adjunto.

Las cuevas conducían a una pared de ambos arcos y al detenerse allí Humbolt vio algo en la entrada de la cueva más cercana. Era un pequeño montoncito de granos de maíz; dejado en un aseado montoncito, aunque quien fuera que lo hubiera dejado allí tenía intención de regresar a por él.

Miró en dirección al otro arco pero Barber debía estar en cualquier parte fuera de su vista. Dudó de quién podía haber dejado allí el maíz, podía ser en mucho una amenaza, los animales peligrosos eran más aptos a comer carne que maíz, pero por si acaso siguió cueva adelante con la ballesta preparada.

Se detuvo a la entrada de la cueva para acostumbrar sus ojos a la oscuridad que reinaba dentro de la misma. Al hacerlo los seres que había dentro salieron a encontrarse con él.

Salieron hasta ponerse totalmente a la vista; seis pequeños animales del tamaño de ardillas, cada uno de ellos de distinto color. Andaban sobre cortas patas posteriores como osos en miniatura y los oscuros rostros de sus ojos de oso, estaban fijos en él con intenso interés.

Se detuvieron a unos cinco pies frente a él, permaneciendo allí en hilera continuando mirándole fijamente como si estuvieran fascinados.

El de color amarillo es el que estaba en el centro y se rascó ausentemente el estómago con una peluda garra. Humbolt bajó entonces el arco con la sensación de que había sido una majadería en molestarse en levantarlo contra animales tan pequeños e inofensivos.

Luego lo hizo de nuevo al ver que el amarillo abría la boca y decía en un tono que poseía clara expectación.

—¡Creo que te comeremos para cenar!

Lanzó miradas a derecha e izquierda pero allí no había nada cerca de él excepto aquellos seis pequeños animales. El amarillo, después de hablar, seguía contemplándole silenciosamente con simple curiosidad en su peludo rostro. Se preguntaba Humbolt si algún miasma o algún perfume de la vegetación del valle había trastornado su mente en una repentina dolencia y preguntó:

—¿Lo creéis así?

Aquél abría de nuevo la boca para murmurar.

—Yo... yo. —Luego con una nota de alarma—. ¡En...!

No dijo más y el próximo sonido fue el de Barber corriendo hacia él y llamándole:

—¡Eh!, Billy. ¿Dónde estás?

—Aquí —repuso, estando ya seguro de la razón por la cual el animal le había hablado.

Barber llegó a su lado y vio los seis pequeños «ositos».

—¡Seis! —exclamó—. Hay uno en la otra cueva...! ¡El condenado bicho me ha hablado!

—Lo pensaba —replicó Billy—. Tú le has dicho que lo tomaríamos para cenar y entonces él ha respondido: «¿Lo crees así, verdad?»

El rostro de Barber demostró estar sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—Hay telepatía entre ellos —dijo—, el amarillo de aquí ha repetido lo que ha oído que tú le decías a su compañero y aquél repitió lo que ha oído que yo respondía al amarillo de aquí. Esto ha debido de ser porque hay telepatía entre ellos.

—Telepatía... —Barber contemplaba fijamente a los seis pequeños animales quienes seguían contemplándoles con una fascinada curiosidad sin haber disminuido un ápice—. ¿Pero por qué desearían repetir en voz alta lo que han recibido

telepáticamente?

—No lo sé. Quizá por algún estado de su evolución sólo parte de ellos son telépatas y éstos radian avisos de peligro a los otros de esta manera. Si a esto vamos, ¿por qué razón repite una cotorra lo que oye decir?

Hubo un escurridizo movimiento detrás de Barber y otro bicho de aquellos paso corriendo por su lado, uno blanco. Fue a colocarse al lado del amarillo permaneciendo junto a él mientras les miraba fijamente.

Aparentemente debían de ser cónyuges...

—Ése es el otro... Ésos dos son los que nos han escarnecido —dijo Barber, y de allí salió el nombre por el cual desde entonces fueron conocidos: Escarnecedores.

* * *

Los escarnecedores eran carne fresca, pero habían aceptado la presencia de los dos hombres con tal amabilidad y confianza que Barber perdió todo deseo de procurarse uno para la cena o para cualquier otra ocasión.

Las provisiones que tenían de carne fresca eran muy limitadas, pero había gran cantidad de maíz maduro. No pasarían hambre.

Descubrieron que los escarnecedores habitaban en las cuevas frías y en las calentadas por los manantiales de agua caliente. Aquello era una prueba de que durante el invierno se cobijaban en las calientes.

No había mineral de ninguna clase en el valle de los escarnecedores y empezaron a proseguir su camino del circuito de la quebrada. No fueron muy lejos ya que el calor se hizo tan insoportablemente fuerte que los afluentes de la quebrada habían empezado ya a secarse.

Entonces retrocedieron para esperar en el pequeño valle hasta que las primeras lluvias del otoño llegaran.

Cuando terminó el largo verano, con las primeras lluvias reanudaron su camino. Hicieron provisiones de maíz y dos de los escarnecedores: el amarillo y su cónyuge. Los otros les vieron marchar, permaneciendo silenciosos y solemnes delante de las cuevas ya que temían no volver a ver a sus dos compañeros ni a otros seres humanos.

Los dos escarnecedores eran una agradable compañía andando

sobre sus patas delanteras y charlando cualquier tontería que se les ocurriera. A veces diciendo cosas que no eran tonterías ni mucho menos, lo cual hacía preguntarse a Humbolt si los escarnecedores serían en parte lectores de las mentes humanas y confusamente comprendían el significado de algunas de las cosas que decían.

Encontraron un lugar donde el nitro estaba distribuido muy ligera y excéntricamente. Rasparon todas las capas que había visibles y consiguieron un pequeño montón. Completaron su circuito llegando a la falda del extenso declive de las Craig, sin lograr encontrar nada más.

Había una terrible cuesta que se extendía ante ellos, tan acantilada y escabrosa y obstruida con tantos bajos arrecifes que cuando sus piernas se negaron a llevarles más allá tuvieron que ir arrastrándose. El calor era todavía muy agobiante y no habría agua hasta que llegaran al manantial al otro lado de la cima de la montaña.

Un aire abrasador, nacido del llameante suelo de la quebrada, les seguía durante todo el día en su ascensión a la montaña. Sus cantimploras de cuero estaban casi vacías cuando llegó la noche y ellos no habían hecho más que una tercera parte de su camino para alcanzar la cima.

Los escarnecedores se habían vuelto silenciosos a medida que la elevación había ido aumentando y cuando se detuvieron por la noche, Humbolt comprendió que nunca llegaría a vivir para atravesar las montañas. Respiraban con dificultad con sus corazones latiendo alocadamente, mientras trataban inútilmente de extraer suficiente oxígeno de aquel tenue aire. Bebieron unos pocos sorbos de agua pero no quisieron probar el maíz que les ofreció.

El escarnecedor blanco murió a media mañana del día siguiente cuando se detuvieron para descansar un rato. El amarillo gimió débilmente al lado de aquélla, muriendo el también a los pocos minutos.

—¡Ya lo ves! —comentó Humbolt, contemplándolos—. Los únicos seres en Ragnarok que siempre han confiado en nosotros y que nos han apreciado como amigos… y en cambio nosotros les hemos matado.

Bebieron la última gota de agua que quedaba en sus cantimploras y prosiguieron su camino.

Aquella noche acamparon sin poder beber, ni una gota de agua y sus sueños se vieron terriblemente atormentados con espejismos de frescos manantiales de agua. El siguiente día se les hizo endiabladamente eterno, mientras continuaban andando, cayendo y arrastrándose, así continuamente.

Barber fue debilitándose seriamente, respirando cada vez con más dificultad llegando a parecer un panteón continuo.

Aquella tarde habló una sola vez, tratando de sonreír con sus labios resecos y agrietados, para decir entrecortadamente entre respiración y respiración:

—Sería un infierno... tener que morir... de una manera... tan asquerosa... como... ésta...

Después de aquello empezó a caerse con mucha más frecuencia y cada vez levantándose más lenta y débilmente que la vez anterior. A media milla escasa de la cima se cayó por última vez. Trató de levantarse, cayendo nuevamente e intentando entonces ir a rastras. Fracasó también en tal intento, y se desmayó cayendo de bruces en aquel rocoso terreno.

Humbolt inclinándose junto a él y haciendo un gran esfuerzo le dijo en medio de su propio jadeo:

—Espera Dan... Yo seguiré adelante... y regresaré con agua...

Barber se levantó un poco haciendo un supremo esfuerzo y mirándole, le dijo:

—No sirve... ya... —dijo—. Mi corazón... demasiado...

Cayó de nuevo otra vez quedando esta vez muy quieto, sin respirar de aquella manera jadeante...

* * *

Le pareció a Humbolt que había transcurrido media vida cuando por fin llegó al manantial de fresca y transparente agua. Bebió casi con exástico placer como nunca había experimentado en su vida. Luego el placer se esfumó al parecer ver a Dan Barber tratando de sonreír y al parecerle oír de nuevo decir:

—«Sería un infierno... tener que morir... de una manera tan asquerosa como ésta...»

Durante dos días descansó antes de estar de nuevo en condiciones de reanudar su camino. Cuando llegó a la meseta vio que las cabras de bosque habían emigrado al sur por algún tiempo.

A la mañana del segundo día trepó a una suave ondulación en el

llano encontrándose con tres unicornios frente a frente.

Los tres atacaron a la vez, chillando anticipadamente. De haber ido equipado con un arco corriente le habrían descuartizado en cuestión de segundos. Pero la ballesta automática arrojó una verdadera lluvia de flechas en las caras de los unicornios que les hizo apartar a un lado con dolor y encolerizado aturdimiento. En el preciso momento en que se giraron, fue suficiente para dejar expuesto el área vital para ellos al lado de la cabeza donde las flechas hicieron un blanco mortal para aquéllos.

Sin embargo, uno de ellos logró escapar, con tres flechas blandiendo en su rostro. Le observó desde lejos durante un buen rato viéndole mover y sacudir la cabeza con inusitada furia. Luego giró en un recodo desapareciendo en una protuberancia de la llanura, corriendo como un gamo.

Volvió a reanudar su marcha hacia el sur, más de prisa de lo que había hecho hasta entonces. El unicornio se había dirigido hacia el norte y aquello sólo podía tener una finalidad: traer suficientes refuerzos para terminar el trabajo.

* * *

Llegó a las cuevas por la noche.

Todos dormían excepto George Ord, que estaba trabajando en la mezcla de laboratorio y taller a la misma vez.

George levantó la cabeza al oírle entrar y vio que iba solo.

—¿De modo que Dan no lo resistió? —preguntó.

—La quebrada le pudo —repuso Bill. Y luego, desmayadamente añadió—: En la quebrada encontramos la condenada cosa que buscábamos...

—La franja rojiza... —Sólo se trataba de manchas de hierro.

—Mientras has estado fuera he hecho un pequeño guía-fundidora —explicó George—. Estaba esperando que la franja rojiza hubiera sido mineral. Las otras partidas de exploración... ninguna de ellas ha encontrado nada.

—Volveremos a intentarlo a la próxima primavera —dijo—. Lo encontraremos en una parte u otra, no importa el tiempo que ello nos lleve.

—Nuestro tiempo puede que no sea muy largo. Las observaciones demuestran que el sol está más hacia el sur que nunca.

—Entonces, pues, haremos doble uso del que disponemos. Partiremos las cuadrillas expedicionarias, limitando los hombres de las mismas y saldremos muchas más. Vamos a tener la nave para encontrarnos de nuevo con los Gern.

—A veces —dijo George, con sus ojos negros observándole pensativamente— pienso que no vives más que para eso, Bill; para llegar el día en que puedas matar a los Gern.

George pronunció estas palabras con pleno conocimiento de causa, sin censura, pero Humbolt no pudo evitar responder con cierto tono de dureza en su voz:

—Mientras yo sea el jefe del grupo, con este fin es por lo que todos viviremos.

Aquel otoño siguió a la caza hacia el sur acompañado de Bob Craig y del joven Anders. Cientos de millas al sur de las cuevas llegaron a las tierras bajas; un terreno con mucha agua, una extensa vegetación y enormes y fabulosas manadas de unicornios y cabras de bosque. Era esta región, extraordinariamente peligrosa, debido a la inmensa concentración de unicornios y prowlers y sólo las ballestas automáticas, junto con una incesante vigilancia lograron mantenerles vivos.

Allí vieron a los reptiles; horribles seres que se arrastraban sobre sus múltiples patas como ciempiés de tres toneladas con sus bocas dispuestas con seis mandíbulas y echando continuamente una repugnante saliva.

La picadura de un reptil de aquéllos era venenosa, paralizando incluso a un unicornio, aunque no matando tan rápidamente a aquellos animales. Los reptiles comían a sus víctimas en el acto, sin embargo, arrancando la carne imposibilitada y todavía viva de sus huesos.

Aunque los unicornios temían a los reptiles, los prowlers les odiaban de tal manera con tal fanática intensidad que hacían uso de su mayor rapidez y agilidad para matar a cuantos reptiles encontraban; destrozando al reptil de tal manera hasta que aquél en un ataque de desespero se mordía a sí mismo produciéndose la muerte a causa de su propio veneno.

Se habían llevado con ellos además un arco largo y ballestas y con aquél mataron a un reptil. Mientras tal hacían llegó repentinamente hasta donde estaba una manada de prowlers.

Un total de veinte prowlers, con la ventaja a su favor de la sorpresa y la corta distancia que le: separaba, les habrían descuartizado. Sin embargo, los prowlers siguieron su camino sin dirigirles siquiera una mirada desafiadora.

—¿Y eso por qué? —se preguntó Bob Craig—, ¿por qué lo han hecho?

—Han visto precisamente como matábamos a un reptil dijo Humbolt. Los reptiles son sus más encarnizados enemigos y creo que al dejarnos vivos ha sido su manera de darnos a entender su agradecimiento y aprecio.

Las exploraciones posteriores en aquellas regiones, dieron por resultado no hallar ningún mineral, nada más que material aluvial de desconocido abismo. Y por ello no había razón alguna para permanecer más tiempo allí, excepto, que el de regreso a las cuevas era imposible hasta que llegara la primavera. Levantaron unos refugios seguros contra posibles ataques, entre los árboles y allí se dispusieron a aguardar que pasara el invierno.

Se pusieron en marcha hacia el norte con la primera expedición de cabras de bosque, sin otra cosa en su haber más que falta total de éxito contra la de aquellos meses de tiempo de esfuerzo.

Cuando estaban casi llegando a las cuevas se detuvieron en el lugar donde los Gern habían aterrizado sus cruceros y donde había sido levantada la empalizada. Era un lugar solitario, con las paredes de la empalizada derrumbadas y destruidas, la tumba de la madre de Humbolt y de todos los demás a lo largo ya olvidados por las pezuñas de las legiones de unicornios.

Renacieron en él, amargos recuerdos en aquellos momentos teñidos por los años transcurridos con nostalgia. La empalizada había quedado muy atrás ya cuando aquel sombrío humor fue desvaneciéndose de su mente.

Aquella primavera sembraron maíz y el número de expediciones fue aumentada en el doble.

El maíz germinó, pero creció débilmente, muriéndose antes de madurar.

Las cuadrillas expedicionarias regresaron una mañana, una a una, informando cada una de ellas su fracaso.

Humbolt decidió, aquel otoño que el tiempo era demasiado precioso para malgastarlo de aquella manera, y que por lo tanto

tendrían que emplear el proyecto suplente del que él ya había hablado.

Fue al encuentro de George Ord y le preguntó si sería posible construir un transmisor hiperestesiar con los materiales que tenían.

—Es la única oportunidad que tendríamos de salir de aquí, sin disponer de una nave propia —dijo—. Atrayendo a un crucero Gern hasta aquí y entonces arrebatárselo.

George movió la cabeza.

—Un transmisor hiperespacial puede, ser construido con suficientes años de tiempo. Pero no serviría de nada sin tener energía. Necesitaría un generador de tal medida que tendríamos que derretir cada arma, cuchillo, hacha y todas cuantas piezas tuviéramos de acero o de hierro. Y aun entonces haríamos corto en unas quinientas libras. Encima de todo esto, tendríamos que tener al menos trescientas libras de cobre para alambre adicional.

—No creía que hiciera falta tantas cosas para construir un generador grande —dijo después de un silencio— Estaba seguro de que podríamos tener un transmisor.

—Tráeme el metal y lo tendremos —dijo George. Respiró impacientemente y en sus ojos apareció un destello de odio mientras contemplaba las paredes de la cueva en la que se encontraban— No eres el único que desearía poder dejar esta prisión. Procúrame ochocientas libras de cobre y hierro y te prometo que yo haré el transmisor de la manera que sea...

Ochocientas libras de metal... Que en Ragnarok era tanto como pedir el sol...

Los años iban trascurriendo y cada año había el mismo determinado esfuerzo y la misma carencia de éxito. Y cada año los soles se alejaban más hacia el sur marcando el principio del fin de todos los esfuerzos que no fueran el de la sobrevivencia.

En el año treinta, cuando el otoño llegó mucho antes de lo que había sido siempre, se vio obligado a admitir para sí el amargo y triste hecho: él y los demás no eran la generación que escaparían de Ragnarok.

Ellos habían nacido en la Tierra y por tanto no podían adaptarse en Ragnarok hasta el extremo de combatir la gravedad de 1,5 en la continua búsqueda de metales, que tal vez no existieran.

Y, por tanto, la venganza sería un lujo que no estaba al alcance

de sus manos.

Una pregunta germinó en su mente ocupando el lugar que hasta entonces había sido presidido por su odio hacia los Gern.

¿Qué sería de las futuras generaciones en Ragnarok?

Con esta pregunta, una escena de su infancia volvió de nuevo a su recuerdo; la última tarde de verano de su primer año en Ragnarok, Julia estaba sentada a su lado bajo la cálida luz de la estrella...

—Tú eres mi hijito, Billy —le había dicho—. El primero que he tenido. Ahora antes de que pase mucho tiempo, quizá tenga otro.

Vacilante, y no atreviéndose a dar crédito a lo que había oído, él había preguntado:

—¿Entonces, lo que algunos de ellos dicen de que es posible que mueras, no... no es cierto, verdad, Julia?

—Puede... serlo —entonces le había abrazado contra ella diciéndole— si eso sucediera dejaré en mi lugar una vida que será más importante de lo que haya sido nunca la mía.

«Recuérdame Billy y lo mismo esta tarde y lo que te digo, si alguna vez llegas a ser el jefe. Recuerda que sólo a través de los niños podremos sobrevivir siempre y vencer a este mundo. Protégelos mientras son pequeños y no puedan valerse y enséñales a luchar y a no temer a nada cuando ya sean un poco mayores. Nunca, nunca dejes que olviden de qué manera sucedió el encontrarse en Ragnarok. Algún día no importa que hayan transcurrido tal vez cientos de años a partir de ahora. Los Gern vendrán de nuevo y ellos deberán estar preparados para luchar, por su libertad y su vida.

Era demasiado joven para comprender cuan acertadamente había hablado Julia y cuando fue lo bastante mayor, su odio por los Gern le había cegado de tal manera que no veía más que sus propias ambiciones y deseos. Ahora, comprendía...

Los niños de cada generación estarían mejor adaptados a Ragnarok y una total y completa adaptación llegaría a producirse con los años. Pero todas las generaciones del futuro serían esclavos potenciales del Imperio Gern, libres solamente mientras permanecieron desapercibidos.

Era inconcebible que los Gern no volvieran nunca a pasar por Ragnarok en todo el tiempo a venir. Y cuando al final lo hicieran el

lento e incesante progresión de décadas y centurias podrían haber dado un sentido falso de seguridad a las gentes de Ragnarok, podía haber convertido la historia de lo que los Gern habían hecho a los rehusados, en nada más que leyendas y luego en mitos que ya nadie creería.

Los Gern tendrían que llegar a Ragnarok antes de que semejante cosa llegara a suceder.

Fue en busca de George Ord de nuevo y le dijo:

—Hay una clase de transmisor que podríamos hacer con su correspondiente generador… un transmisor sencillo de espacio normal, de puntos y líneas, sí, receptor.

George dejó el diamante con el que había estado trabajando.

—Esto llevaría por lo menos doscientos años para que la señal llegara a Athena a la velocidad de la luz —dijo—. Y luego cuarenta días más tarde un crucero Gern llegaría como un diablo para investigar.

—Quiero que los de la generación futura sepan que los Gern llegarán a no más tardar al cabo de doscientos años a partir de ahora. Y siempre con la posibilidad de que un crucero Gern en el espacio puede captar la señal, algo antes que aquéllos.

—Comprendo —dijo George—. La espada de Damocles, pendiente de un hilo siempre sobre sus cabezas, para hacerles recordar.

—Tú sabes lo que les sucedería si llegaran un día a olvidar. Tú tienes la misma edad que yo y por consiguiente ya debes saber lo que los Gern hicieron con nosotros.

—Soy mayor que tú —dijo George—. Tenía nueve años cuando los Gern nos abandonaron aquí. Se quedaron con mi padre y mi madre. Mi hermana sólo tenía tres años. Traté por todos los medios a mi alcance mantenerla siempre al abrigo, abrazándola estrechamente contra mi cuerpecito, pero la fiebre maldita se la llevó la primera noche de llegar aquí. Era demasiado pequeña para comprender por qué yo no podía hacer nada más para ayudarla…

El odio iluminó sus ojos al recordar aquellos tristes momentos de su vida, como si hubiera sido un fuego interno que nunca se apaga.

—Sí, recuerdo muy bien a los Gern y todo lo que nos hicieron. No me gustaría que les sucediera lo mismo a otros… El transmisor será hecho para que ello no suceda.

Fundieron todas las armas, junto con otras cosas de hierro y acero, para hacer las piezas de fundición para el generador. Tubos de cerámica fueron hechos para llevar el agua del manantial a la rueda hidráulica.

El lento y largo trabajo de convertir las variedades de los mecanismos electrónicos, la mayoría de ellos rotos, en los componentes de un transmisor fue adelantando.

Esto era cinco años antes de que el transmisor estuviera listo para hacer su primera prueba.

Era pues a comienzos del otoño del año treinta y cinco y el agua que chorreaba de los tubos salpicaba en frías gotas contra Humbolt, mientras la rueda hidráulica se ponía en movimiento.

El generador empezó a zumbar y George observó la potencia del mismo y el transmisor mientras registraba por los distintos contadores que él había hecho.

—Débil, pero llegará a la estación instructora de los Gern en Athena —dijo—. Está a punto de lanzar el mensaje… ¿qué quieres que digamos?

—Algo corto —repuso—. Por ejemplo: Ragnarok llamando.

George colocó el dedo en la llave transmisora.

—Esto pondrá en movimiento a las fuerzas de tal manera como nunca puedas imaginarte. Lo que vamos a hacer esta mañana va a ser la causa de que una cantidad de Gern, o quizá de personas de Ragnarok, mueran.

—Serán los Gern quienes morirán —repuso Humbolt—. Puedes mandar ya la señal.

—Yo creo lo mismo que tú —dijo George—. Tengo que creerlo así porque es de esa manera como deseo que se desarrollen las cosas. Espero que no nos equivoquemos. Es algo que nunca podremos saber.

Y seguidamente empezó a pulsar la llave del transmisor.

* * *

Un muchacho fue el encargado de transmitir diariamente la misma señal que salió hasta que las heladas del invierno detuvieron la rueda hidráulica que daba energía al generador.

El envío de tales señales fue reanudado al llegar la primavera y las partidas expedicionarias continuaron en su vano intento de buscar metales.

Los soles seguían desviándose hacia el sur y cada año la primavera llegaba algo más tarde y los otoños algo antes.

En la primavera del año cuarenta y cinco comprendió que tendría que tomar su decisión final.

Por entonces habían disminuido hasta llegar a ser solamente sesenta y ocho; los jóvenes habían envejecido rápidamente.

Ya no había razón alguna en continuar buscando, si algún metal tenía que ser encontrado, tendría que estar al extremo norte de la meseta donde la nieves ya no duraría mucho tiempo, fundiéndose así que llegara el verano. Eran muy pocos para hacer más que prepararse para lo que los viejos habían temido que tendrían que enfrentarse, con el Gran Invierno. Aquello requeriría el trabajo de todos ellos.

Láminas de mica eran traídas desde las montañas Craig, cuyas cimas estaban profundamente cubiertas de nieve incluso durante el verano.

Se hicieron estufas de arcilla refractaria y la mica que les proporcionaría calor y luz sería mucho más eficaz de aquella manera que en fuego abierto. Las cuevas más profundas estaban preparadas para su ocupación, con múltiples puertas para que el frío no pudiera penetrar y con conductos de ventilación laboriosamente ahondados, así como salidas para el humo.

Eran sesenta de ellos cuando llegó el otoño del año cincuenta, cuando todo lo que se podía hacer estaba ya listo y preparado para lo que pudiera acontecer.

—De los nacidos en la Tierra, ya no quedan muchos —dijo Bob Craig a Billy una noche mientras estaban sentados ante la flameante llama de una estufa—. Y no ha habido tiempo para que haya muchos nacidos en Ragnarok. Los Gern no conseguirán muchos esclavos si se presentaran ahora.

—Utilizarían a todos cuantos encontraran —le respondió— los más jóvenes, que son los que mejor adaptados están a esta gravedad, serían excepcionalmente fuertes y rápidos en un mundo de una gravedad 1,5. Hay trabajos peligrosos donde un esclavo fuerte y rápido es mucho más eficaz y productivo que complejas y carísimas máquinas.

—Y además querrían algunos de la especie para poder estudiar con ellos —dijo Jim Lake—. Penetrarían en los mismos organismos

de los jóvenes, para comprobar cómo estaban construidos y haber cómo habían podido adaptarse a este mundo de gravedad 1,5.

Sonrió con la fría tristeza que siempre le recordaba a Humbolt, al padre de aquél, de Lake que había sido el segundo comandante del Constellation.

Según los libros de los Gern, no trataron de hacer nunca un secreto de que cuando un doctor Gern o un biólogo mete baza en los músculos o bien órganos de un ser no Gern, para ver qué es lo que le hacer mover, quiere que siga vivo todavía y moviendo, mientras lo está haciendo.

El joven Dan Chiara, que sólo contaba diecisiete años habló, para decir lenta y pensativamente:

—Esclavitud y vivisección… Si los Gern vinieran ahora cuando somos tan pocos, y suponiendo que nosotros pudiéramos pelear de la mejor manera y perdiéramos, sería mejor que el último de nosotros que quedara con vida pusiera un cuchillo en los corazones de nuestras mujeres y niños, antes que dejar que los Gern se los llevaran.

Nadie respondió a esto. No había respuesta a hacer ni siquiera una sugerencia a pronunciar.

—En el futuro habrá muchos más de nosotros y entonces será diferente —dijo al fin—. En la tierra de los Gern habían sido siempre más fuertes y rápidos que los humanos, pero cuando los Gern vengan a Ragnarok van a encontrarse con una raza que no es realmente humana ya. Van a encontrar una raza ante la cual se encontrarán como las cabras de bosque ante los prowlers.

—Si por lo menos no vinieron demasiado pronto —comentó Craig—. Esa era la posibilidad que teníamos que arriesgar —replicó.

Se preguntó mientras así hablaba, y como se había preguntado frecuentemente durante los últimos años, si habría dado a todos los suyos una sentencia de muerte cuando ordenó construir el transmisor.

Sin embargo, ello permitiría a las generaciones futuras, que no pudieran olvidar nunca… y el acero no podía ser templado sin antes haberlo puesto al rojo vivo.

Era el último de los jóvenes cuando una noche despertó, en el otoño, del año cincuenta y seis encontrándose a sí mismo quemando a consecuencia de la fiebre maldita. No llamó a nadie de los demás.

Ellos nada podrían hacerle, nada ya y él había hecho todo lo que había podido por ellos.

Había hecho todo lo que había podido por ellos… y ahora él dejaría a cuarenta y nueve hombres, mujeres y niños para enfrentarse con el Gran Invierno, mientras sobre ellos colgaba la espada que él mismo había forjado; el peligro cada día mayor de la llegada de los Gern.

La pregunta volvió a él de nuevo, aguda, con el conocimiento de que ahora era ya demasiado tarde para poder cambiar las cosas.

¿Habré puesto yo mismo en marcha la ejecución de mi propio pueblo?

Entonces, a través del rojo velo de la fiebre, Julia pareció hablarle nuevamente desde el pasado; sentado como tiempo atrás a su lado, en aquella tarde veraniega y diciéndole:

«Recuérdame Billy, así como esta tarde y todo cuanto te digo… enséñales a luchar y a no tener miedo de nada… No dejes que nunca puedan olvidar el porqué de su estancia en Ragnarok…»

Ella parecía ser una cosa real y estar muy cerca de él, pero la duda fue desvaneciéndose y desapareció. «Enséñales a luchar… no dejes que nunca puedan olvidar…» Los hombres de Ragnarok eran sólo hombres vestidos de pieles y cazadores que habitaban en cuevas, pero aumentarían en número a medida que el tiempo fuera transcurriendo. Cada generación sería más fuerte que la anterior y él había puesto las fuerzas en movimiento que pondrían a la última generación en camino de combate y ante una oportunidad de libertad. De lo bien que luchaban aquel día, determinaría su destino pero él estaba seguro, una vez más, de cuál sería aquél.

Sería andar como conquistadores antes de golpear y aniquilar a los Gern.

* * *

Era el invierno del año ochenta y cinco y la temperatura era de ciento seis grados bajo cero. Walter Humbolt permanecía delante del túnel helado que conducía a través del glaciar a las cuevas y miró hacia el cielo.

Era mediodía pero no brillaba ningún sol en el firmamento. Hacía muchas semanas que el sol se hacía ocultado tras el horizonte del sur. Durante un corto espacio de tiempo su sombría aureola había ido señalando su paso día a día; luego aquélla, también, había

desaparecido. Pero ahora ya era tiempo de que la aureola empezara a aparecer de nuevo, anunciando así el retorno del sol.

La escarcha llenaba el cielo, haciendo que las estrellas titilaran como si se reclinarán indefinidamente hacía abajo. Evitó fijar los ojos en aquel espectáculo, con sus pestañas tratando de bloquear a sus párpados a que se movieran y volviendo a mirar hacia el norte.

En aquella dirección las luces eran una gigantesca cortina que llenaba la tercera parte del firmamento, oscilando y agitándose en pliegues que latían en rojo, verde, rosa, lavanda y violeta. Su reflejo iluminaba el glaciar que se inclinaba de las cuevas y resplandecía en el otro glaciar; el que cubría la estación transmisora. El aparato transmisor hacía tiempo que había sido trasladado al interior de las cuevas, pero el generador y la rueda hidráulica seguían todavía allí, helados bajo una tumba de hielo.

Durante tres años el glaciar había ido creciendo ante las cuevas y la superficie norte de la meseta había quedado sepultada bajo la nieve por diez años. Sólo unas pocas cabras de bosque venían hasta la región sur de las cuevas y permanecían allí sólo durante el breve período intermedio de la última nevada de primavera hasta la primera del otoño. Su hogar de invierno estaba en alguna parte cerca del ecuador. Lo que había sido llamado Tierras Bajas del Sur era una extensión helada, inhóspita.

Una vez habían pensado en ir hacia el valle de la quebrada donde los escarnecedores debían invernar en sus cálidas cuevas. Pero aun cuando ellos pudieran escalar la meseta y realizar el increíble hecho de cruzar las montañas Craig convertidas prácticamente en un glaciar, lleno de nieve y de ventiscas, se encontrarían además con la escasez de comida en el valle de los escarnecedores, ya que sólo habría allí un poco de maíz que aquéllos habrían almacenado, pero que sería desde luego insuficiente.

No había lugar para ellos donde poder vivir, excepto las cuevas o como hacían los nómadas emigrando junto con los animales. Y si emigraban hacia el ecuador, cada año tendrían que dejar tras ellos todos los libros y utensilios y todo cuanto algún día podía darles un medio de civilización de vida y podía mostrarles alguna vez cómo escapar de su prisión.

Observó de nuevo hacia el sur donde debería estar la aureola,

pensando:

—«Ya habrán tomado su decisión ahora. Yo soy el jefe, pero no puedo obligarles a permanecer aquí contra su voluntad. Sólo puedo pedirles que consideren lo que significaría ahora marcharnos de aquí.»

La nieve crujía bajo sus pies cuando se movió, para avanzar impacientemente. Vio algo echado sobre la capa de nieve y se agachó para cogerlo. Se trataba de una flecha que alguien debía haber tirado.

La cogió, cuidadosamente, porque el frío que hacía tan intenso había hecho la flecha tan quebradiza como si ésta fuera de cristal. Recuperaría su estado normal una vez dentro de las cuevas...

Hasta él llegó el ruido de pasos y vio que Fred Schroeder salía del túnel, vestido lo mismo que él con pieles voluminosas. Schroeder dirigió la vista hacia el sur y dijo:

—Parece que empiece a haber un poco más de claridad allí.

Vio de lo que se trataba; una pequeña y débil pérdida de color del negro cielo.

—Han estado hablando sobre lo que tú y yo les hemos dicho —dijo Schroeder—. Y sobre la manera en que hemos luchado para permanecer aquí todo ese tiempo y cómo, incluso si el sol dejara de inclinarse hacia el sur este año, habría años de nieve y frío en las cuevas antes de que llegara la Gran Primavera.

—Si abandonamos esto, el glaciar cubrirá las cuevas y las llenará de hielo —dijo—. Todo cuanto tenemos quedaría sepultado bajo el mismo y todo cuanto nos quedaría no sería más que las flechas, arcos y pieles que lleváramos con nosotros. Estaríamos tomando el único camino de regresar a la edad de piedra, para nosotros mismos, por nuestros hijos y para los hijos de nuestros hijos.

—Ellos lo saben esto —dijo Schroeder—. Nosotros dos se lo dijimos.

Hicieron una pausa. Contemplaron el cielo hacia el sur que iba volviéndose cada vez más luminoso. El resplandor del norte flameaba imperceptiblemente tras de aquellas cuevas mientras la pálida aureola del invisible sol iba haciéndose, lentamente, más brillante hasta alcanzar su máximo.

Sus rostros estaban blancos a consecuencia del frío que casi les helaba entonces, y dando media vuelta entraron de nuevo en las

cuevas.

—Han tomado ya su decisión —siguió Schroeder—. Creo que tú y yo cometimos una injusticia al creer que habían perdido su determinación, cuando pensamos que podían llegar a desear entregar a sus hijos a una simple hacha al tiempo de decirles: «Mirad, tomad esto y conservadlo como símbolo de lo que tú eres o de todo cuanto serás».

«Su decisión ha sido unánime, de permanecer aquí tanto tiempo como nos sea posible resistir.»

Howard Lake escuchaba con atención al profesor Morgan West que iba leyendo el diario escrito por Walter Humbolt durante aquel terrible invierno que tuvo lugar treinta y cinco años antes.

«Cada mañana la luz del sur iba haciéndose más brillante. Durante la mañana del séptimo día vimos el sol, que no se mostró con demasiada claridad hasta la mañana del octavo día.

«Pasarán años antes de que podamos detener la lucha del encierro del glaciar, pero hemos alcanzado y pasado ya el terrible Gran invierno. Hemos llegado al fondo y la única dirección que podemos seguir en el futuro es hacia arriba.»

—Y de esta manera —dijo West, cerrando el libro— aquí estamos, en estas cuevas esta noche, a causa de la testarudez de Humbolt y Schroeder y de todos los demás. De haber ellos pensado solamente en su propio bienestar, de haberse sentido derrotados y de haber seguido su camino de vida a través de la emigración, nosotros estaríamos ahora sentados en torno a las hogueras de campamentos en cualquier lugar del sur, no teniendo en nuestras vidas, planes ni proyectos, ni aspiraciones que seguir a la caza de aquí para allá año tras año.

»Y ahora salgamos para terminar la lección de la noche.

El profesor West indicó el camino, saliendo de las cuevas, hacia la noche alumbrada por la luz; de las estrellas, al otro lado de las cuevas, siguiendo tras él Howard Lake y todos los demás chiquillos.

West señaló hacia el cielo, donde un grupo de estrellas que ellos llamaban Constelación Athena, brillaba como una enorme saeta en lo alto del lado este.

—Allí —dijo— detrás de la cumbre de la saeta es donde nos dirigíamos cuando los Gern nos detuvieron, hace ciento veinte años, abandonándonos en Ragnarok para que muriéramos. Está tan lejos

que el sol de Athena no puede ser visto desde aquí; tanto que tal vez transcurran todavía otros ciento cincuenta años antes de que nuestras primeras llamadas lleguen allí.

—¿Por qué entonces, vosotros y todos los demás grupos de niños tenéis que aprender tales cosas como la historia, física, lenguaje de los Gern y la manera de disparar un barrenero Gern?

Las manitas de cada uno de los chiquillos se elevaron dando a entender que todos conocían la respuesta. West escogió a uno entre todos ellos a Clifton Humbolt, de ocho años.

—Veamos, Clifton, por qué —dijo.

—Porque —respondió aquél— puede pasar un crucero Gern a pocos años de luz de aquí y recoger nuestro mensaje. Por esta razón tenemos que saber todo lo que nos sea posible saber sobre ellos y la manera de poderles combatir, porque todavía somos pocos en número.

—Los Gern vendrán para matarnos —dijo la pequeña Marie Chíara, de grandes y despiertos ojos oscuros—. Vendrán para matarnos y para convertir en esclavos a aquéllos a los que no quieran matar por una razón u otra como hicieron con los otros hace tanto tiempo. Son terriblemente mezquinos, y espantosamente listos, y nosotros tenemos que serlo aún mucho más que ellos.

Howard contempló de nuevo la constelación de Athena, pensando.

—«Espero que vengan tan pronto sea yo lo bastante mayor para poder luchar contra ellos, incluso esta noche...»

—Profesor —preguntó—, ¿qué aspecto tendría un crucero Gern, si llegara esta noche? ¿Vendría de la saeta de Athena?

—Probablemente no —respondió West—. Verías la ráfaga del cohete, como una brillante estela de fuego...

De pronto una resplandeciente lengua de fuego brilló en el firmamento poniéndose en movimiento saliendo de la constelación de Athena iluminando los bosques y colinas mientras sus asombrados rostros lo contemplaban atónitos.

—¡Son ellos! —exclamó una trémula voz.

Hubo una repentina y rápida agitación entre el grupo cuando Howard y los demás chiquillos de más edad empujaron a los más pequeños detrás suyo, en un instintivo acto protector.

Entonces se desvaneció la luz, dejando un pálido resplandor por

donde había pasado.

—Sólo era un meteoro —dijo West.

Observó la hilera de los chiquillos mayores que permanecían en actitud protectora delante de los más pequeños, con piedras en sus manos con las cuales librarse de los Gern, y sonrió sintiéndose complacido de ellos.

Howard contempló la estela del meteoro que iba desvaneciéndose ligeramente hasta hacerse invisible del todo y sintió que los latidos de su corazón iban tranquilizándose después del primer impulso de desengaño. Sólo un meteoro...

Pero algún día él podría llegar a ser el jefe del grupo y entonces, seguramente vendrían los Gern. Si no, él encontraría alguna manera de hacerlos venir.

* * *

Diez años más tarde Howard Lake era el jefe.

Integraban el grupo unos trescientos cincuenta y la Gran Primavera estaba en camino de convertirse en el Gran Verano.

La nieve había desaparecido del extremo sur de la meseta y de nuevo la caza había emigrado hacia los valles situados al este de las cuevas.

Había muchas cosas por hacer ahora que el Gran Invierno había ya pasado y ahora tendrían oportunidad para poder hacerlas. Necesitaban un gran horno de alfarería, un taller que fuera grande con torno, más diamantes para hacer ruedas cortantes, más cristales de cuarzo para hacer binóculos y microscopios.

Podrían explorar de nuevo el campo de la química inorgánica aun cuando los resultados en el pasado no habían sido de provecho alguno, y podrían dentro de pocos años, reemprender la exploración de la meseta... el trayecto más importante de todos.

Sus armas parecían ser tan perfectas como les era posible, pero cuando los Gern vinieran necesitarían algo más rápido y ciertos medios de comunicación entre las distintas unidades que combatieran contra aquéllos.

Un jefe que no pudiera comunicar con sus fuerzas y coordinar sus acciones no serviría de mucho. Y ellos tenían en Ragnarok un medio de comunicación, si se cuidaban del particular, que los Gern no podrían descubrir ni interferir electrónicamente: los escarnecedores.

Las montañas Craig estaban todavía blancas e intransitables por la nieve que aún las cubría aquel verano, pero iba retrocediendo un poco más cada año. Cinco años más tarde, durante el verano del año treinta y cinco, las montañas Craig estaban transitables durante unas pocas semanas.

Lake conducía una partida de ocho de ellos por aquéllas para descender a la quebrada. Se llevaron con ellos dos pequeñas jaulas, construidas de madera y cristal y hechas herméticamente con cola de una fuerte hierba. Cada jaula estaba equipada con una simple bomba de aire y un manómetro.

Regresaron llevando en ellas a dos pares de escarnecedores tan interesados como confiados cautivos, junto con provisión de maíz y buenos montones de diamantes.

Los escarnecedores, en sus jaulas a presión mantenida, no se daban cuenta del aumento de altura a que eran llevados a medida que iban alcanzando la cumbre de las montañas Craig.

Para Lake y los hombres que iban con el ascenso de regreso por las largas e inclinadas cuestas de la montaña, fue una difícil empresa que llevaron a cabo en un día, pero no más que eso. Era difícil creer que aquella misma excursión les había llevado a Humbolt y Barber, nada menos que tres días que duró el ascenso y que Barber había muerto al intentarlo.

Recordó aquellas antiguas ballestas que Humbolt y los otros habían usado. Eran ligeras de fácil tracción, como las que usaban los muchachos de la presente generación. Se requería valor para los de antaño para atreverse con los ataques de los prowlers y de los unicornios con arcos tan ligeros que sólo la pequeña área detrás de la quijada del unicornio era vulnerable a sus flechas…

* * *

A medida que fueron acercándose a las cuevas, empezaron a reducir gradualmente la presión de las jaulas de los escarnecedores; de aquella manera permanecieron durante un período de semanas. Una pareja de ellos sobrevivió y tuvieron dos pequeñuelos aquel otoño.

Los recién nacidos, como la primera generación de niños nacidos en Ragnarok hacía muchos años, estaban más adaptados a su medio ambiente que sus padres.

Sembraron el maíz, sirviéndose de un método de adaptación

similar, de cierta manera, con el utilizado con los escarnecedores. Había dado resultado puesto que no era necesario mucho tiempo para que aquellas semillas llegaran a su madurez. Cuando llegó el invierno sólo unas pocas semillas habían llegado a germinar.

Estaban salvados para las semillas del año siguiente; para poder continuar el proceso de adaptación que aunque lento sería eficaz.

Al quinto año, la más joven generación de escarnecedores estaba bien adaptada a la elevación de las cuevas, pero eran terriblemente susceptibles a una rápida y fatal forma de neumonía que hizo necesario mantenerles siempre alejados de exponerse al frío o al cualquier clase de cambio repentino de temperatura.

Su inteligencia era algo sorprendente y parecían ser parcialmente receptivos a los pensamientos humanos, como Billy Humbolt había escrito. A fines del año quince su entrenamiento había alcanzado un grado tal de perfeccionamiento que un escarnecedor podía transmitir un pensamiento de su amo aun cuando aquel sólo hubiera hecho que pensarlo, es decir que no lo hubiera pronunciado en alta voz. Además, transmitían el mensaje al escarnecedor que su amo quería que fuera dirigido. Es de suponer que todos los animales aquellos recibían el mensaje, pero sólo aquél a quien iba dirigido, lo repetían en alta voz.

No hay duda de que disponían de un propio método de comunicación.

Además poseían ballestas automáticas para luchas rápidas y a corta distancia y además las ballestas de larga distancia. Estaban totalmente adaptadas a la gravedad de 1,5 y sus reflejos eran casi como los de los prowlers. Ragnarok hacía tiempo que había perdido su capacidad de muerte.

Aquel año eran un total de ochocientos diecinueve, y a comienzos de la primavera siguiente, habían aumentado en ciento cincuenta, encontrándose impacientes y preparados en espera de la llegada de los Gern.

Entonces el transmisor, había estado en servicio activo durante tantos años, pero un día de aquellos se estropeó.

George Craig terminaba de comprobarlo cuando Lake llegó. Levantó los ojos de sus instrumentos, remarcablemente similar en apariencia al bosquejo del viejo George Ord —un parecido que le había sido transmitido por mediación de su madre— y dijo:

—Todo el circuito está a punto de irse o lo ha hecho ya. Ha estado trabajando durante más tiempo del que podía exigírsele de un aparato de su naturaleza.

—No importa —dijo Lake— ha servido para lo que fue construido. No vamos a reconstruirlo.

George le contempló interrogativamente.

—Ha servido ya para lo que se propusieron —repitió de nuevo —. No nos ha dejado olvidar que los Gern vendrán nuevamente. Pero ahora, esto no es suficiente. La primera señal no llegará a Athena hasta el año doscientos treinta y cinco. Esto será cuando el Gran Invierno esté terminado de nuevo. Tendrán que luchar con los Gern con arcos y flechas que el frío habrá hecho tan quebradizos como el cristal. No tendrán muchas posibilidades.

—No —dijo George—. No las tendrán. ¿Pero qué podemos hacer nosotros para cambiarlo?

—Ésta es una cuestión sobre la que he estado meditando —dijo —. Construiremos un transmisor hiperespacial y esto hará que los Gern vengan antes de que llegue el Gran Invierno.

—¿Qué nosotros lo haremos? —preguntó George, levantando sus obscuras cejas—. ¿Y qué utilizaremos para las trescientas libras de cobre y quinientas libras de hierro que necesitaríamos para construir el generador?

—Seguramente podremos encontrar las quinientas libras de hierro en alguna parte de Ragnarok. El extremo este de la meseta pueda ser el mejor lugar donde dirigirse. En cuanto al cobre, dudo de que podamos llegar a encontrarlo nunca. Pero existen yacimientos de arcilla semejante a la bauxita en las colinas del oeste, que seguramente contienen aluminio en más o menos cantidad. De manera que haremos los alambres de aluminio.

—El mineral tendrá que ser refinado a puro óxido de aluminio antes de que pueda ser derretido —dijo George—. Y no se puede fundir aluminio en un horno —comente— solamente en un horno eléctrico con un generador que pueda suplir una alta intensidad de amperios. Y tendríamos que tener también criolita para servir como disolvente en el proceso de fundición.

—Existe un yacimiento de criolita en las colinas del este según los viejos mapas —dijo Lake—, podríamos hacer un enorme generador fundiendo todo cuanto encontráramos. No sería lo

suficientemente grande para la energía del transmisor hiperespacial, pero lo sería para poder fundir el aluminio.

George estuvo meditando la idea.

—Creo que podemos hacerlo.

—¿Cuánto tiempo tardará en poderse mandar la nueva llamada? —preguntó.

—Contando con el metal extra que necesitamos, la construcción del generador es un trabajo sencillo. El transmisor es lo que llevará años de trabajo, quizá tantos como cincuenta...

—Cincuenta años...

—No habría manera de poderlo hacer más pronto —preguntó.

—Ya sé —dijo George—. Tú querrías que los Gern vinieran mientras tú estuvieras aún por aquí.

Éste es un deseo existente en cada uno de los hombres de Ragnarok, Pero incluso en la Tierra la construcción de un transmisor hiperespacial es un trabajo lento y largo y además muy laborioso, poseyendo como tienen todos los materiales y todos los utensilios especiales, así corno equipos. Aquí tenemos que hacerlo todo a mano y para materiales ya sabes tú lo mismo que yo, con los que contamos. Llevará por lo menos cincuenta años, sin que pueda adelantarse nada.

—Cincuenta años... pero que traerían a los Gern antes de que el Gran Invierno llegara.

Y había además la rápidamente aumentada posibilidad de que estuviera ya en camino un crucero Gern, que alguno podía captar sus primeras señales. Estarían ya a más de medio camino de Athena.

—Funde el generador —elijo—. Empieza a construir uno mayor. Mañana los hombres saldrán en busca de bauxita y criolita y cuatro de nosotros subirán a la meseta para comprobar lo del hierro.

Lake escogió a Gene Taylor, Tony Chiara y Steve Schroeder para que le acompañaran. Estaban ya en camino al amanecer del día siguiente, llevando sobre sus espaldas un escarnecedor, cada uno de ellos, que observaban la actividad y las nuevas escenas que se presentaban ante ellos con brillantes e interesados ojos.

Viajaban ligeros, ya que tendrían carne fresca durante todo el camino, y llevaban hierbas y maíz sólo para los escarnecedores.

Hacía ya algunas generaciones que una vez habían tenido los hombres que comer hierbas a fin de evitar enfermedades de

deficiencias alimenticias, pero ahora tales enfermedades, como la fiebre maldita, eran totalmente desconocidas para ellos.

No habían llevado consigo brújulas ya que las radiaciones de Ion dos soles causaban continuamente tormentas magnéticas que causaban el oscilamiento de las agujas de las brújulas tanto como unos veinte grados en una hora. Cada uno de ellos llevaba consigo unos poderosos binóculos, sin embargo; binóculos que habían sido esculpidos con diamantes de los cuernos de los unicornios, cuya sustancia era parecida al marfil y hechas con lentes y prismas de cuarzo tallado con diamantes.

Las más avanzadas bandas de cabras de bosque seguían el avance de la primavera hacia arriba la meseta y ellos seguían a las cabras. No podían adelantarse a aquéllas, puesto que iban aquellos animales muy cerca de las fundidas nieves. A medida que iban transcurriendo las semanas no veían colinas ni cordilleras y ello les daba la impresión a Lake de que estarían andando interminablemente por aquellos terrenos que parecían no tener que terminar nunca.

Estaba a punto de llegar el verano cuando ellos cruzaban un terreno que estaba verde y agradablemente fresco al mismo tiempo, mientras que la vegetación que rodeaba las cuevas debía estar seca y sin vida. Las cabras de bosque adelantaban menos en número entonces, mientras que algunas de ellas se detenían para descansar del verano en sus escogidas latitudes.

Ellos prosiguieron adelante y al fin divisaron, lejos hacia el norte, lo que parecía ser casi un infinitesimal combadura en el horizonte. Llegaron allí dos días más tarde; era una región de hermosas colinas verdes, moteadas aquí y allá con encrespadas rocas, y un terreno que subía lentamente y firme más y más arriba a medida que avanzaba hacia el norte.

Aquella noche acamparon en un pequeño valle. El suelo del mismo estaba blanco por los huesos de las cabras de bosque que habían esperado demasiado tiempo allí el otoño anterior y que habían sido atrapadas por alguna prematura tormenta. Había todavía algo de carne en los huesos y animales que se alimentan de carroña estaban hurgando por entre los esqueletos, recreándose.

—A partir de aquí, nos separaremos —les dijo a los demás a la mañana siguiente.

Asignó a cada uno de ellos su posición. Steve Schroeder paralelo a su camino treinta millas a su derecha; Gene Taylor treinta millas a su izquierda; y Tony Chiara a treinta millas a la izquierda de Taylor.

—Trataremos de mantener estas distancias —dijo—. No podemos observar la región con detalle de esta manera, pero esto nos dará la ocasión de poder dar una buena supervisión. No nos queda demasiado tiempo para ello y tendremos que hacer muchas millas hacia el norte, tantas como podamos cada día. Las cabras de bosque nos avisarán de cuándo hay que regresar.

Partieron la compañía con saludos de hasta la vista, pero Steve Schroeder sonriendo sardónicamente mientras contemplaba los huesos de las cabras de bosque esparcidos por el valle, preguntó:

—¿Quién se supone que avisa a las cabras?

Tip, el escarnecedor de color negro y con la nariz blanca sobre la espalda de Lake, seguía moviendo su cabeza y vigilando la partida de los demás hasta que hubieron cruzado la siguiente colina y los demás quedaron ocultos a su vista.

—Bien, Tip —le dijo entonces—. Ya puedes desdevanarte el cuello ahora.

—Desdevanarte… bien… bien… dijo Tip.

Entonces con un repentino brote de energía lo cual era característico en los escarnecedores, empezó a saltar y brincar al tiempo que repetía como un papagayo moviéndose continuamente.

—Bien, bien, bien, bien…

—Cállate —ordenó—. Si quieres hablar sin sentido no me importa, pero no repitas más «bien».

—Bien —acordó amistosamente Tip, recobrando el juicio—. Cállate si quieres hablar sin sentido. No me importa.

—Yo no destrozo la puntuación de esta manera. Tú cambias totalmente el significado de las frases.

Luego con otro brote de animación, Tip empezó a pasear en los bolsillos, con sus pequeñas garras peludas:

—Tip hambre… Tip hambre…

Lake desabrochó el bolsillo y le dio a Tip una hoja verde.

—He podido darme cuenta de que no hay carencia de sentido en tus palabras cuando te refieres algo de comer.

Tip cogió la hoja, pero habló de nuevo antes de empezar a comer; lentamente, como tratando seriamente de expresar su

pensamiento.

—Tip hambriento, no carece de sentido.

—A veces —dijo girando la cabeza para mirar a Tip— vosotros los escarnecedores me dais la sensación de que estáis a punto de convertiros en una raza nueva e inteligente.

Tip movió rápidamente sus patillas y dando un mordisco en la hoja.

—No tonto —acordó Tip.

Se detuvo a pasar la noche en un profundo precipicio cercado y construyó un pequeño fuego con hierbas secas, líquenes, para guardarse del rocío que llegaba de la oscuridad. Fue llamando a los demás, pensando primero en Schroeder de manera que Tip transmitió primero al escarnecedor de aquél.

—¿Steve?

—Aquí —respondió Tip, con una imitación fácil de descubrir de la voz de Schroeder—. No hay suerte.

Pensó en Gene Taylor y llamó.

—¿Gene?

No obtuvo respuesta y llamó a Chiara.

—¿Tony, puedes ver algo de la ruta de Gene hoy?

—Parte de la misma —respondió Chiara— He visto una manada de unicornios en aquel mismo camino. ¿Por qué, es que acaso no responde?

—No.

—Entonces —dijo Chiara— los unicornios deben de haberle cogido.

—¿Has encontrado algo hoy, Tony? —preguntó.

—Nada más que pura andesita. Ni tan sólo manchas de hierro.

Era la misma clase de formación estéril sobre la que él había andado durante todo el día. Pero de todas maneras no había esperado tener éxito tan pronto…

Trató nuevamente de llamar a Gene Taylor.

—¿Gene… Gene… está ahí, Gene?

No obtuvo respuesta. Sabía que no la tendría nunca más.

* * *

Los días fueron convirtiéndose en semanas con vertiginosa rapidez a medida que ellos iban adentrándose más y más hacia el norte. Las colinas iban tornándose cada vez más escabrosas y había

intrusiones de granito y otras formaciones que prometían la posibilidad de poder encontrar metal; una promesa que les hacía apresurar si era posible aún más el paso para aprovechar el tiempo que cada vez era más corto.

Por segunda vez vio algo blanco a lo lejos. La primera ocasión eran huesos de otra manada de cabras de bosque que se habían amontonado y muerto heladas por alguna baja temperatura y en la otra ocasión se trataba de huesos de una docena de unicornios.

Las noches iban haciéndose cada vez más frías y los soles se movían más aprisa hacia el sur. Los animales empezaban a emigrar, al principio notándose un apenas perceptible movimiento, pero que iba aumentando día tras día. Llegó la primera helada y la emigración empezó a tomar aspecto de seriedad. Al tercer día era ya una verdadera carrera.

Tip estaba extrañamente silencioso aquel día. No habló hasta llegar al mediodía cuando el sol había disipado un poco el frío y la posada niebla de la mañana. Cuando lo hizo fue para darle un mensaje de Chiara.

—Howard... último informe... Goldie está muriéndose, neumonía...

Goldie era el escarnecedor de Chiara, su único medio de comunicación y no tendrían manera de decirle cuando iban a iniciar el viaje de regreso.

—Regresa hoy Tony —le dijo—, Steve y yo seguiremos unos días más aún.

No obtuvo respuesta y dijo rápidamente.

—Regresa, regresa. —Acusa recibo de esto, Tony.

—Regresando... el acuse llegó... trata de salvarle...

El mensaje se detuvo allí con un silencio que el escarnecedor de Chiara ya no volvería a interrumpir nunca más. Siguió andando con Tip, sentado muy quieto y callado encima de sus hombros. Cruzó otra colina antes de que Tip se moviera, para apretarse más contra él de la manera que lo hacían aquellos animalitos cuando se sentían solos aferrándose a él.

—¿Qué es esto, Tip? —preguntó.

—Goldie está muriéndose —dijo Tip. Y luego de nuevo, con un suave y amargo sollozo—: Goldie está muriéndose...

—Era tu cónyuge... Lo siento.

Tip, hizo un ruido parecido a un pequeño sollozo, y el hombre acariciándole con una mano, dijo:

—Lo siento —repitió—. Lo siento muchísimo, mi pequeño compañero.

Durante dos días Tip permaneció sentado quieto y silencioso en su hombro, no mostrando ya ningún interés en las nuevas escenas que iban apareciendo ante sus ojos, ni aliviando en cierto modo la monotonía que les rodeaba con su charla. Se negó a comer hasta la mañana del tercer día.

Por entonces la emigración de cabras de bosque y de unicornios, había disminuido, en mucho. El cielo era de un gris plomizo a través del cual el sol no podía verse. Aquella tarde vio lo que podía asegurar se trataría de la última manada de cabras y disparó contra una de ellas.

Cuando llegó junto a aquélla quedó casi imposibilitado para poder creer lo que veía.

El pelo de sus patas estaba teñido de rojo, descolorido por las manchas de arcilla qué contenían hierro.

Lo examinó más detalladamente y vio que la cabra se había aparentemente bañado en un manantial donde el lodo era material arrastrado de un filón o formación que contenía hierro. Había sido hecho hacía muy poco tiempo, ya que todavía tenía minúsculas partículas de arcilla pegada en los pelos.

El viento seguía agitándose, frío y húmedo como anunciando una próxima tormenta. Miró hacia el norte, donde la tarde había convertido las nubes de color gris en negras, y llamó a Schroeder.

—¿Steve, has hallado algo?

—Nada —respondió Schroeder.

—Acabo de matar una cabra —le dijo—. Tenía manchas de hierro en sus patas, que debe haberse pegado a las mismas en algún manantial más hacia el norte. Voy a seguir para allá para probar de encontrarlo. Puedes regresar hacia las cuevas por la mañana.

—No —objetó Schroeder—. Puedo ir avanzando en ángulo y reunirme contigo en un par de días.

—Tú regresarás por la mañana —dijo—. Yo voy a probar de encontrar este hierro. Pero si fuera cogido por una tormenta de nieve será cosa tuya decir en las cuevas que lo encontré y donde está, puesto que ya sabes que los escarnecedores no pueden

retransmitir a tanta distancia.

Hubo un corto silencio; luego Schroeder, dijo:

—De acuerdo, comprendido. Me dirigiré hacia el sur por la mañana.

Lake emprendió su camino al día siguiente hacia donde le pareció más probable el lugar de procedencia de las cabras que había encontrado, deteniéndose en cada cumbre para estudiar la región que se extendía frente a él, mediante los binóculos. Estuvo todo el día nublado pero al atardecer apareció por breves momentos el sol, para enviar sus últimos rayos a través de las colinas y teñirlas de rojo en burla del hierro que él veía.

* * *

Lejos, pero delante de él, muy pequeño incluso a través de los cristales y sólo visible a causa de la posición del sol, había una mancha en la base de la colina que era más rojiza que el resto de las demás.

Se sintió lleno de confianza pensando que se trataría de la arcilla roja que había ido buscando y se apresuró para seguir adelante, sin detenerse hasta que la oscuridad le hizo imposible proseguir ni un paso más.

Tip durmió dentro de su chaqueta, apretado contra su pecho mientras el viento gemía y refrescaba la noche.

Estaba nuevamente en marcha, apenas habían apuntado las primeras luces del nuevo día, con el cielo más oscuro que nunca y el viento arrastrando pequeños copos de nieve ante él.

Se detuvo para mirar detrás suyo hacia el sur una vez más pensando.

—Si empezara a regresar ahora todavía me libraría de la tormenta que está a punto de desencadenarse.

Entonces otro pensamiento ocupó el lugar del anterior.

—Esas colinas todas parecen iguales. Si no doy con el hierro mientras estoy aquí y sé dónde dirigirme, puede que pasen años antes de que yo mismo u otro cualquiera pueda encontrarlos de nuevo.

Siguió adelante sin volver a mirar hacia atrás en todo el resto del día.

A media tarde las colinas más altas que le rodeaban quedaban ocultas bajo las nubes y la nieve iba haciéndose cada vez más

espesa y cayendo más copiosamente mientras el viento le arrojaba copos de la misma contra el rostro.

Comenzó a nevar abundantemente lo que hacía más difícil la visibilidad cuando al fin llegó a la colina que había visto a través de los cristales.

En la base de la misma había un manantial que burbujeaba en la arcilla rojiza. Más arriba, el lodo de color rojo se abría paso unos cien pies hasta llegar a una vena de granito donde se detenía.

Corrió hacia arriba por el lado de la colina que iba quedando cubierta de nieve por momentos, y pudo distinguir la vena.

Estaba situada contra el dique; corta y estrecha, pero de color rojinegro a causa del hierro que contenía.

Cogió un puñado en sus manos, preso de extraño nerviosismo, notando el peso del mismo. Era muy pesado. Era puro óxido de hierro.

Se puso en comunicación con Schroeder y le preguntó:

—¿Estás descendiendo ya de las colinas altas, Steve?

—Me encuentro ya en las más bajas —respondió Schroeder, llegándole las palabras un poco apagadas puesto que Tip permanecía dentro del bolsillo de su chaqueta—. Mirando hacia donde tú estás el cielo se ve muy negro.

—Steve… he encontrado hierro. Escúchame bien… éstas son las más exactas descripciones del terreno que puedo darte…

Al terminar añadió:

—Es de la mejor manera que se me ha ocurrido explicártelo. No puede verse la arcilla roja excepto cuando el sol está bajo, hacia el sudoeste, pero de todas maneras voy a intentar levantar una especie de monumento en la cima de la colina para que os pueda ser más fácil dar con él.

—En cuanto a ti, Howard —preguntó Steve—, ¿qué posibilidades tienes?

El viento iba aullando cada vez con más fuerza alrededor de los bordes del dique de granito, y poco a poco la vena iba quedando casi invisible bajo la nieve.

—No parecen que sean muchas, ni muy buenas —respondió—. Probablemente serás jefe cuando llegue la próxima primavera. Ya comuniqué al Consejo que éste era mí deseo si alguna cosa me sucedía. Procura que las cosas sigan por el mismo camino que yo las

he llevado hasta ahora. Ahora... tendré que apresurarme a construir el monumento antes de que sea demasiado tarde.

—De acuerdo —dijo Schroeder—. Hasta la vista, Howard... buena suerte...

Trepó hasta la cumbre de la colina y vio allí rocas que podrían servirle para construir el monumento. Eran grandes y sin querer podía lastimar con una de ellas a Tip que se apretaba contra su pecho, por ello sacóse la chaqueta y envolviéndole cuidadosamente lo dejó en el suelo.

Trabajó afanosamente hasta jadear dificultosamente por el esfuerzo realizado, mientras el viento cada vez arrojaba con más dureza la nieve contra él, hasta que el frío pareció penetrarle hasta los mismos huesos. Siguió trabajando hasta que el monumento fue lo bastante alto, es decir, demasiado para sus entumecidas manos que ya no podían colocar ninguna roca más en la cima del mismo. Pero ya entonces tenía bastante altura para que pudiera servir para lo que se había propuesto.

Se agachó para ver como seguía Tip, el suelo estaba cubierto ya por casi cuatro pulgadas de nieve y con una oscuridad casi completa.

—Tip —llamó—. Tip... Tip.

Anduvo hacia atrás y luego hacia adelante por el costado de la colina, tocando donde le parecía que le había dejado, tropezando con las piedras que quedaban medio ocultas por la nieve que las cubría y que quedaban invisibles por la oscuridad que le rodeaba gritando en medio del fuerte viento que hacía, mientras pensaba.

—No puedo dejarle morir solo.

Entonces de un pequeño bulto que no había visto en la nieve, bajo de él salió un débil y asustada voz.

—Tip frío... Tip frío...

Sacudió la nieve que cubría su chaqueta y destapó a Tip poniéndolo dentro de su camisa contra su piel desnuda. Las patas de Tip eran como pedazos de hielo y estaba temblando violentamente, primer síntoma de la neumonía que mataba a los animalitos aquellos de una manera tan rápida.

Tip estaba tosiendo, produciendo un extraño ruido al hacerlo, y se estremecía.

—Daño... Daño...

—Lo sé —le repuso—. Tus pulmones están enfermos, maldición, desearía poder haberte enviado con Steve hacia casa.

Se puso la chaqueta que estaba helada y empezó a descender la colina.

No había nada con lo que poder encender fuego, sólo la corta hierba medio verde, ya casi totalmente enterrada bajo la nieve.

Dirigióse hasta el sur al llegar al pie de la colina, determinando la dirección por el viento, y empezando la testaruda labor de iniciar la marcha hacia el sur que sólo podía tener un final.

Anduvo hasta que el frío aterió de tal manera sus pobres piernas que éstas se negaron a llevarle más allá. La nieve parecía caliente cuando cayó sobre ellas por última vez; caliente y suave cuando caía sobre él cubriéndole poco a poco, mientras se sentía invadido de una extraña y dulce placidez...

—No es tan malo —pensó para sí, con algo así como sorprendido por aquella sensación agradable que le envolvía—. No puedo arrepentirme de haber hecho lo que he hecho, habiéndolo hecho de la mejor manera que he podido...

Tip hacía rato que ya no tosía y pensó respecto a Tip que era lo único sobre lo que se arrepentía.

—Espero que no le siga doliendo cuando esté muriéndose.

Aún sentía a Tip muy débilmente contra su pecho entonces, y no supo precisar si era su imaginación o que en aquel estado postrero de letargo llegaba hasta él, el último pensamiento de Tip, cálido y cercano como dándole ánimos:

—Ni daño ni frío ya... todo bien ahora... ahora dormiremos.

TERCERA PARTE

Cuando llegó la primavera Steve Schroeder fue designado jefe, tal como había sido el deseo de Lake.

Era un trabajo y responsabilidad que se desarrollaban bajo distintas circunstancias de las que habían tenido los anteriores jefes a él. La terrible batalla estaba a punto de iniciarse.

Todos ellos estaban perfectamente adaptados e iban aumentando progresivamente de número. Iban acercándose al Gran Verano y a un renacimiento que perduraría unos cincuenta años.

Tenían medio siglo en el que desarrollar su medio ambiente a su máxima extensión. Luego vendría el Gran Otoño, para destruir todo lo que hubieran hecho y, después, llegarían los Gern para destruirles a todos ellos.

Era trabajo suyo hacer que para aquel entonces fueran todos ellos mucho más fuertes que los otros.

Se dirigió hacia el norte acompañado de nueve hombres tan pronto como el tiempo se lo permitió. Era difícil volver a seguir la ruta que habían seguido el verano anterior, sin brújulas y por aquellas colinas cuyo aspecto era similar en todas ellas vistas desde lejos mediante los binóculos.

Estaban ya en pleno verano cuando pudo distinguir el monumento hecho con piedras y rocas encima de una de ellas.

Descubrieron los huesos de Lake a pocas millas al sur de la misma, roídos por los animales que se alimentan de carroña, así como los pequeños huesecillos que habían pertenecido a su compañero Tip, el escarnecedor. Les enterraron juntos, hombre y animal, y prosiguieron su camino, silenciosos, hacia la colina.

Habían traído con ellos un pequeño puñado de diamantes para poder hacer algunos agujeros en el duro granito, así como pólvora negra, para provocar las explosiones que creyeran necesarias.

Minaron la vena, escogiendo el metal aprovechable de lo inservible, y procurando salvar cada una de las partículas, por pequeñas que éstas fueran.

La vena era estrecha en la superficie, haciéndose todavía más estrecha en un espacio muy breve. A una profundidad de unos seis pies había una grieta del, grosor de una hoja de cuchillo; a diez pies era sólo una decoloración roja en el fondo de un pozo.

—Parece que esto es todo —dijo Steve a los demás—. Al año que viene mandaremos más hombres hasta aquí para que sigan la búsqueda a más profundidad y más allá en esa misma dirección, pero tengo la impresión de que acabamos de minar la única vena de hierro que existe en todo Ragnarok. Por fortuna, creo que será suficiente para lo que nos proponemos.

Fueron almacenando el mineral en fuertes sacos hechos de cuero crudo y siguieron explorando hasta que vieron pasar la última manada de unicornios, iniciando entonces su regreso hacia el sur.

Atraparon a diez unicornios y les ataron de patas con otras cuerdas, que les alcanzaban desde el cuerno hasta la pata posterior de cada lado, para prevenir que echaran las cabezas atrás o incluso que las levantaran.

Habían supuesto que la captura de los unicornios, así como el atarles de aquella manera, habría sido un trabajo más dificultoso y hasta cierto punto más peligroso. Pero una vez hubieron concluido, los unicornios estaban por completo indefensos.

Podían moverse torpemente por allí para pacer, pero no podían en manera alguna atacar. Lo único que podían hacer era permanecer con la cabeza baja, enojarse y rugir.

Los sacos de mineral fueron atados en una mañana muy fría y una vez terminada esta tarea los hombres montaron en los unicornios para emprender la marcha. Las cuerdas que iban desde los cuernos a las patas, habían sido aflojadas ligeramente para permitir a los animales el poder andar con cierta soltura, y éstos iban avanzando en medio de profundos rugidos y toda clase de intentos de arrojar a sus jinetes, encolerizándose aún más al comprobar que sus esfuerzos eran en vano.

Las lanzas cortas, pinchándole en la parte más sensible detrás de las quijadas de los unicornios, impedían que las cabezas de los mismos se movieran hacia atrás y de esta manera fueron obligados

poco a poco a someterse. Al fin hasta el último de ellos admitió, temporalmente, la derrota, y la larga caminata comenzó en dirección al sur, avanzando los unicornios a un paso que podían muy bien mantener durante horas.

Cada día el viaje se prolongaba hasta que aquellos estaban demasiado cansados para tener ganas de pelea durante la noche. Por la mañana, una vez descansados, los animales reanudaban la batalla.

Poco a poco aquello llegó a convertirse, al fin, en una esperada rutina, lo mismo para los unicornios que para los hombres.

Los unicornios fueron soltados cuando los sacos de mineral estuvieron ya descargados a los pies de la colina que se extendía frente a las cuevas y Schroeder se dirigió entonces hacia la nueva rueda hidráulica, donde el nuevo generador estaba ya colocado.

Una vez allí encontró a George Craig que le habló de un nuevo obstáculo que se había presentado.

—Nos hemos engañado —dijo George, apesadumbrado—. El mineral de aluminio no es lo que nosotros creíamos. Es escaso y de muy baja graduación; de tal compleja naturaleza que no nos es posible refinarlo para obtener de él el óxido que necesitamos para trabajar en Ragnarok.

—¿Has producido algo de óxido de aluminio? —preguntó Schroeder.

—Un poco. Podemos llegar a obtener el suficiente para los alambres con un centenar de años si seguimos trabajando de firme.

—¿Qué más necesitas...? ¿hay suficiente criolita? —preguntó.

—No demasiada, pero vaya, creo que será suficiente. Tenernos el generador colocado; la caja de fundición construida y los refuerzos de carbón y la barilia preparados. Tenemos todo cuanto necesitamos para fundir el aluminio, excepto el propio aluminio.

—Adelante y termina con todos los pormenores y detalles tales como la instalación de los refuerzos —dijo—. No hemos ido tan lejos para tener que quedarnos ahora estancados.

Pero las partidas expedicionarias haciendo amplio y total uso del tiempo que les quedaba antes de que llegara el invierno, regresaron muy tarde aquella vez para informar que no habían visto ni el menor rastro de aquel mineral que necesitaban.

Llegó la primavera y con ella la determinación y propósito firme

de que tendrían que fundir el aluminio antes de que el verano cayera sobre ellos, aunque hasta aquel momento no tenía la menor idea de dónde podía ser hallado el aluminio. Necesitaban aluminio de un cierto grado lo suficientemente elevado para que pudiera extraerse de él, el puro óxido de aluminio. Específicamente, necesitaban óxido de aluminio...

Entonces vio la respuesta a su problema, tan clara que por esta misma razón había pasado por alto a todos ellos.

Hacía unos momentos que había pasado por delante de cuatro chiquillos que estaban jugando a un juego determinado, delante mismo de las cuevas todo el día; una especie de juego de damas en el cuál piedras de diferentes colores representaban a cada uno de los distintos chiquillos que intervenían en el juego. Uno de los muchachos tenía piedras rojas; algunos de los rubíes que habían traído de la quebrada y que tenían formas tan raras.

Los rubíes no tenían en Ragnarok ni utilidad ni valor alguno, sólo servían como lindas piedrecitas de brillante colorido para que los chiquillos pudieran jugar con ellas...

¿Sólo lindas piedrecitas...? Los rubíes y zafiros eran corindón..., ¡eran óxido puro de aluminio!

Corriendo fue a decírselo a George y organizó rápidamente una partida de hombres para ir a la quebrada en busca de todos los rubíes y zafiros que pudieran encontrar.

El último obstáculo había sido solventado, por fin.

El sol del verano calentaba con bastante intensidad el día que el generador comenzó a zumbar al ponerse en funcionamiento.

La caja de fundición con sus correspondientes carbones estaba preparada y la corriente fluía entre las pesadas varillas de carbón suspendidas en la criolita y los refuerzos, transformando la criolita en líquido.

Los crujientes rubíes y zafiros eran consumidos por la caja, reluciendo y despidiendo destellos de color rojizo y azul cielo para ser privados de su vida por la corriente y el fuego cambiando en algo totalmente distinto.

Cuando llegó la hora de sacar algo del metal, abrieron el orificio que había en un ángulo de la parte inferior de la caja.

Aluminio fundido fluyó del mismo en una lingotera como si fuera un pequeño río: más precioso para ellos que cualquiera de las

más caras gemas, reluciente y brillante en su promesa de que el encarcelamiento de más de seis generaciones estaba a punto de llegar a su fin.

La fundición del aluminio fue continuando hasta que la provisión de rubíes y zafiros de la quebrada se extinguió con excepción de pequeños y dispersos fragmentos. Tenían suficiente, incluso con algo de sobras para el aluminio que necesitaban para los alambres.

Fue durante el año ciento cincuenta y dos cuando fundieron el aluminio. Al cabo de ocho años más habrían llegado a la mitad del Gran Verano: los soles empezarían su larga inclinación hacia el sur, no regresando en ciento cincuenta años. El tiempo transcurría velozmente para todos ellos y no tenían motivos, más bien al contrario para desperdiciarlo...

La fabricación de cerámica fue convirtiéndose en un arte, así como la confección de distintos tipos de cristal. Se construyeron telares para torcer hilos de lana de las cabras de bosque, y se descubrieron distintos tintes vegetales.

Varias partidas expedicionarias cruzaron el continente hacia los mares del este y oeste: salubres y secos mares que estaban bordeados por inmensos desiertos. A lo largo de sus orillas no crecían árboles de ninguna especie ni podían construirse naves con las que cruzarlos.

Continuaban esforzándose tenazmente en desarrollar un campo de química inorgánica, con deseos de razonadores resultados, pero durante el año ciento cincuenta y nueve la siembre de maíz fue un completo éxito, habiéndose conseguido totalmente su adaptación a la altura y clima de las cuevas.

Tenían suficiente maíz aquel año para la alimentación de los escarnecedores, para poder pasar todo el invierno, además de las semillas para el próximo año, y aún quedaba suficiente que sería molido y convertido en pan para todos ellos.

Tenía un extraño sabor, pero era bueno. Era, pensó Schroeder, el símbolo de una gran paso hacia el progreso. Era la primera vez que ellos conocían otra clase de comida que no fuera carne. El maíz les permitía no tener que estar siempre pendientes de la caza y cosa de suma importancia, era la clase de comida para la cual tendrían que estar acostumbrados en el futuro, ya que no podrían llevar consigo

manadas de cabras de bosque ni de unicornios en la batalla contra los cruceros Gern.

La carencia de metales ponía obstáculos en cualquier dirección que se giraran sus esfuerzos de construir incluso las máquinas más sencillas o armas.

A pesar de sus dudas respecto a los diseños, sin embargo, construyeron un arma semejante a un rifle.

El cañón del mismo era fuerte, del material cerámico más duro, y consistente que pudieron fabricar. Era algo engorroso pesado, disparar con un fusil de chispa y no podía ser cargado con mucha pólvora por miedo a que la carga no quemara el cañón.

La ignición del fusil de chispa no era instantánea, la bala de ligero peso era de porcelana y tenía mucha menos fuerza penetrante que una flecha y el chisme daba un estampido y levantaba tal nube de humo que aquel solo detalle descubriría a los Gern dónde estaba situado el disparador.

Era un objeto interesantemente curioso y el disparo del mismo era algo espectacular para ser contemplado, pero era un arma apta para ser mucho más peligrosa para el hombre que la empuñaba, que para un Gern al que estuviera apuntando. Las ballestas automáticas eran mucho mejores.

* * *

Habían cazado cabras de bosque que habían acondicionado durante los veranos en refugios donde los arroyos de agua mantenían una temperatura lo bastante fresca para que pudieran sobrevivir. Sólo las jóvenes eran retenidas cuando llegaba el otoño, para ser puestas a buen recaudo durante el invierno en una de las cuevas. Cada nueva generación era sujeta a un poco más de calor durante el verano, y a un poco más de frío durante el invierno de manera que por el año ciento sesenta las cabras estaban en buen camino hacia una total adaptación.

Al año siguiente atraparon a dos unicornios, para empezar el trabajo de su adaptación y domesticar a las futuras generaciones de los mismos. Si tenían éxito habrían aprovechado todos los recursos de Ragnarok hasta el límite, excepto en lo que sería su más valioso aliado contra los Gern, cuando llegase la hora de la pelea: los prowlers.

Durante cerca de veinte años los prowlers habían observado una

tregua en la cual ellos no atacaban a los hombres si éstos se mantenían alejados de sus rutas de camino. Pero sólo se trataba de una tregua, y la misma no indicaba en ningún sentido que se tratara de una muestra que envolviera una amistad.

Por tres veces consecutivas en el pasado, habían dado caza a prowlers a medio criar, encerrándolos con la esperanza de poderlos domesticar. Cada vez, habían paseado por sus jaulas, mirando con atención a la distancia, negándose a comer y mostrándose fieros hasta el momento de su muerte.

Para los prowlers, como sucede con los hombres, la libertad era algo más preciado que la propia vida. Y cada vez habían dado caza a uno de aquellos animales, los que quedaban libres volvían a sentirse con ansias de reanudar sus ataques salvajes.

Parecía que no existía manera posible de que hombres y prowlers pudieran convivir en un mismo terreno. Eran extraños los unos a los otros, separados por el abismo de un origen en mundos separados por doscientos cincuenta años luz. Su única cosa en común eran sus ansias de batalla.

Pero durante la primavera del año ciento sesenta y uno, por un corto espacio de tiempo, un día aquel abismo fue salvado.

* * *

Schroeder regresaba de un viaje que había emprendido solo, hacia el este, descendiendo por el largo cañón que conducía desde la alta superficie de la meseta a la región cercana a las cuevas. Iba de prisa, mirando de vez en cuando hacia atrás vigilando las negras nubes que iban acercándose cada vez más rápidamente desde la montaña que se alzaba detrás de él. Los truenos retumbaban desde allí con fuerza, de una manera casi continua como a las nubes empezaran ya a vaciar sus depósitos de agua.

Un enorme nubarrón iba acercándose y el cañón de acantiladas paredes hacia el que corría, se había repentinamente convertido en una mortal trampa.

Su tranquila luz solar pronta a ser transformada en una atronadora destrucción. Había sólo un lugar a lo largo de su longitud de nueve millas donde él podía saltar y el tiempo era cada vez menor para que le diera la oportunidad de llegar hasta allí.

Había acelerado su paso hasta convertirlo en una verdadera carrera cuando llegó allí, un talud de escarpadas rocas que se

inclinaba escarpadamente por unos treinta pies hasta un andén. Un anaquel de unos once pies de altura se extendía sobre el andén y otro más bajo se extendía detrás de aquél formando una sucesión.

Al llegar al pie del taluti se detuvo para escuchar, preguntándose lo cerca que debía de estar el agua. Parecía que la oía llegar, produciendo un ruido como el que hace el viento cuando ruge con furia en el cañón, goteando por el talud por el cual se arrastraban rocas sueltas desde la cumbre. El andén no era lo suficientemente alto encima del suelo del cañón, allí se mataría, y por ello siguió adelante unos cincuenta pies alrededor del agudo recodo. Allí se estrechaba bruscamente para resurgir en la acantilada pared del cañón. Un callejón sin salida...

Retrocedió corriendo a la cumbre del talud donde el borde del andén escabroso por las proyecciones de rocas, estaba inalcanzablemente elevado para poder llegar a él. Mientras iba pensando en lo que haría, el rumor se convirtió de pronto en un atronador y espantoso trueno al tiempo que veía llegar el agua.

Barría el recodo en toda su extensión quizá a una velocidad de cien millas por hora, abarcando de pared a pared del cañón, la cima del mismo estaba agitada y azotada, y elevada a acantilados de cuarenta pies por encima del suelo del cañón.

Un prowler iba corriendo delante de él, luchando por mantener la vida y moviéndose.

No había tiempo para perderlo en observaciones de ninguna clase. Dio un brinco, tan alto como le fue posible, con la ballesta en la mano. Enganchó el extremo del arco en uno de los salientes de las rocas, arriba del borde acantilado y entonces empezó a subir por él temiendo correr demasiado por temor a que la roca no segara la cuerda del arco por la mitad y le arrojara a él al precipicio.

Pero afortunadamente aquélla resistió y llegó al fin a la cima del andén a salvo, mientras que el prowler pasaba como un relámpago por el alud.

Pasó volando como una flecha, por el andén del callejón sin salida y un momento después regresaba. Comprendió que su única posibilidad sería dar un brinco en el andén en el que estaba y tratar compensado por el acantilado, aliviar el declive que tenía que saltar.

Fracasó en su intento y cayó. Lo intentó nuevamente, brincando

hacia arriba con todas sus fuerzas y sus patas se agarraron fugazmente en la áspera roca a un pie bajo el borde. Empezó a deslizarse de nuevo, si es que le quedaba tiempo para una nueva intentona.

Miró hacia arriba al borde de la seguridad que no había podido alcanzar y luego le miró a él, con sus ojos brillantes y fríos con el conocimiento de que iba a morir y que su enemigo lo presenciara.

Schroeder echándose sobre su estómago y alargándose hacia abajo, hasta alcanzar la maciza cabeza negra, para agarrar al prowler por la parte posterior de su cuello. Lo levantó con toda su fuerza y las garras del animal se desgarraban contra las rocas a medida que iba subiendo.

Cuando llegaba al borde del andén a salvo, retrocedió apartándose de él, poniéndose en pie con un movimiento rápido y alerta con los ojos fijos en aquél y con el cuchillo preparado en su mano. Mientras así hacía, el agua empezó a pasar por debajo de ellos con un estruendo que hacía estremecer. Arrastraba consigo maderos y árboles que entrechocaban entre sí, cosas que se hundían y volvían a, surgir en aquella profunda oscuridad; cosas sin forma precisa que alguna vez debieran haber ¡sido cabras da bosque, así como la enorme y gris forma de unicornios. Lo vio todo con una mirada de reojo fija su atención en el prowler.

Retrocedió del borde del andén y le observó atentamente, como el prowler le observaba a él. Con una atención que era casi una pregunta, una clara desconfianza.

La plataforma en la que permanecía era estrecha pero llegaba fuera del cañón y a las extensiones abiertas detrás del mismo, hizo un gesto al prowler a que le precediera, y vacilando un momento el animal hizo lo que se le indicaba.

Treparon para salir del cañón y a la herbosa inclinación del costado de la montaña. El rumor del agua llegaba allí algo distante y se detuvo. El prowler hizo lo mismo, contemplándose uno al otro de nuevo, cada uno de ellos tratando de adivinar qué clase de pensamiento albergaba el otro. Era algo que no podían saber, puesto que eran demasiado extraños el uno al otro y habían sido enemigos durante demasiado tiempo.

Una ráfaga de viento se cruzó con ellos, agitando y moviendo las nieblas altas y el prowler se movió para alejarse, dejándole allí solo.

Su camino era el mismo que el de él, divergiendo gradualmente del que había tomado el animal. Atravesó un pequeño grupo de árboles saliendo a un claro abierto al otro lado. Arriba en el borde del andén a su derecha vio algo oscuro por un momento, ya lejos.

Estaba a treinta pies del próximo grupo de árboles cuando divisó la figura gris que le esperaba que llegara a ellos.

Unicornio.

Su ballesta rechinó al empuñar el gatillo de la pistola. El unicornio atacó, crujiendo la maleza bajo sus patas, mientras parecía arrastrar una cuerda suelta de uno de sus cuernos...

Su flecha primera fue a dar cerca de su pecho. Se sacudió violentamente mortalmente herido..., pero continuó avanzando, mientras él empuñaba la pistola para dispararla rápidamente, para poderle detener a tiempo.

La cuerda del arco segada por la operación a que había sido sometido para que él pudiera trepar se cortó en seco en dos pedazos que se soltaron hacia adelante.

Se había confiado al arco y su fracaso llegó un segundo demasiado tarde para que pudiera escabullirse lo bastante lejos.

El salto que dio de lado, fue demasiado corto, y el cuerno del unicornio le alcanzó en el aire rompiéndole las costillas, destrozándole el hueso de su brazo izquierdo y rasgándole la carne del mismo. Fue levantado a quince pies del suelo y arrojado contra la tierra con un ensordecedor impacto, sintiéndose invadido por una oleada de dolor.

En medio de la misma débilmente, vio caer al unicornio y oyó su llamada antes de morir pidiendo auxilio. Oyó el grito parecido de respuesta en algún lugar distante y a continuación el lejano ruido de numerosos unicornios que se acercaban en veloz carrera.

Luchó para librarse de su ceguera, y sirviéndose de su brazo bueno trató de levantarse. Su arco no le servía ya para nada, la lanza yacía rota bajo el unicornio, y el cuchillo había desaparecido.

El brazo izquierdo le colgaba inerte y por lo tanto no podía trepar a un árbol ayudándose solamente con el otro brazo.

Fue hacia adelante, tambaleándose, tratando de correr para poder encontrar el cuchillo mientras la carrera alocada del unicornio iba acercándose más y más a él. Sería una batalla desde luego ya perdida la que podría llevarse a cabo con el cuchillo, pero

al menos habría luchado...

La hierba crecía alta y tupida de manera que ocultaba el cuchillo que buscaba con tanto afán hasta que oyó el ruido del unicornio que estaba ya en loe árboles cercanos.

Le vio a diez pies frente a sí, mientras salía de los árboles que lo rodeaban.

El unicornio gritaba envanecido por el triunfo que preveía, con el cuerno levantado a punto de ataque. No le quedaba ya tiempo alguno para buscar el cuchillo, ni tiempo para otra cosa más que para echar la última y rápida ojeada al sol y al resplandeciente y arqueado cielo azul...

Algo que de momento no supo definir, pasó desde detrás suyo como un rayo hacia la garganta del unicornio, algo que tenía el pelo salvajemente negro, con ojos amarillos relucientes, y blancos y afilados colmillos: el prowler.

Desgarró la garganta del unicornio, desviando así su ataque con lo cual el unicornio se precipitó más allá de donde él se encontraba. El unicornio dio media vuelta retrocediendo y habiendo desaparecido todo el triunfo y alegría en sus chillidos. El prowler volvió a golpearle. Se convirtieron en un arremolinado nudo, el unicornio moviendo el cuerno de aquí para allá con desespero, respondiendo de esta manera a los incesantes y terrible ataques que recibía por parte del prowler con la rápida e implacable acometida de un estoque.

Schroeder fue en busca de su cuchillo y al regresar la batalla estaba ya concluida.

El unicornio cayó al suelo y el prowler dando media vuelta se alejaba de él. Una de sus patas delanteras estaba bañada en sangre y su pecho se agitaba jadeante, pero de una forma extraña como si aquella dificultad en respirar no hubiese sido producida tan sólo por el cansancio de la pelea con el unicornio.

—Debe haber estado vigilándome —pensó Schroeder, con una extraña sensación de querer saber—, debe haber estado vigilándome desde la cordillera y debe de haber corrido todo el trayecto para llegar a tiempo de poder auxiliarme.

Los ojos amarillos del prowler no se apartaban ni un solo instante del cuchillo que sostenía en la mano. Le dejó caer al suelo y avanzó hacia el animal, desarmado, como queriendo darle a

entender su intención; es decir, que para ellos en aquel momento el abismo de doscientos cincuenta años luz no existía.

Se detuvo cerca de él y agazapado en la hierba empezó a dedicarse con afán a su brazo roto de manera que los huesos lastimados no rasparan uno contra el otro. El prowler le observaba con atención y al cabo de unos instantes empezó a lamerse su ensangrentado hombro, permaneciendo tan cerca de el que habría podido tender la mano y tocarle.

De nuevo Schroeder se sintió invadido por aquella extraña sensación de querer saber. Estaban los dos solos en medio de aquel claro, el hombre y el prowler, cada uno de ellos ocupado en sus propias heridas. Ahora entre los dos existía un lazo que por lo menos por un corto espacio de tiempo les mantenía unidos como si hubieran sido hermanos. Había un puente tendido a través de aquel terrible abismo que nunca en años anteriores había sido tendido...

Cuando hubo terminado con su brazo, y el prowler había logrado contener la sangre que manaba de su hombro lastimado, Schroeder vio que aquél retrocedía un paso hacia la cordillera. Se puso de pie sabiendo que el prowler iba a marcharse.

—Supongo que ahora estamos en paz —dijo Schroeder al prowler— y que posiblemente no volveremos a encontrarnos nunca más. De manera que, buena suerte y gracias por tu ayuda.

El prowler hizo un sonido con su garganta. Un sonido suave, que no era ni aullido ni gruñido, y tuvo la sensación de que estaba intentando decirle algo. Luego dio la vuelta y se alejó, como una sombra oscura a través de las hierbas, dejándole de nuevo solo.

Recogió su cuchillo y arco emprendiendo de nuevo el largo y doloroso camino de regreso a las cuevas, mirando una y otra vez hacia la cordillera que iba quedando detrás suyo, mientras pensaba:

—Tiene un código de ética. Luchan para sobrevivir, pero pagan sus deudas.

Ragnarok era lo suficientemente grande para dar cabida a los hombres y a los prowlers. Podían vivir juntos, en buena armonía, como hombres y perros lo hacían en la Tierra. Podía pasar mucho tiempo antes de llegar a ganar la confianza de los prowlers, pero seguramente más tarde o más temprano se conseguiría.

* * *

Llegó por fin al camino rocoso que conducía a las cuevas y desde

allí se giró para contemplar por última vez la cordillera que quedaba a sus espaldas. Tuvo la punzante sensación de pérdida y se preguntó si alguna vez volvería a ver al prowler o si volvería a experimentar aquella extraña y salvaje camaradería que le había invadido aquel día.

Tal vez no volviera a producirse nunca más… pero tiempo llegaría, en Ragnarok, en que los chiquillos jugarían en los prados con los cachorros de prowlers, y tiempo vendría en que hombres y prowlers codo a codo, se enfrentarían a los Gern.

Durante el año que siguió se produjeron dos incidentes curiosos, cuando los prowlers tenían la oportunidad de dar muerte a un cazador en territorio ocupado por aquéllos y no lo hacían.

No hubo manera de llegar a saber si en las dos ocasiones se trató del mismo prowler que había logrado salvar la vida gracias a Schroeder, o bien si todos los prowlers en masa respetaban lo que un humano había hecho por uno de ellos.

Schroeder pensó de nuevo en capturar cachorros de prowlers muy pequeños, pero decidió que aquello sería obrar estúpidamente. Semejante proceder destrozaría todo lo que se había ido avanzando con el propósito de granjearse la confianza de aquellos animales. Lo más prudente sería esperar, aun cuando el tiempo que les quedaba iba siendo cada vez más corto y tratar de encontrar algún otro medio.

Llegó el otoño del año ciento sesenta y tres, mientras los soles en el firmamento iban moviéndose notablemente hacia el sur. Durante aquel otoño nació el tercero de los hijos de Schroeder, una niña a la que se llamó Julia, después de aquella Julia de tantos años atrás. Ella era de la última generación que nacería en las cuevas.

Tenían ya los proyectos terminados para la construcción de una ciudad en el valle, a una milla de las cuevas. La empalizada que les protegería de los ataques de los unicornios y que rodearía la villa estaba ya en construcción, siendo hecha de bloques de piedra. Las casas serían de diamantes serrados, de gruesas paredes, con espacios aisladores entre los dobles muros para que sirvieran de aislante del frío y del calor. Altos doseles hechos de árboles de lanza y hojas de árboles parecidos a las palmeras serían colocados sobre todas las casas para proporcionar algo más de sombra.

Las cabras de bosque estaban ya plenamente adaptadas aquel

año, y domesticadas hasta tal extremo que no deseaban en modo alguno emigrar con las otras cabras salvajes. Había ya una pequeña manada de ellas, suficiente para proporcionar una provisión limitada de leche, queso y lana.

La adaptación de los unicornios fue continuando en los años venideros, pero no así su domesticación. Por lo visto su naturaleza era más nerviosa y de temperamento traidor y sólo la amenaza de las lanzas en manos de sus conductores les obligaban a trabajar; trabajo que podrían haber hecho fácilmente, no les distraía, y cada día trataban de nuevo de volverse contra sus amos para matarles. Cada noche eran encerrados en unos corrales muy reforzados puesto que eran tan peligrosos como sus compañeros salvajes.

El lento y concienzudo trabajo del transmisor continuaba, mientras los soles seguían moviéndose cada vez más hacia el sur, año tras año. El traslado desde las cuevas a la nueva villa fue llevado a cabo durante el año ciento setenta y nueve, durante el cual falleció la esposa de Schroeder.

Sus dos hijos varones eran ya mayores y se habían casado y Julia, su hija de dieciséis años era una mujer con las características de Ragnarok. Ojos azules y cabello negro como su madre, de la familia Craig, y sorprendentemente hermosa dentro de aquella especie de selvatiquez o atolondramiento. Aquella primavera contrajo matrimonio con Will Humbolt, dejando a su padre solo en una de las nuevas casas de la recién construida villa.

Cuatro meses más tarde llegó corriendo un día hasta su padre para anunciarle con orgullo y excitación:

—Voy a tener un hijo dentro de seis meses. Si es varón tendrá la edad justa para poder ser jefe cuando vengan los Gern, y le llamaremos John, en recuerdo de aquel John que fue el primer jefe que tuvimos en Ragnarok.

Las palabras de su hija trajeron a su mente una pregunta y pensó en lo que el viejo Dale Craig, jefe que había precedido a Lake había escrito:

«Hemos sobrevivido varias generaciones, y han nacido descendientes nuestros, cosa que los Gern no creyeron jamás que pudiera llegar a suceder. Pero no debemos olvidar las características que aseguran esta sobrevivencia; una indiscutible lealtad en cada uno de los individuos que forman nuestro grupo y el valor y coraje

necesarios para pelear y morir si es preciso.

En cualquier año pueden presentarse los Gern. No habrá nadie para ayudarnos. Aquéllos que están en Athena son esclavos, y es muy posible que incluso la Tierra esté ahora bajo el dominio de nuestros enemigos. Resistiremos o caeremos solos. Pero si nosotros, los de hoy, sabemos que los que han de enfrentarse con los Gern tendrán todavía el valor y la lealtad necesarios para hacer nuestra sobrevivencia posible, entonces podemos dar por sentado que los Gern están desde ahora, derrotados...»

* * *

La era de peligro y violencia caería sobre ellos dentro de poco tiempo. La generación más joven había crecido en un período de paz en el desarrollo de su ambientación. Una paz que la llegada de los Gern destrozaría pero, ¿habría aquello aplacado el arrojo y la lealtad de los más jóvenes?

Una semana más tarde tuvo la respuesta a esa pregunta.

Estaba subiendo la colina aquella mañana, quedando la nueva ciudad abajo, cuando divisó la blusa de lana azul de Julia allá a lo lejos. La vio sentada a un lado de la colina con un libro abierto en su regazo y su lanza corta a su lado reposando sobre el suelo.

Frunció el ceño al verla. La principal emigración de unicornios hacia el sur había pasado ya, pero con frecuencia algunos extraviados podían aparecer en cualquier momento. Él ya la había advertido en varias ocasiones de que un unicornio la mataría, pero ella era atrevida y temeraria por naturaleza y dada a inquietos humores que la impedían permanecer en el recinto formado por la ciudad.

La muchacha sacudió la cabeza cuando vio que él la observaba, a pesar de ser tan leve el ruido, y entonces él vio también el primer movimiento en el grupo de árboles que se extendía detrás de ella, producido por un unicornio.

El animal se abalanzó hacia adelante, abandonando su escondite y entonces fue cuando ella lo vio, poniéndose rápidamente de pie, con rápidos y veloces movimientos, con la lanza en su mano y el libro arrojado al suelo.

El chillido del unicornio llenó el aire y ella dióse la vuelta para enfrentarse con su enemigo, quedándole solamente bien, lo sabía, dos segundos de vida.

Schroeder cogiendo su arco, se dispuso a disparar, sabía de antemano que su ayuda llegaría demasiado tarde.

Ella hizo la única cosa posible que podía ayudarla a sobrevivir; varió su balance aprovechando la ventaja de que un humano podía saltar a un lado con un poco más de rapidez que una bestia de cuatro patas que venía en carrera para embestir. Al mismo tiempo de saltar, ella levantó la lanza apuntando el área vulnerable del animal precisamente detrás de la mandíbula.

Parecía que la punta del cuerno del unicornio no estaba a más de un brazo de su estómago cuando ella saltó a un lado con la felina rapidez de un prowler, moviéndose al saltar y clavando la lanza con toda su fuerza en el cuello del unicornio.

Acertó con la lanza que se clavó profundamente en el animal. Le desprendió moviéndose en seguida hacia atrás para librarse de las pezuñas que pateaban con furia intentando alcanzarla. La fuerza de la carga del unicornio casi la rozaron pero el animal cayó inerte al suelo con gran estruendo, arrastrándose un poco antes de quedar quieto del todo. Pateó una vez más y quedó inmóvil.

Ella se le acercó, para recuperar su lanza. Incluso a pesar de la distancia, podía advertirse un aire de orgullo en la muchacha mientras iba alejándose de su voluminosa víctima.

Entonces Julia vio el libro, estropeado de un lado por las patas del unicornio. Sus páginas hechas jirones revoloteaban al viento. La muchacha quedó envarada empalideciendo. Corrió hacia el libro para recogerlo, olvidándose del unicornio.

Estaba tratando de recuperar las hojas sueltas cuando Schroeder llegó hasta ella. Se trataba de uno de los libros de texto viejos impreso en verdadero papel, y se había desgastado mucho por el uso, siendo por ello mucho más frágil que los demás. El librero le había recomendado en gran manera que tuviera mucho cuidado del mismo. Ahora página tras página, estaba rota y totalmente imposible de poderse leer.

Levantó los ojos hacia su padre, avergonzada y triste.

—Padre —dijo—. El libro… yo…

Schroeder vio que el unicornio era de un tamaño superior considerablemente que la mayoría. En tiempos pasados muchos hombres habían dado muerte, a unicornios con lanzas pero nunca, antes que entonces, lo había hecho una muchacha de dieciséis

años…

Volvió a contemplar a su hija, conservando su rostro impasible, sin demostrar emoción de ninguna clase y preguntándole austeramente:

—¿Tú, qué?

—Creo… creo que no tenía ningún derecho a llevarme el libro fuera de la ciudad. Desearía no haberlo hecho…

—Prometiste tener buen cuidado del mismo… —le dijo fríamente—. Se confió en tu promesa y se confió en que lo cumplirías.

—Pero yo… pero… no ha sido intención mía estropearlo… —de pronto vio que la muchacha estaba a punto de ponerse a llorar— yo… yo no soy tan desquiciada…

—Vuelve a la ciudad —le ordenó—. Esta noche trae el libro a la sala de actos y cuenta al Consejo lo que te ha sucedido con él.

La muchacha bajando la cabeza asintió en voz débil:

—Sí, padre.

Diose la vuelta y comenzó lentamente a descender de la colina, sin ni siquiera ver al unicornio cuando pasó por delante de él, colgando la ensangrentada lanza detrás de ella de una manera desconsoladora y con la cabeza gacha por la vergüenza.

Su padre la vio marchar y entonces se sintió seguro y a salvo pudiendo sonreír libremente.

Cuando al llegar la noche, ella permanecería de pie ante el Consejo, avergonzada de tener que levantar los ojos hasta ellos, tendría que permanecer ceñudo y serio, mientras ella contaba de la manera que se había confiado en ella y cómo ella había traicionado aquella confianza.

Pero ahora mientras la veía dirigirse hacia la villa, podía sonreír sintiéndose orgulloso de ella y sabiendo que su pregunta tenía ya respuesta; la última generación no había perdido ni el coraje ni la lealtad.

* * *

Durante aquella primavera Julia salvó la vida de un niño, perdiendo en su intento casi la suya. El chiquillo estaba jugando bajo un dosel a medio terminar, cuando una repentina y violenta ráfaga de viento le azotó, convirtiéndolo en pocos segundos en una trampa mortal, puesto que estaba a punto de derrumbarse. Julia

pudo Iterar junto al niño con el tiempo justo para sacarle de allí en volandas y ponerlo a salvo, pero no pudo evitar que el techo que ya se hundía la alcanzara a ella antes de que tuviera tiempo de ponerse fuera de peligro.

Su pecho y su garganta fueron alcanzados por los extremos mellados de los palos rotos, y durante el transcurso de todo un día con su correspondiente noche estuvo luchando entre la vida y la muerte, débilmente ya que apenas tenía fuerzas para ello. Comenzó a mejorar lentamente durante la segunda noche, y en la mañana del tercer día empezó a sentirse capaz de hablar un poco por primera vez después del accidente, con los ojos sombríos y torturada por un temor.

—¿Y a mi hijito… que le sucederá ahora?

Fue convaleciendo con lentitud obsesionada por el constante temor de perder a su hijo. Éste nació cinco semanas más tarde y los temores de la madre pudieron así disiparse al comprobar que todo había sido infundado. El bebé era perfectamente normal, robusto y sano.

Y hambriento… pero los pechos de la madre, que fueron curándose lentamente habían quedado secos durante semanas enteras.

Por una coincidencia que no había llegado a suceder nunca hasta entonces, y que probablemente no volvería a producirse no había ninguna otra mujer que pudiera amamantar al chiquillo. Había muchas de ellas que estaban esperando el acontecimiento, pero sólo había tres que tenían chiquillos de corta edad, y las tres tenían mellizos a los que alimentar.

Pero tenían una pequeña provisión de leche helada, de cabra en la casa que hacía de refrigeradora, lo suficiente para mantener al pequeño Johnny hasta que el rebaño de cabras produjera nueva leche. Tendría que conformarse con cortas raciones basta entonces ya que no podía hacer otra cosa.

* * *

Johnny había cumplido un mes cuando a los hombres de Ragnarok les llegó la oportunidad de hacerse con el último confederado.

El último de los unicornios se había dirigido ya hacia el norte y los prowlers hacía tiempo que habían desaparecido.

La estrella azul brillaba durante la noche como un pequeño sol, cuando la brisa que entraba por la, ventana de Schroeder llegó hasta él el distante aullido de los unicornios.

Prestó atención, preguntándose qué podía ser lo que sucedía. Era un sonido que no podía explicarse. Todos y cada uno de los que formaban el grupo estaban a salvo dentro de la villa, la mayoría en sus respectivas camas durmiendo, y fuera de la empalizada no había nada con lo que los unicornios pudieran luchar.

Se armó con una lanza y con una ballesta y se dispuso a salir. Lo hizo por la verja del este y se dirigió hacia donde sonaban los aullidos de pelea. Iban haciéndose más intensos a medida que se acercaba, más furiosos, aunque la batalla estaba alcanzando su punto culminante.

Cruzó la ensenada atravesando los árboles que había al otro lado. Allí en un pequeño claro, a no más de media milla de la ciudad, pudo divisar la escena.

Había un solo prowler que estaba procurando por todos los medios a su alcance defenderse del ataque contra dos unicornios. Otros de éstos yacían en el suelo, muertos y detrás del prowler había la oscura figura de su pareja que yacía sin vida en el suelo. El prowler estaba cubierto de sangre, que tenía destellos púrpura bajo la luz azulada de la estrella que iluminaba el firmamento y recreándose al oír los aullidos que lanzaban los unicornios cada vez que les embestía. Los saltos que daba el prowler, parecían vacilantes mientras seguía combatiendo con el último y desesperado intento de desafío de un animal que está ya prácticamente muerto.

Schroeder levantó el arco y mandó una lluvia de flechas a los unicornios. Sus recreados aullidos cesaron y al mismo tiempo cayeron los dos. El prowler tambaleándose cayó al lado de aquéllos.

Estaba respirando entrecortadamente próximo a su fin cuando él llegó junto a los animales caídos, pero por la manera que el prowler le contempló tuvo la sensación de que aquél quería decirle algo, que estaba tratando con todas sus fuerzas de vivir lo suficiente para poder hacerlo. Murió con la extraña súplica en sus ojos y hasta aquel momento no descubrió una cicatriz en el hombro del animal; una cicatriz tal que tenía que haber sido hecha hacía bastante tiempo.

Era el mismo prowler que había conocido diecinueve años antes.

El terreno estaba pisoteado todo por los unicornios, demostrando que los prowlers habían sido acosados durante todo el día. Se acercó al otro prowler y vio que se trataba de una hembra. Sus mamas demostraban que había criado recientemente, pero había muerto por lo menos hacía dos días. Sus patas posteriores debían de haberse roto en alguna ocasión aquella primavera y todavía no estaban curadas del todo, torcidas y casi inútiles.

Entonces pues, aquella era la razón por la que aquellos dos habían quedado tan rezagados de los demás. Los prowlers, como los lobos, coyotes y zorros en la Tierra, se unían para toda la vida y el cónyuge al que había ayudado, debió hacerse cargo de los pequeñuelos.

La hembra debió de lastimarse en alguna parte del sur, tal vez en una pelea con los unicornios y su pareja se había quedado con ella, mientras ella cojeando, hacía su lento camino y matando caza para ella. Los cachorros habían nacido y tuvieron que detenerse. Entonces los unicornios debieron descubrirlos y la hembra debió de estar demasiado imposibilitada para pelear.

Buscando los cachorros, creía encontrarlos pisoteados y muertos. Pero estaban vivos, ocultos bajo las raíces de un pequeño árbol cerca de su madre.

Cachorros de prowler... y vivos.

Eran muy pequeñitos, de poco tiempo, ciegos y no podían valerse todavía por sí solos. Los recogió y su júbilo desapareció cuando los observó más detenidamente. Lanzaban pequeños gritos de hambre, casi inaudibles y EC movían débilmente, tratando de encontrar las mamas de su madre y ya demasiado débiles para levantar sus cabezas.

Pequeños pedazos de carne fresca habían sido dejados a su lado y pensó en la emoción del prowler al contemplar muerta a su pareja y haber llevado carne a sus pequeñuelos, sabiendo que eran demasiado jóvenes para poderla comer, pero viéndose incapaz de hacer otra cosa por ellos.

Y entonces comprendió cuál había sido la llamada en los ojos del prowler moribundo y lo que era lo que estaba intentando darle a comprender:

—Sálvalos... como una vez me salvaste a mí...

Con los cachorros en brazos se acercó donde yacía el padre de

los mismos, diciéndole al pasar, como si aquél pudiera oírle y entenderle:

—Lo haré de la mejor manera que sepa.

Cuando llegó a su casa, dejó a los cachorros en su cama y encendió un fuego. No tenía leche que darles... las cabras tardarían por lo menos otras dos semanas en tener sus crías, pero tal vez los prowlers chiquitines podrían tomar alguna especie de sopa. Puso agua en un puchero y empezó a cortar carne para hacerles un suculento caldo.

Uno de ellos era un macho y el otro hembra, y si podía conseguir salvarles y hacerles crecer aquellos lucharían al lado de los hombres de Ragnarok cuando llegaran los Gern.

Pensó en el nombre que les pondría mientras iba trabajando. A la hembra la llamaría Sigyn, como la leal esposa de Loki que siguió al lado de su esposo cuando los dioses le condenaron al Infierno, fondo de la tierra Teutónica. Y al macho le llamaría Fenrir, en recuerdo del monstruo-lobo que luchó al lado de Loki cuando éste dirigió las fuerzas del Infierno en la batalla final en el día de Ragnarok.

Pero cuando el caldo estuvo cocido, suficientemente enfriado, los cachorros no podían tomarlo. Intentó hacerlo más débil, intentó mezclarlo con maíz y sopa de hierbas, probó luego de hacer maíz y sopa de hierbas sólo. No podían tomar nada de lo que preparaba para ellos.

Cuando las luces grises del alba entraban iluminando su habitación lo había probado ya todo lo posible, fracasando en todos sus intentos. Se sentó desmayadamente en su silla y los contempló, derrotado. Hacía rato que ya no chillaban a pesar del hambre y cuando los tocaba ya no se movían, como lo habían hecho antes.

Morirían antes de que el día se hubiera levantado del todo y la única oportunidad de los hombres de tener a los prowlers como amigos y aliados suyos habría desaparecido para siempre.

Los primeros rayos de sol entraban en la habitación revelando más ampliamente la fragilidad y debilidad de los cachorros, cuando oyó pasos y la voz de Julia:

—¡Papá!

—Entra Julia —respondió sin moverse.

La muchacha entró, todavía era una pálida sombra de aquella

temeraria muchacha que había luchado contra un unicornio, aun cuando iba recuperándose lentamente a su normal estado. Llevaba con ella al pequeño Johnny en un tarrazo y en el otro la pequeña botella de leche para aquél. Johnny estaba hambriento, no había nunca bastante leche para él, pero no lloraba. Los niños de Ragnarok no lo hacían.

Descubrió a los cachorros y sus ojos se abrieron con estupor.

—Prowlers... cachorros de prowlers... ¿Dónde los has encontrado, papá?

Le contó a su hija de la manera que todo había sucedido. Ella se acercó a los pequeñuelos, para observarlos al tiempo que decía.

—Si tú papá, y el padre de esos cachorros no os hubierais ayudado el uno al otro aquel día, ellos no estarían aquí, ni tú, ni yo, ni Johnny... ninguno de los que estamos en esta habitación.

—No pasaran de hoy —dijo—. Tendrían que tomar leche... y no la hay...

La muchacha se inclinó para tocarlos suavemente y los animales parecieron comprender, sentir que ella era alguien distinto. Parecieron enderezarse levemente, produciendo débiles sonidos y tratando de mover sus cabecitas buscando los dedos de ella. La compasión invadió a Julia iluminando su rostro con dulce resplandor.

—¡Son tan pequeños! —dijo—, tan terriblemente pequeños para tener que morir...

Contempló a su hijito Johnny y la pequeña botella que contenía aquella ración tan escasa de leche para él.

—Johnny... Johnny... —sus palabras eran casi un sollozo— tienes hambre... pero no podemos permitir que ellos mueran. Y algún día, por esto, en compensación ellos lucharán por nuestras vidas.

Se sentó en la cama cogiendo a los cachorros y poniéndoles al lado de Johnny en su regazo. Levantó una de las pequeñas y negras cabezas con dedos suaves y aquella pequeña boca cesó de gemir al encontrar el pezón de la botella-biberón de leche de Johnny.

Los ojos grises de Johnny parecieron oscurecerse presagiando una muy posible tormenta de protestas. En aquel momento el otro cachorrillo rozó su manita chillando de hambre y la protesta que estaba a punto de brotar de la boca del niño se desvaneció en el

acto mientras sus ojos se iluminaban con sorpresa y algo parecido a una repentina comprensión de lo que estaba sucediendo.

Julia apartó la botella del primer cachorro pasándola luego al segundo, los chillidos de éste cesaron y Johnny se inclinó hacia adelante para tocarle de nuevo, así como al otro que estaba al lado de aquél.

Había tomado su decisión lanzando una especie de sonido de aprobación, recostándose de nuevo contra el hombro de su madre, esperando pacientemente que le llegara el turno y aceptando la presencia de aquellos cachorros como si se hubiera tratado de hermanos suyos.

* * *

La dorada luz del nuevo día les iluminaba de pleno. Su hija, su nieto y los dos cachorros de prowlers frente al brillante porvenir del futuro.

Su papel estaba próximo a su fin, pero había visto al pueblo de Ragnarok conquistar su ambientación en todo cuanto el Gran Invierno les permitiría conquistar. La última generación había nacido. La generación que había de enfrentarse a los Gern. Y ahora contaban con unos nuevos aliados.

Tal vez sería el propio Johnny quien les dirigiera cuando llegara tan esperado día, según parecía profetizar todas las cosas.

Era hijo de toda una raza de jefes, nacido de una madre que había peleado y dado muerte a un unicornio. Había estado hambriento y sin embargo, había compartido el poco alimento destinado a él con aquellos pequeños cachorros de aquella especie, tal vez la más orgullosa y salvaje de todo Ragnarok, y por ello Fenrir y Sigyn lucharían a su lado el día que él dirigiera las fuerzas de aquel infierno en la batalla contra los Gern, haciendo creer a éstos que se enfrentaban con algo parecido a los dioses.

¿Podían llegar a esperar los Gern, tener que enfrentarse con tal jefe?

CUARTA PARTE

John Humbolt, jefe, permanecía en pie delante de la amplia pared de la empalizada observando como el sol iba acercándose en su ocaso al horizonte occidental, más al sur de lo que había estado cuando era solo un chiquillo.

El Gran Verano había pasado ya, y ahora en el año doscientos, hacía tres años que estaban en el Gran Otoño. Las montañas Craig eran intransitables debido a la nieve acumulada durante cinco años y la región del extremo norte de la meseta, donde habían encontrado el hierro estaba enterrada por nieve que no se fundía y por enormes glaciares durante veinte años.

Hasta él llegó el alegre tintineo de campanas de cerámica, mientras una manada de cabras que les procuraba leche descendía de las colinas. Detrás de aquellas seguían dos chiquillos y con ellos seis prowlers, para protegerles de posibles ataques de los salvajes unicornios.

No había muchas cabras.

Cada invierno era más largo, requiriendo el almacenaje de mayor cantidad de heno. Tiempo llegaría en que los veranos serían tan cortos y los inviernos tan largos que les sería totalmente imposible conservar a las cabras. Y por entonces, cuando el Gran Invierno estuviera tan cerca de ellos. Las estaciones estivales serían tan cortas que ni siquiera podría crecer el maíz. No les quedaría más recurso que la caza.

Él sabía, aun habían alcanzado y pasado el cenit de su desarrollo en su ambientación. Desde un pequeño grupo formado por cuarenta y nueve hombres, mujeres y niños en oscuras cuevas, ellos se habían ido desarrollando levantando una ciudad de seiscientos habitantes. Durante unos pocos años habían tenido un medio de vida que era casi como el de la civilización, pero la inevitable

decadencia estaba ya en camino. Los años de helada esterilidad del Gran Invierno iban acercándose y ningún total más o menos importante, de determinación ni de ingenuidad podía alterarlo. Seiscientas personas tendrían que vivir de la caza, siendo así que cien durante el primer Gran Invierno, habían encontrado escasamente caza suficiente.

Tendrían que emigrar en uno o dos caminos distintos —tendrían que ir hacia el sur, como cazadores nómadas— o bien dirigirse a otros mundos más favorables, con las naves que cogerían de los Gern.

La alternativa era muy fácil y ellos estaban prácticamente preparados.

En el taller del extremo más alejado de la villa el transmisor hiperespacial estaba próximo a su terminación. El pequeño fundidor estaba aguardando recibir el torno, toda clase de hierro y acero para fundirlos en piezas para el generador. Sus armas estaban preparadas, los escarnecedores estaban adiestrados y los prowlers esperando.

Y en su macizo y reforzado corral detrás de la ciudad tenían cuarenta unicornios medio domados que pisoteaban el suelo y odiaban al mundo, esperando matar a alguien. Habían aprendido a temer a los hombres de Ragnarok, pero no tendrían miedo alguno en matar a los Gern.

Los pequeños llegaron a la empalizada con las cabras y con dos de los prowlers Fenrir y Sigyn. Se giraron al verle de pie en la misma. Les hizo un pequeño saludo con la mano, mientras ellos se acercaban corriendo, saltando, por un lado la pared de diez pies de altura.

—¿De manera que habéis estado comprobando si vuestros jóvenes guardan bien a los chiquillos, eh? —les preguntó.

Sigyn, sacó la lengua y sus brillantes y blancos dientes se mostraron al sonreír por respuesta. Fenrir, siempre el más expresivo de los dos lanzó un sonido gutural en contestación.

Los prowlers habían llegado a poseer algo así como telepatía con sus amos y podían sentir sus pensamientos y comprender relativamente, instrucciones más o menos complejas. Su inteligencia era mayor y de un carácter más maduro que el de los pequeños escarnecedores, pero sus cuerdas vocales no eran capaces de

producir los sonidos necesarios para hacerse comprender.

Dejó descansar sus manos encima de aquéllos, donde la piel de ébano estaba moteada ya de gris. Los años no habían afectado su rápido y veloz movimiento pero sin embargo, iban haciéndose viejos… sólo tenían unas semanas menos que él.

Humbolt no recordaba ningún período de su vida durante el cual ellos no hubieran estado a su lado… A veces le parecía que podía recordar aquellos hambrientos días en que Fenrir y Sigyn compartían con él el regazo de su madre, pero seguramente se trataba tan sólo de un producto de su imaginación debido a haber oído narrar tantísimas veces la misma historia.

Pero en cambio recordaba a la perfección el tiempo en que él aprendía a dar sus primeros pasos mientras que Fenrir y Sigyn, crecidos del todo por aquel entonces, andaban erguidos y negros a su lado. Podía recordar sus juegos al lado de los cachorros de Sigyn y así mismo le parecía todavía ver a ésta vigilándoles a todos ellos, a veces dando un baño a sus pequeñuelos, así como a la cara del niño haciendo caso omiso de las protestas de unos y otros.

Por encima de todo recordaba algunas escenas de cuando era ya casi un hombre. Aquellos días salvajes libres en que acompañado por Fenrir y Sigyn habían ido juntos hacia la montaña.

Provisto de un arco y un cuchillo y con los dos prowlers a su lado se había sentido tan fuerte que le había parecido que no existía en Ragnarok nada que no pudiera conquistar; que no había nada en el universo que no pudieran desafiar los tres juntos…

* * *

Hubo un ligero movimiento de algo negruzco y un joven prowler mensajero se le acercó corriendo desde el salón del consejo con un escarnecedor de moteado rostro siguiéndole. De un brinco se colocaron a su lado y el escarnecedor, uno de los que había sido adiestrado para recordar y repetir mensajes verbalmente, aspiró profundamente llenando sus pulmones de aire. Entonces comenzó a hablar, de una manera rápida, como un chiquillo que teme que se le olvide alguna de las palabras que debe pronunciar.

—Por favor, ven al salón del consejo para iniciar la discusión referente a las últimas preparaciones del encuentro con los Gern. El transmisor está a punto.

El torno fue derribado al día siguiente y el fundidor comenzó a

rugir con su forzada carga.

Una extraña excitación y premura corrió por toda la ciudad como si hubiera sido una fiebre. Construir el generador llevaría quizá unos veinte días, trabajando de día y de noche de manera que no se perdiera ni una sola hora de trabajo, cuarenta días para que la señal llegara a Athena, y cuarenta días más hasta que el crucero Gern llegara a Ragnarok...

Dentro de cien días los Gern estarían allí...

Los hombres que tomarían parte en la pelea para apoderarse del crucero dejaron crecer sus barbas. Más tarde cuando fuera llegada la ocasión de la posible aparición de los Gern renunciarían a sus prendas de lana usando en su lugar pieles de cabra.

Los Gern les contemplarían como quien ve a seres primitivos muy inferiores a ellos en el mejor de los casos, y no dejaba de ser una ventaja procurar que tal impresión fuera lo más fuerte posible.

Aquello haría que el despertar de los Gern, fuera un poco más espantoso.

Un pasadizo subterráneo que iba desde la ciudad hasta los bosques que se hallaban a bastante distancia, hacía tiempo que había sido preparado. A través del mismo las mujeres y los niños procurarían ponerse a salvo cuando llegaran los Gern.

Había un área de terreno precisamente detrás de la pared sur de la ciudad, donde era muy probable que aterrizara el crucero enemigo.

La ciudad había sido construida en aquel lugar pensando en eso precisamente. Los bosques no quedaban muy lejos a ambos lados del terreno de aterrizaje, y los corrales en donde estaban encerrados los unicornios estaban ocultos en aquéllos. Desde allí llegaría el último ataque lateral contra los Gern.

Los prowlers, naturalmente estarían diseminados entre todas las fuerzas.

* * *

El generador fue completado e instalado durante la noche del decimonono día.

Charles Craig, un hombre de estatura gigantesca, cuya barba rojiza le daba un aspecto genialmente asesino, abrió la válvula de la pipa de agua. La nueva turbina de madera empezó a agitarse y empezaron a rodar fajas y poleas. El generador empezó a zumbar,

las agujas de los diales a oscilar, inquietas y continuamente.

Norman Lake pasó los ojos de toda la instalación a Humbolt, con sus pálidos ojos grises fríamente satisfechos.

—Listo —dijo—. Esta vez tenemos toda la energía que necesitamos.

Jim Chiara estaba con el transmisor y ellos esperaban mientras aquél movía palancas y estudiaba los diales. Cada uno de los componentes del transmisor había sido comprobado, pero no tenían la energía necesaria para poder comprobar todo el conjunto a la vez.

—Bien —dijo al fin, levantando los ojos hacia ellos—. Está a punto después de casi doscientos años de ansiosa espera...

Humbolt se preguntó qué señal podían enviar y no viendo razón alguna por la que no poder transmitir la misma que habían enviado con la misma esperanza que ellos hacia ciento sesenta y cinco años, dijo.

—De acuerdo, Jim. Vamos a dejar saber a los Gern que les estamos esperando... —y después de una ligera pausa añadió—, transmite: «Ragnarok llamando» como la otra vez.

La llave del transmisor comenzó a zumbar y toda una ola de señales que los Gern no dejarían de recibir salió del aparato a una velocidad de cinco años luz al día.

Ragnarok llamando... Ragnarok llamando... Ragnarok llamando...

Humbolt no había encontrado ninguno de los veranos precedentes tan largos como aquél. No era él solo en sentir tal impaciencia, entre todos ellos la inquietud iba aumentando de grado a medida que los días iban transcurriendo lentamente, haciendo casi imposible el poder continuar en sus trabajos rutinarios como hasta entonces.

Los escarnecedores parecían sentir también la anticipación de sus amos, por la llegada de la batalla y comenzaron a ponerse nerviosos y aprensivos. Los prowlers también se daban cuenta de que algo sucedía en el ambiente y paseaban por toda la ciudad en medio de la oscuridad de la noche; vigilando, escuchando, en incesante guardia contra aquel misterioso enemigo que sus amos esperaban.

Incluso los unicornios parecían sentir que algo iba a suceder y

pateaban con impaciencia profiriendo aullidos en los corrales durante la noche, con los ojos inyectados de sangre y a veces atacando la madera de las paredes de los corrales con tal fuerza que hacían tambalear el terreno.

Los interminables días siguieron su lenta sucesión y el verano dio paso al otoño.

El día cien llegó al fin, frío y gris con la aproximación del invierno. El día de los Gern.

Pero ni aquel día, ni al siguiente llegó ningún crucero.

Humbolt estaba de nuevo de pie en la pared de la empalizada al atardecer del día tercero, con Fenrir y Sigyn a su lado. Escuchaba con atención en espera de poder descubrir el primer tenue zumbido, distante de los cruceros de los Gern, oyendo solamente el rumor del viento que les rodeaba… El invierno iba acercándose. En Ragnarok, siempre, el invierno llegaba cuando moría el verano. Ragnarok era una dura e inhóspita prisión, y por más que se deseara no podía verse de otra manera.

Sólo la llegada del crucero Gern, podía ofrecerles una sangrienta, y violenta oportunidad de recuperar su libertad.

¿Pero, qué pasaría si no llegaba nunca el crucero?

Era un pensamiento demasiado sombrío y desagradable para ser tenido en cuenta. Ellos no pedían a fin de cuentas un favor demasiado extraordinario del destino, después de doscientos años de luchar por ellos; sólo la oportunidad de desafiar a los Gern con arcos y cuchillos…

Fenrir se enderezó de pronto, con los pelos de su lomo erizados y lanzando una especie de gruñido. Fue entonces cuando Humbolt oyó el primer murmullo de ruido algo ligero y tenue, un lejano rumor que no era viento.

Concentró su atención escuchando y el sonido fue haciéndose cada vez ligeramente más cercano, aumentando de grado y dilatándose en volumen.

Entonces atravesó las nubes, enorme y negro, maravillosamente mortífero. Fue descendiendo con sus cohetes de llamas, llenando el valle con su estruendo, y su corazón comenzó a latir de gozo. Habían venido… el crucero ya estaba allí… Dio la vuelta y en cuatro zancadas recorrió el terreno que le separaba de la empalizada. La señal de aviso había sonado desde el centro de la ciudad; uno de los

unicornios había lanzado también su llamada que habían utilizado en distintas prácticas de alarma. Los mujeres y niños debían estar ya corriendo por los túneles que les conduciría a un seguro temporal en los bosques al otro lado de la ciudad.

Los Gern podían usar sus ametralladoras para destruir la ciudad y todo lo que hubiera en ella antes de que la noche hubiera terminado.

No había medio de saber lo que sucedería antes de que terminara. Pero fuera lo que fuese era la acción que todos ellos habían estado aguardando.

Corrió hacia donde todos los demás debían estar reunidos, con Fenrir y Sigyn saltando a su lado mientras los aullidos de los unicornios sonaban salvajes y triunfantes como anunciando el fin de dos siglos de espera.

* * *

El crucero tomó tierra en el área que ellos habían esperado que lo hiciera, elevándose por encima de la ciudad con sus cañones apuntando hacia las casas. Charles Craig y Norman Lake estaban aguardándole en las escaleras de su propia casa, situada al centro de la ciudad, donde la elevación les daba una buena vista de la nave, pero donde los bordes de los pabellones les ocultaba de los puntos de observación de la nave. Iban pesadamente armados, con prowlers a sus lados y con sus escarnecedores en sus hombros.

Por todas partes, bajo los contiguos tejados de los pabellones que les protegían, hombres armados corrían a sus puestos ya establecidos de antemano. La mayoría de ellos acompañados de prowlers, erizados y refunfuñando mientras miraban la extraña nave. Unos pocos hombres se tenían que dejar ver deliberadamente no muy lejos, yendo a tareas simples con la única intención de que los Gern les vieran y echando solamente ocasionales y cuidadosamente desinteresadas miradas hacia la nave.

Ellos eran el cebo para atraer al primer destacamento al centro de la ciudad…

—¿Bien? —preguntó Norman Lake, con sus pálidos ojos animados por las ansias de violencia—. Ahí está nuestra nave… ¿Cuándo la tomaremos?

—Tan pronto hayan salido todos ellos fuera de la misma… —respondió—, seguiremos el plan que habíamos trazado en primer

lugar… o sea esperar hasta que envíen todas las fuerzas a rescatar el primer destacamento y entonces atacarles con todo cuanto podamos.

Su escarnecedor, de color negro con la nariz blanca, permanecía de pie en la puerta abierta vigilando las carreras de los hombres y prowlers con curioso interés. Tip, el tataranieto del escarnecedor que había muerto al lado de Howard Lake al norte de la meseta. Humbolt se agachó para cogerlo y lo puso sobre sus espaldas mientras decía:

—¿Jim?

—Las ballestas de larga distancia están dispuestas —respondió la voz de Tip en una débil imitación de la de Jim Chiara—, dejaremos los faros de la nave ciegos cuando llegue el momento.

—¿Andy? —preguntó.

—El último de nosotros para esta sección está entrando ya —respondió Andy Taylor.

Hizo las pertinentes comprobaciones de todos los subjefes, luego elevando los ojos hacia el tejado preguntó:

—¿Todo preparado, Jimmy?

El sonriente rostro de Jimmy Stevens, apareció por el borde del tejado.

—Diez ballestas están apostados y esperando la señal. Esperamos recibir tus órdenes.

Fue transcurriendo el tiempo mientras la tarde iba cerrándose cada vez más oscureciéndolo todo. Entonces se oyó el crujido del cerrojo del crucero al abrirse, y del mismo salieron trece Gern, uno de ellos al frente de los demás, luciendo un resplandeciente uniforme de segundo comandante.

—Ahí vienen —les dijo a Lake y a Craig—, me parece que nos será fácil cacharles en la ratonera que les hemos tendido y obligar con ello al comandante de la nave para que envíe a todos sus hombres. Atacaremos todos tan pronto suene el cuerno y si podemos atacar sus puertas laterales con los unicornios para que nos proporcionen la oportunidad de dividir sus fuerzas, desde este extremo, alguno de nosotros podremos hacernos con la nave antes de que en la sala de control de la misma se den cuenta de lo que sucede y tengan tiempo de cerrar las compuertas.

»Ahora —siguió mientras veía avanzar a los Gern que no habían

descubierto la valla que se alzaba a su derecha— mejor es que cada uno esté en su sitio. Volveremos a encontrarnos dentro de breves instantes en la nave.

Fenrir y Sigyn contemplaban ora a los Gern que avanzaban, con paso marcial, ora a Humbolt con una interrogación en sus ojos, una vez Lake y Craig se hubieron alejado. Fenrir se movía runruneando inquieto.

—Muy pronto —dijo dirigiéndose a los prowlers— ahora es el momento si no os han visto. Vosotros dos esperad dentro.

De mala gana fueron hacia el interior, mezclándose entre la oscuridad que allí reinaba. Sólo un ocasional brillo amarillo de sus ojos demostraban que ellos estaban allí ocultos preparados a saltar cuando fuera preciso.

Humbolt llamó al hombre desarmado que estaba más cerca de él con voz suficientemente baja para no ser oído por los Gern:

—Cliff, tú y Sam Anders venid para acá. Di al resto de vosotros que vayan desapareciendo de la vista y que se procuren armas.

Cliff Schroeder pasó la orden y luego él y Sam Anders se acercaron a Humbolt. Éste volvió a contemplar a los Gern viendo que estaban a unos cien pies de la inescalable pared —al menos para ellos— de la empalizada. Seguían avanzando sin vacilar…

Un pálido destello azul flageló desde uno de los cañones del crucero y una sección de unos cincuenta pies de la pared quedó convertida en polvo, levantando una enorme nube mientras los Gern avanzaban a través de los escombros sin mirar a ninguna parte, ni a derecha ni a izquierda.

—Este —dijo Sam Anders a su lado— debe ser, supongo yo, la Lección Número Uno para seres degenerados y salvajes como nosotros: Los Gern, como dioses, no han de ser obstaculizados por barreras confeccionadas por los hombres…

Los Gern andaban con un paso muy peculiar, que de momento le confundió, hasta que se dio cuenta de qué se trataba. Estaban intentando marchar con paso militarmente arrogante pero al ser afectados por la gravedad de 1,5 conseguían tan sólo dar unos saltitos ridículos, pesados y de poco gusto.

Avanzaban firmemente, y mientras se iban acercando vio que en la mano derecha de cada soldado Gern había un barrenero, mientras que en la izquierda podía verse el metálico reflejo de las

cadenas.

Schroeder sonrió finamente:

—Parece como si quisieran aprisionar a una docena, más o menos, de nosotros, para algún doloroso interrogatorio.

Por entonces ya no quedaba nadie más a la vista, y los Gern vinieron directamente hacia los tres hombres que estaban en las escaleras. Se detuvieron a unos cuarenta pasos al recibir una palabra de mando dada por el oficial, mientras los Gern y los hombres de Ragnarok intercambiaban miradas silenciosas. Los rostros de los hombres de Ragnarok con sus pobladas barbas, permanecían sin expresión alguna; los rostros de los Gern, sin pelo, y reflejando una incontenida curiosidad.

—Narth. —El comunicador en el cinturón del oficial Gern habló con metálica autoridad—. ¿Qué aspecto tienen? ¿Hemos hecho un viaje de doscientos años luz, para contemplar algunos ejemplares de vegetales animados?

—No, mi comandante —respondió Narth—. Creo que le descarga de rehusados que hace doscientos años abandonamos aquí, han producido para nosotros una inesperada retribución. Hay tres nativos bajo el pabellón que se levanta ante mí, y su perfección física y completa adaptación a esa endiablada gravedad es algo asombroso.

—Podrían ser utilizados para reemplazar máquinas muy caras en algunas de las minas de otros mundos —dijo el comandante— siempre y cuando su inteligencia no sea demasiado escasa. ¿Qué hay sobre este punto?

—Seguramente pueden ser cogidos para realizar cualquier clase de simples trabajos manuales —respondió Narth.

—Sigue con tu trabajo —ordenó el comandante—. Trata de coger algunos de los que parezcan más inteligentes para hacerles algunas preguntas… no puedo creer que toda esa res haya enviado el mensaje y ellos van a decirnos quién lo ha hecho. Y coge también alguno joven, de los más fuertes, para hacer la examinación médica… algunos que sean lo suficientemente fuertes para no retorcerse y morir después de los primeros cortes de cuchillo.

—Encadenaremos a estos tres primeros —dijo Narth. Levantó la mano con un imperioso gesto a, Humbolt y a los otros dos ordenando con acento terrestre—. ¡Acercaos!

Ninguno de ellos se movió y él ásperamente, repitió de nuevo.

—¡Acercaos!

De nuevo nadie se movió y el oficial menor que estaba al lado de Narth, dijo:

—Aparentemente ya no pueden siquiera entender el lenguaje terrestre.

—Entonces se lo haremos comprender de otra manera —resopló Narth, con el rostro brillante por la irritación que le producía no ser obedecido—. Les arrastraremos afuera atados por los talones...

Los Gern avanzaban determinados, tres de ellos dejando colgar sus barreneros para tener las cadenas preparadas. Al atravesar bajo el pabellón y quedar fuera de la vista de la nave, Humbolt, dijo:

—Ya, Jimmy.

Los Gern quedaron paralizados a medio camino, con la sospecha pintada en sus rostros.

—Fijaos en los tejados —les dijo en idioma Gern.

Así lo hicieron y la sospecha que segundos antes les invadió se convirtió en descorazonadora inquietud.

—Podéis ser nuestros prisioneros o podéis ser cadáveres —dijo —. No nos importa que sea una cosa u otra.

La urgente orden del comandante Narth cortó su indecisión:

—¡Matadle!

Seis de ellos intentaron obedecer ciegamente la orden recibida, levantando sus barreneros en movimientos que parecían curiosamente pesados y lentos, como si la gravedad de Ragnarok hubiese vuelto sus brazos de madera.

Tres de ellos levantaron casi sus armas a la altura de las escaleras, delante de ellos, antes de que las flechas atravesaran sus gargantas. Los otros tres no llegaron siquiera a esto.

Narth, y los otros seis que le quedaban, siguieron rígidamente, sin moverse, y Humbolt les dijo:

—Arrojar vuestras armas... ¡De prisa!

Sus armas golpearon el suelo al caer, y Jimmy Stevens y sus arqueros se deslizaron desde el tejado. Al cabo de un minuto escaso los Gern estaban atados con sus propias cadenas, pero el oficial y las armas estaban en manos de los hombres de Ragnarok.

Jimmy contempló la hilera de Gern y movió la cabeza.

—¿De manera que esos son los Gern? —dijo—. Ha sido como

atrapar una manada de cabras de bosque.

—Y de las jóvenes, además —rectificó Schroeder—. Y casi lo mismo de peligrosos que aquéllas...

El rostro de Narth enrojeció al oír tales palabras y sus ojos se dirigieron hacia la nave. Al verla pareció recuperar algo de su coraje, y sus labios se torcieron al esbozar una mueca.

—¡Locos...! ¡Estúpidos, montón de inmundicia! ¡Megalómanos...! ¿Es que crees que podréis eliminar a los Gern y vivir para alabaros de ello?

—¡Quieto! —ordenó Humbolt, contemplándole con curiosidad. Narth, como todos los Gern, era diferente de lo que ellos habían esperado. Era cierto que los Gern habían cruzado a grandes trancos su villa, con un intento de arrogancia, pero en apariencia eran inofensivos, de fofo rostro y de abultada barriga, y el refunfuñar del enrojecido rostro de Narth era como el ruido de un acorralado animal que se alimenta de carroña.

—Os prometo una cosa —iba diciendo Narth con falsedad—. Si no nos dejáis en libertad y no nos devolvéis nuestras armas inmediatamente, yo mismo en persona no repararé en vuestra exterminación y la de cada salvaje que habite en este villorrio con la más dolorosa muerte que la ciencia haya podido concebir, y...

Humbolt, levantando la mano fue a estrellarla contra la barbilla de Narth. Los dientes de aquél crujieron ruidosamente y su rostro se contrajo a causa del dolor producido por un mordisco que él mismo se propinó en la lengua al recibir el golpe.

—Átale bien, Jess —dijo al hombre que estaba junto a él—. Si vuelve a abrir la boca, dale con el pie.

Luego dirigiéndose a Schroeder le dijo:

—Nosotros nos quedaremos con tres de los barreneros y mandaremos los otros dos a cada uno da los otros grupos frontales. Vigila que así se haga.

Las sombras del anochecer fueron haciéndose más intensas, hasta llegar a una total oscuridad. Llamó de nuevo a Chiara.

—De un momento a otro encenderán sus faros y la ciudad quedará tan iluminada como si brillara el sol con toda su potencia —le dijo—. Si puedes conseguir que continúen con las luces apagadas hasta que nosotros alcancemos la nave creo que habremos vencido.

—No sufras, seguirán apagadas —dijo Chiara—. Con algunas empedernidas flechas para los Gern.

Llamó a Lake y a Craig para decirles que estaban preparados y esperando.

—Pero no sabes que trabajo tan infernal tenemos para mantener quietos a los unicornios —dijo Craig—. Quieren matar a alguien sea como sea.

Presionó la llave del comunicador pero no funcionaba. Como parecía lógico debían transmitir en alguna otra longitud de onda, de manera que él no podía captar las órdenes. Aquello era algo que él ya había supuesto de antemano…

Fenrir y Sigyn seguían todavía obedientemente, dentro de la puerta. Casi con frenéticos deseos de reunírsele. Les llamó y acudieron presurosos a su lado, refunfuñando al pasar ante los Gern y causándoles tal susto que perdieron totalmente el color. Puso a Tip encima de Sigyn y le dijo:

—Sigyn, hay un trabajo para que tú y Tip lo llevéis a cabo. Un trabajo peligroso. Escuchad… Vosotros dos…

Los amarillos ojos de Sigyn y los oscuros del pequeño escarnecedor le miraban con atención, mientras él iba hablando acompañando las palabras con las más claras y fuertes imágenes mentales que podía imaginar.

—Sigyn, lleva a Tip hasta el chisme de los no-hombres. Déjale oculto entre la hierba a un lado del gran agujero que hay allí. Tip, tú esperas allí. Cuando los no-hombres salgan tú escuchas y repite cuanto oigas. ¿Habéis comprendido?

—Sigyn produjo un sonido queriendo dar a entender que sí, pero Tip se agarró a su muñeca con pequeños estremecimientos, sintiéndose repentinamente frío y atemorizado.

—No… Asustado… Asustado…

—Tienes que ir, Tip —le dijo suavemente—, desprendiéndose la muñeca—. Y Sigyn se esconderá cerca de ti y vigilará. —Entonces dirigiéndose de nuevo a Sigyn—. Cuando oigas la llamada del cuerno, regresa corriendo con él.

De nuevo el prowler lanzó un sonido gutural dando su asentimiento. Les acarició en lo que esperaba y deseaba no fuera la última vez.

—De acuerdo, Sigyn. Adelante.

Se desvaneció en medio del tenue resplandor de la noche que iba rodeándoles, con Tip fuertemente agarrado contra ella. Fenrir permanecía de pie con el pelo de su lomo totalmente erizado, y con una especie de mueca en el rostro, mientras veía partir a su compañera, y vigilando el lugar por donde los no-hombres tenían que aparecer.

—¿Dónde esté Freckles? —le preguntó a Jimmy.

—Aquí —respondió alguien, adelantándose con la pareja de Tip.

Colocó a Freckles en su hombro, mientras el primer proyector empezaba a funcionar, desde lo alto del crucero. Iluminaba el área alrededor de ellos con una luminosidad blanquecina desagradable, revelando su reflejo la negra sombra de Sigyn que acababa de desvanecerse detrás de la nave.

Dos proyectores más comenzaron en aquel momento a funcionar, para iluminar la ciudad. Entonces salieron los Gern.

Fueron apareciendo a través de las compuertas y descendiendo por la rampa, formando entonces en columnas y avanzando mientras todavía más Gern descendían de la rampa detrás de ellos.

Los proyectores resplandecían en sus cascos de guerra y en los aceros de sus bayonetas montadas en sus barreneros de larga extensión parecidos a los rifles. Barreneros y granadas de mano colgaban de sus cinturones, junto con rechonchas armas lanza-fuegos.

* * *

Formaban una sólida masa que estaba ya a medio camino de la empalizada, antes de que el último de ellos, oficiales, aparecieran. Uno de éstos se detuvo al pie de la rampa para observar el avance de las primitivas fuerzas y dar al asustado, pero fiel Tip las primeras palabras a retransmitir a Freckles:

—Todas las tropas en camino, comandante Freckles, —en su imitación a los tonos metálicos de un comunicador dio la respuesta de haber recibido la transmisión.

—Los números clave de los barreneros confiscados han sido comprobados y los rayos de disturbio del integrador principal han sido dispuestos. Probablemente tendréis pocos nativos a quienes hacer prisioneros, una vez esas trece cargas hayan explotado, pero continuaremos avanzando en nuestro trabajo, para que los supervivientes no olviden jamás a los Gern.

¿De manera que los Gern podían, por control indirecto, colocar una serie de cargas en los barreneros robados y hacer que aquéllos explotaran al ser disparados por sus enemigos?

Aquello era algo nuevo, desconocido en los días de los viejos.

Llamó a Chiara y a los otros grupos, rápidamente, para decirles lo que había averiguado.

—Tendríamos más barreneros, de los cuáles ellos no pueden saber los números de control, cuando ataquemos —terminó.

Cogió el barrenero que llevaba al cinto dejándolo en el suelo. Las hileras frontales de los Gern estaban casi en la pared una columna más amplia que la grieta que habían abierto en ella, avanzando con silenciosa plenitud de propósitos.

Dos barreneros fulguraron en la noche desde los cañones, para derrumbar la pared. Se levantó una gran nube y se oyó un terrible estruendo al derrumbarse aquélla. Unos trescientos pies de la pared había sido destruida cuando se detuvieron y el polvo ocultaba la nave convirtiendo los focos del proyector en pálidos reflejos.

No había duda de que intentaban impresionarles con el poder de los Gern, pero el haber obrado de aquella manera ocultó a las fuerzas de Ragnarok de tener que avanzar a los Gern por unos pocos segundos.

—Jim, apaga estas luces antes de que el polvo se desvanezca del todo —gritó—. Joe, el cuerno. Atacaremos ahora.

La primera flecha de larga distancia fue a clavarse en uno de los proyectores y su claridad fue disminuyendo a medida que la flecha fue ardiendo, una fina flecha de árbol de lanza. Después de éstas siguieron otras...

Entonces sonó el cuerno, duro e imperativo, y a lo lejos un unicornio aulló en respuesta. El grito salvaje de un prowler llegó también hasta ellos, como un reto de pelea y el ataque comenzó.

Corrió con Fenrir a su lado mientras a su izquierda y derecha corrían los otros con sus respectivos prowlers.

Los grupos delanteros fueron reuniéndoseles mientras atravesaban la amplia grieta de la pared. Salieron corriendo en medio de aquella espesa nube de polvo y las indefinidas formas de los Gern aparecieron repentinamente ante ellos.

El resplandor de un barrenero apareció entre aquéllos mientras uno de los Gern chillaba:

—Los nativos.

Otras ráfagas más de fuego iluminaron la noche, titilando como pálidos ojos azules en medio del polvo y destruyendo todo cuanto tocaban. Tales disparos cesaron cuando la primera lluvia de flechas cayó sobre las hileras frontales en masa, para ser reemplazadas por otros.

Siguieron a la carga, con el azul relampagueo de los barreneros y las rojas llamas de las armas lanza-fuegos con las ballestas silbando constantemente en justa respuesta.

Los prowlers embestían y peleaban a su lado e incluso delante de ellos; seres endiablados que atacaban a los Gern demasiado repentinamente para que sus barreneros pudieran con ellos antes de que sus gargantas fueran destrozadas; el ruido de la batalla fue convirtiéndose en un embrollo de coléricos rugidos, frenéticos disparos y mortales gemidos.

Un prowler pasó como un rayo por su lado yendo a reunirse con Fenrir. Era Sigyn. Sintió a Tip que de un brinco se había colocado en su espalda. Sigyn lanzó un ruido de muestra de alegría al pasar, un ruido que cesó al encajar sus mandíbulas en un Gern.

La nube de polvo pareció disiparse un poco y los proyectores caían sobre la escena; no ya tan brillantemente blancos sino de un mortecino resplandor debido a las flechas teñidas de rojo de los árboles-lanza, dando su aspecto sangriento a todo el lugar. Uno de los proyectores que estaba cerrado se abrió un momento más tarde, despidiendo una luz clara y nítida. Las ballestas de largo alcance se hicieron cargo del mismo inmediatamente, transformándolo en un resplandor rojizo.

El destello de uno de los cañones del crucero estaba apuntando a la ciudad para sembrar con un camino de muerte la batalla. Pero cesó tan pronto la luz de su proyector les reveló al comandante Gern que las fuerzas de Ragnarok estaban tan entremezcladas con los Gern que estaba matando a más Gern que a los hombres de Ragnarok.

Por entonces la pelea era tan a mano a mano que los cuchillos eran mejores que las ballestas. Los Gern caían como maíz segado; demasiado lentos y pesados para usar sus bayonetas contra los rápidos hombres de Ragnarok y eliminándose más de una vez ellos mismos entre sí por querer usar sus barreneros y armas de fuego.

Desde retaguardia llegó la orden del oficial Gern, sobresaliendo alta y aguda su voz por encima del ruido de la batalla:

—Regresad a la nave... dejad a los nativos a cuenta de los cañones de la nave.

Entonces llegaron los unicornios, para cortarles la retirada.

Llegaron veinte del este y veinte más del oeste, con gran estruendo de cascos, gritando y aullando en sus ansias de sangre, con una negra oleada de prowlers delante de ellos.

Atacaron a los Gern; los prowlers abriendo paso entre ellos, mientras los unicornios cargaban detrás, pisoteándoles, desgarrándoles con sus cuernos y destrozándoles con sus patas como si quisieran de aquella manera desahogar su furia y cólera contenidas a la fuerza durante tanto tiempo de encarcelamiento. Montado en cada uno de ellos había un jinete a cuyas largas y afiladas lanzas se clavaban con saña en las gargantas y panzas de los Gern.

La retirada fue detenida y transformada en una terrible confusión. Condujo a sus propios grupos al ataque final, al preconcebido ataque, para dividir las fuerzas de los Gern en dos.

La nave estaba precisamente al otro lado.

Humbolt dio la última orden a Lake y Craig:

—Ahora a la nave.

Recogió un barrenero del lado de los Gern que habían caído y corrió hacia allí. Un oficial Gern estaba ya a la puerta de entrada con el rostro pálido y haciendo todo lo que podía mientras miraba hacia atrás y su mano en la manivela de cierre.

Humbolt disparó contra él y corrió a la rampa mientras el cuerpo del oficial rodaba por la misma abajo.

Los unicornios se acercaban por detrás alocadamente y veinte de ellos pasaron de largo como un relámpago, mientras sus jinetes saltaban de sus lomos a la rampa.

Veinte hombres y quince prowlers ascendieron por la rampa, mientras una sirena de aviso resonaba de alguna parte del interior de la nave. Al mismo tiempo las puertas controladas desde la sala de control, empezaban a ser firmemente cerradas.

Él fue el primero en atravesarla con Fenrir y Sigyn. Lake y Craig junto con seis hombres más y cuatro prowlers, pudieron atravesar al interior con apenas el tiempo justo. Luego las puertas se cerraron y

ellos quedaron prisioneros allí dentro.

Timbres de alarma se sumaron al ruido de la incesante sirena y desde los múltiples compartimientos llegaba el zumbido de los elevadores que trasladaban fuerzas Gern para matar a los humanos atrapados dentro de la nave.

Pasaron corriendo por delante de las cabinas de los elevadores sin detenerse, ligeros y veloces en la gravedad artificial que sólo debía ser dos terceras partes de la de Ragnarok. Se dividieron como habían planeado hacía ya tanto tiempo. Tres hombres y cuatro prowlers fueron con Charles Craig en un intento de apoderarse de la sala de energía. Lake y otros tres hombres fueron con él para probar de apoderarse de la sala de control.

Encontraron la escalerilla y comenzaron a subir, con Fenrir y Sigyn pisándoles los talones impacientemente.

No había nadie en el piso de la sala de control y corrieron a lo largo del pequeño corredor que habían visto ya en los mapas que tenían. Giraron a la izquierda, hacia el corredor al final del cual se hallaba la sala de control, encontrándose con el concentrado fuego de nueve Gern que les aguardaban.

Fenrir y Sigyn se lanzaron sobre aquéllos, bajo el fuego de las armas, antes de que pudieran bajar el cañón de sus barreneros para enfocar a los animales. Atacaron con tal furia y de una forma tan inesperada que lo que hasta aquel momento había sido una cierta y fácil trampa para los humanos se había convertido súbitamente en una oportunidad envidiable.

El corredor se convirtió de pronto en un verdadero infierno de disparos de barreneros que estallaban y silbaban mientras ellos peleaban y se cruzaban, haciendo saltar pequeños pedazos de metal de las paredes con un ruido ensordecedor y atravesando la carne, produciendo un ruido sordo, apagado.

La batalla quedó resuelta en pocos segundos, con el último de los Gern caído y con un hombre todavía de píe a su lado el rubio e impasible Lake.

Thomsen y Barber habían muerto y Billy West estaba agitándose contra la pared con un agujero de barrenero en su estómago, tratando de decir algo y cayendo al suelo antes de que pudiera hacerlo.

Sigyn, había caído también, sangrando abundantemente por una

herida producida en el pecho, mientras Fenrir permanecía a su lado contemplándola produciendo una especie de gemido colérico, moviendo la cabeza de un lado a otro en busca de algún otro Gern a quien poder matar.

Humbolt y Lake siguieron corriendo, con Fenrir detrás suyo, y entraron en la sala de control.

Seis oficiales, uno de ellos vistiendo el uniforme de comandante, estaban mirándoles aturdidos y atónitos, levantando sus barreneros de una manera que a Humbolt le pareció curiosamente lenta.

Fenrir, en su furia, mató a dos de aquellos mientras el barrenero de Lake y el suyo propio mataban a tres más.

El comandante quedó de súbito solo, con su barrenero a medio levantar. Fenrir saltó a su garganta y Humbolt gritó la rápida orden:

—¡Desármale!

Aquello era algo que los prowlers habían aprendido en su adiestramiento y los dientes de Fenrir a pocas pulgadas de la garganta del comandante le tenían atemorizado, mientras con una de sus patas mandaba el arma que aquél sostenía por el suelo de la habitación.

El comandante les miró fijamente con su sudoroso rostro de color grisáceo, mientras su boca parecía seguir boqueando.

—¿Cómo… cómo han podido hacerlo? —preguntó con un insulso acento terrestre—. Sólo dos…

—No hables hasta que se te pregunte —dijo Lake.

—Sólo dos… —Tal pensamientos pareció darle nuevos bríos, como aquella misma noche le había sucedido a Narth al ver la nave, y su tono se hizo de pronto amenazador—. Sois solamente dos y dentro de un minuto habrá aquí más guardias que os matarán. Entregaos y yo os daré la libertad…

Lake le cruzó la boca con un golpe de revés de su mano que le hizo echar la cabeza atrás con violencia y que le partió el labio.

—No hables —ordenó de nuevo—. Y acostúmbrate a no mentir.

El comandante escupió un diente y con una mano se protegió su ensangrentada boca. No volvió a hablar más.

Tip y Freckles estaban fuertemente agarrados a su hombro. Con sus corazones latiendo desmesuradamente de prisa y Humbolt les acarició como para tranquilizarles.

—Todo va bien ya… todo a salvo —dijo. Llamó a Charles Craig

—. —¿Charles, lo has conseguido?

—Lo hemos conseguido en la sala de energía. Dos de nosotros y un prowler —respondió Charles—. ¿Y vosotros?

—Norman y yo tenemos la sala de control. Corta sus mandos, para asegurarnos. Ya te lo haré saber tan pronto toda la nave esté en nuestro poder.

Se acercó al puesto de observación y vio que la batalla estaba decidida. Chiara había dejado que los proyectores quemaran de nuevo y los prowlers estaban siendo usados para apartar a los unicornios de los Gern que se habían rendido.

—Creo que hemos vencido —le dijo a Lake.

Pero no había sensación de victoria, nada de alegría y alborozo que había creído les invadiría. Sigyn estaba muriéndose sola en un corredor de fuera, extraño. Sigyn que se había criado a su lado y que había peleado a su lado, entregando su vida por él…

—Quiero verla —le dijo a Lake.

Fenrir fue con él. Ella vivía todavía, esperando a que ellos regresaran a por ella. Levantó la cabeza y rozó sus manos con la lengua, mientras él le examinaba la herida.

No era mortal… no podía serlo. Trabajó afanosamente, con rapidez, y suavidad para detener la hemorragia que iba a arrebatarle la vida. Tendría que permanecer echada y quieta durante varias semanas, pero se recuperaría.

Una vez terminó de hacerlo, posó suavemente la cabeza de Sigyn en el suelo y dijo:

—Estate quieta, Sigyn, hasta que podamos venir a trasladarte. Espéranos y mientras Fenrir permanecerá aquí contigo.

Ella obedeció y él se marchó, con la sensación de victoria y gozo comenzando a invadirle ya por completo.

Lake le miró interrogativamente al entrar en la sala de control y él le dijo en respuesta a aquella muda pregunta:

—Vivirá.

Enfrentándose con el comandante Gern, dijo:

—Ante todo, quiero saber cómo va la guerra.

—Yo… —El comandante miró vacilante a Lake.

—Di solamente la verdad —dijo Lake—. Lo mismo si crees que nos ha de gustar cómo si no.

—Todos los planetas son nuestros, excepto la Tierra —dijo el

comandante—. Pero pronto estará en nuestro poder.

—¿Y los terrestres de Athena?

—Allí siguen, trabajando para nosotros.

—Ya —dijo—. Ahora ordenarás a todos los Gern de esta nave que vayan a sus dormitorios. Que dejen sus armas en los pasillos exteriores y no se resistan en absoluto a los hombres que vendrán a hacerse cargo de la nave.

El comandante haciendo un esfuerzo trató de desafiar.

—¿Y si me negara a ello?

Lake respondió, sonriéndole con aquella sonrisa tan suya que no era más que una muestra rápida de sus dientes y con aquella salvaje ansia en sus ojos.

—Si te niegas comenzaré con tus dedos y empezaré rompiéndote cada uno de los huesos de tus hombros. Si esto no fuera suficiente comenzaría con los dedos de tus pies e iría subiendo hasta las caderas. Y luego te partiría la espalda.

El comandante vaciló, cubriéndole el rostro una especie de sudor, mientras les observaba. Entonces levantando la clavija del comunicador con todas las distintas estaciones habló:

—Atención, a todo el personal. Regresen a sus dormitorios todos a la vez, dejando sus armas en los pasillos. Se les ordena no hacer resistencia cuando vengan los nativos...

Al terminar de hablar, hubo unos momentos de intenso silencio y Humbolt y Lake, se miraron uno a otro, barbudos y ataviados con pieles de animales, pero de pie al fin de cuentas en la sala de control de una nave que era ya suya; en una nave que les llevaría a Athena, a la Tierra, a los extremos del universo.

El comandante les observaba, con el rostro todavía pálido debido a la enorme sorpresa y con aquella expresión que parecía dar a entender que no podía dar crédito a lo que sus ojos veían.

—Las puertas... —dijo—. No las cerramos a tiempo. No se nos ocurrió pensar ni en un solo momento que pudieran atreverse a tomar la nave... No, desde luego. Salvajes con pieles de animal...

—Lo sé —repuso Humbolt—. Contábamos en que opinarían de esta manera.

—Nadie esperaba que ninguno de ustedes, sobreviviera aquí. —El comandante se pasó la mano por su lastimada boca, dando un respingo, y con una petulancia parecida a la de los niños prosiguió

—. Se suponía que no podrían sobrevivir.

—Lo sé —dijo Humbolt de nuevo—. Hemos procurado no olvidar este punto.

—La gravedad, el calor, el frío y la fiebre... los animales..., ¿por qué no les mataron?

—Lo probaron —dijo—. Pero nos hemos defendido. Y teníamos un objeto... encontrarnos de nuevo con los Gern. Nos dejasteis en un mundo que no tenía recursos. De manera que nosotros hicimos de ellos nuestros recursos. Nos adaptamos a la gravedad que se suponía tendría que matarnos y nos hicimos más fuertes y rápidos que los Gern. Nos hicimos amigos de los prowlers y de los unicornios, que se esperaba fueran nuestros ejecutores y nos hemos servido de ellos esta noche para que nos ayudaran a matar a los Gern. Y así nos hemos apoderado de vuestra nave.

—Sí... tenéis nuestra nave... —a través de la repugnancia al confiar en el rostro del comandante y en la petulancia del mismo, vieron que una expresión de triunfo anticipado le iluminaba la mirada—. Los salvajes de Ragnarok tienen un crucero Gern... ¿pero qué van a hacer con él?

—¿Que qué podemos hacer con él? —preguntó, casi gentilmente —. Durante doscientos años hemos estado planeando lo que podríamos hacer con él cuando lo tuviéramos en nuestro poder. Tenemos el crucero y dentro de sesenta días tendremos Athena. Esto será sólo el comienzo y vosotros los Gern vais a ayudarnos en nuestro propósito.

Durante seis días la nave fue escenario de una incesante actividad. Los hombres se agrupaban a ella, haciendo preguntas a los oficiales Gern y cruel y lentamente rompiendo los huesos de aquellos que se negaban a responder o bien que daban respuestas que no eran verdaderas. Los prowlers permanecían en los pasillos, con sus fríos ojos amarillos vigilando cada uno de los movimientos que los Gern hicieran; en cualquier momento. Los pequeños escarnecedores; comenzaron a correr por la nave a su antojo y placer, incapaces ya de resistir por más tiempo su irrefrenable curiosidad y confiados de que sus hombres y los prowlers no dejarían que los Gern les hicieran daño alguno.

Entonces uno de esos pequeños animalitos fue muerto; el escarnecedor de rostro moteado que podía repetir mensajes

verbalmente.

Vagando de un lado a otro se metió en un cuartito de almacenaje donde un Gern estaba trabajando solo y le dio la oportunidad de descargar con seguridad todo el odio acumulado por todo cuanto estaba asociado con los hombres de Ragnarok en el pequeño animal.

Le rompió la espalda con una barra de acero y lo arrojo, chillando en una disposición de vertedero que le conducía al principal transformador.

Un prowler oyó por casualidad el grito del escarnecedor y un instante después era el Gern el que chillaba; un sonido que murió al comenzar, cuando el prowler le alcanzó la garganta, destrozándosela por completo.

A partir de entonces ningún otro animalito sufrió daño alguno.

Un chiquillo de Ragnarok fue muerto. Tres oficiales fanáticos de los Gern, robaron cuchillos de la cocina y cogieron al chiquillo como rehén de su libertad. Cuando sus demandas fueron denegadas le atravesaron el corazón. Lake les acorralaba pocos minutos después y sin tocar para nada su barrenero, les despanzurró con sus propios cuchillos.

Lake sonreía sobre ellos, cuando retorciéndose y gimiendo de dolor ya, caían al suelo y sus gemidos fueron oídos durante mucho tiempo por los otros Gern antes de que murieran.

Con tal escarmiento cesaron para siempre los daños inferidos a seres humanos.

Descubrieron que la manipulación del crucero era una cosa muy sencilla, básicamente similar a la de las naves de la Tierra, tal como las describían los libros de texto, que el primer Lake, había escrito.

La mayoría de las operaciones eran realizadas por mediación de mecanismos automáticos y las operaciones manuales, aparejadas a los reflejos más lentos de los Gern, eran fácilmente gobernadas.

Pasarían cuarenta días en el viaje a Athena con posteriores aprendizajes y prácticas de manera que al sexto día se prepararon para partir.

Los unicornios fueron dejados en libertad, por la que habían peleado con tanta maestría y vehículos de reconocimiento fueron descargados del crucero para ocupar el lugar. Más tarde habría maquinaria y mercancías de todas las clases llevadas allí por naves

de carga desde Athena.

El tiempo para ellos era precioso y tenían mucho, muchísimo trabajo por delante.

Despegaron de Ragnarok la mañana del séptimo día penetrando en el negro mar del hiperespacio.

Por entonces el comandante Gern no era ya de ningún valor para ellos. Su repugnancia a creer que aquellos salvajes hubieran podido arrebatarle su nave había ido aumentando de tal manera que su compartimiento se convirtió para él, en la sala de control donde pasaba las horas riendo y haciendo muecas ante imaginarias escenas donde los barreneros del crucero destrozaban una y otra vez, la ciudad de Ragnarok con todos sus habitantes dentro.

Pero Narth, que había deseado poder torturarles hasta la muerte por haberse atrevido a resistirse en la captura, se hizo muy cooperador.

En la sala de control su cooperación era especialmente vehemente. Al doceavo día de viaje le dejaron tener lo que había estado tratando de ganar por subterfugios: acceso al transmisor donde ningún hombre había sido admitido ni a distancia.

Después de esto sus modales cambiaron bruscamente. Cada día su odio por ellos y su secreto regocijo se hacía más y más evidente.

Llegó el trigésimo quinto día, con Athena solamente a cinco días y con él, el día de la ejecución que ellos mismos habían dejado que Narth, preparara para ellos.

Las estrellas llenaban la pantalla de observación tridimensional, con el sol de Athena en el centro. Humbolt vigilaba el espacio desde la parte inferior izquierda y la llama vacilante volvió a verse de nuevo: una pequeña, diminuta lucecita roja que desaparecía de nuevo en un microsegundo, tan rápidamente que ni siquiera Narth que estaba sentado a su lado llegó a darse cuenta de la misma.

Era el rápido destello de otra nave. Una nave que corría invisible por las pantallas detectoras apagadas, pero que por un instante habían hecho funcionar para posarlas en el crucero.

Ni siquiera los Gern habían sido capaces de inventar una pantalla detectora polarizada.

Cambió el curso y velocidad del crucero, creando un aumento en la gravedad que a él, le pareció muy ligera pero que causaba en Narth, una mortal pesadez en su asiento. Narth se enderezó y

Humbolt le dijo:

—Dentro de pocos minutos ocuparemos la nave que mandaste buscar.

La boca de Narth quedó bobamente abierta, luego con lentitud la cerró.

—¿De manera que me espiaban?

—Uno de nuestros aliados lo hizo. El pequeño animalito que estaba sentado al lado del transmisor. Ellos son nuestros medios de comunicación. Supimos que tenían una nave dispuesta, camino de Athena para interceptarnos el paso y al propio tiempo capturarnos.

—¿De modo que lo sabían? —preguntó Narth. Sonrió con una desagradable mueca en su boca, ¿y cree que el saberlo les va a servir de algo?

—Así lo esperamos —respondió.

—Es un crucero destructor —explicó Narth— es tres veces mayor que éste, el más nuevo y más poderoso de los destructores de la flota de los Gern, ¿qué tal suena esto en sus oídos?

—A gloria —respondió Humbolt lo convertiremos en nuestro almiranta.

—Su almiranta… su almiranta —las últimas huellas de pretensión abandonaron a Narth dejando paso a todo su enorme odio—. Pudisteis haceros con este crucero gracias a ardides y artimañas y habéis aprendido a llevarlo gracias a las demostraciones que se os han hecho, ya que con los reflejos tipo animal que tenéis no podía ser de otra manera. Durante cuarenta y dos días, accidentalmente en el poder habéis estado dando órdenes a vuestros superiores y os habéis creído ser iguales a nosotros. Ahora vuestro paraíso de locos está llegando a su fin.

Volvió a divisarse de nuevo la lucecita roja, más cerca y Humbolt una vez más alteró el curso de la nave. Había conectado el analizador de rutas y aquél resonó cuando la posición del destructor fue correlacionada con aquélla de su previa apariencia.

Una breve línea amarilla apareció en la pantalla para proyectar la ruta que había de seguir a continuación.

—¿Y luego? —preguntó curiosamente, girándose a Narth y como invitándole a proseguir sus predicciones.

—Luego os llevaremos de nuevo a vuestro poblado para que continuéis viviendo allí. Las escenas de todo cuanto os hagamos

serán televisadas en todos los mundos en poder de los Gern. Será un valioso procedimiento de hacer recordar a quienes lo olviden la pena que se alcanza al tratar de resistir a los Gern. La lucecita volvió a encenderse de nuevo. Apretó el botón de Estaciones de Batalla y la tablilla respondió con una hilera de luces preparadas.

—Todos los otros Gern están ya preparados para la aceleración —dijo Humbolt— colóquense los cinturones para maniobras de alta celeridad… nos pondremos en contacto con vuestro destructor dentro de dos minutos.

Así lo hizo Narth tomando su tiempo, aunque se trataba de una cosa de mínima importancia. No habrá maniobras. Bombardearán y destruirán; los mandos inmediatamente después de haber empezado el ataque.

Apretó el último cinturón y sonrió, con aquella mueca que quería ser sonrisa y con cierto aire de seguridad.

—La aparición de este destructor a echado a pique todos vuestros propósitos de entrar en Athena como héroes conquistadores entre los esclavos que hay allí, ¿no es cierto?

—Pues no exactamente —replicó Humbolt—, nuestros proyectos son algo más extensos que esto. Hay dos nuevos cruceros en Athena, preparados para salir de los astilleros dentro de diez días. Tomaremos el control de Athena con los que somos aquí, naturalmente, y luego con los tres cruceros y un destructor regresaremos a Ragnarok. Allí recogeremos a todos los hombres que no sean ni demasiados viejos ni demasiado jóvenes para ir a la Tierra.

«Durante un viaje serán entrenados en el manejo de las naves. Esperamos no encontrar dificultades en atravesar las líneas de los Gern alrededor de la Tierra, y luego, junto con las naves de la Tierra podremos fácilmente capturar todas las naves Gern del sistema solar.

—Fácilmente. —Narth pronunció la palabra con un agudo acento de mofa o escarnio—. ¿Sois realmente tan estúpidos para llegar a creer que vosotros, fenómenos biológicos podéis igualaros a los oficiales Gern, quiénes han seguido una carrera para saber lo que es la guerra del espacio?

—Les aventajamos en mucho —dijo—. Una batalla espacial es una en la que se trata de mantener los rayos barreneros lo bastante

largos en un área de la nave del enemigo para atravesar los campos de los barreneros en aquel punto. Y al mismo tiempo tratar de moverse y avanzar lo bastante de prisa para mantener al enemigo lejos de poder hacer lo mismo que uno. Las naves son capaces de soportar aceleraciones superiores a gravedad de 5 o tal vez más, pero el limitador de gravedad es la salvaguardia que previene que la nave vaya a tan alto grado de aceleración a tan repentino cambio de dirección que pueda matar a toda la tripulación.

»Nosotros los de Ragnarok estamos acostumbrados a una gravedad de 1,5 y podemos soportar grados mucho más elevados de aceleración que los Gern o cualquiera otra raza de un mundo de gravedad uno.

«Esto nos capacita para aprovecharnos de este factor y por ello hemos dejado el limitador de la aceleración de este crucero desconectado.

—¿Desconectado? —la satírica mirada de Narth desapareció al instante siendo reemplazada por un miedo frenético—, ¡están locos...!, ¿es qué no saben lo que esto significa? Moverán el acelerador demasiado de prisa y nos mataremos todos...

La lucecita roja volvió a aparecer en la pantalla de observación, vibró, y de súbito apareció el gigantesco destructor visible en su totalidad. Tocó el control de aceleración y las siguientes palabras de Narth quedaron cortadas cuando el diafragma de este pareció aflojarse.

Hizo mover el crucero en una curva y Narth fue arrojado de un lado para otro, sujeto por el cinturón y con la carne de sus mejillas colgando más pesadamente debido a la gravedad. Sus ojos saltones estaban blancos por la inconsciencia.

Los poderosos barreneros del destructor reventaron como una hilera de flores de pálido color azul, concentrados en la popa del crucero. Una sirena de alarma ululó mientras ellos comenzaron a destrozar las defensas del crucero. Soltó la pantalla detector que protegería al crucero evitándole ser visto, pero que no le protegería de los rayos de los barreneros. Apretó la curva hasta que la gravedad se hizo notar incluso en su propio cuerpo.

La sirena de alarma cesó mientras los disparos de los barreneros del destructor avanzaban sanos y salvos por el espacio con intención de seguir la probable ruta trazada desde la última

posición visible del crucero y la ruta por los rastreadores automáticos del destructor.

Levantó la pantalla del detector, para descubrir al destructor casi en la ruta, que los analizadores del crucero habían predicho. Los barreneros del destructor resplandecían en su total concentración de descargas en un área situada detrás y a un lado del crucero.

Desaparecieron por un momento de la vista del crucero en su nueva posición volviendo a aparecer un momento más tarde, barrenando la popa. Soltó la pantalla del detector haciendo mover el crucero en otra curva, enroscándose en forma de espiral en dirección opuesta. Como antes, el aullido de la sirena de alarma cesó mientras los barreneros del destructor seguían el curso que les eran facilitado por mediación de los analizadores de rutas y rastreadores de objetivos, que habían sido construidos con la presunción de que todas las naves enemigas iban equipadas con una aceleración ilimitada.

El crucero habría podido destruir fácilmente al destructor en cualquier momento dado, pero los hombres de Ragnarok deseaban capturar su «almiranta» sin haberle producido daños de ninguna especie.

Continuó la maniobra, acercándose cada vez más el crucero al destructor. Éste último, desesperado, empezó a utilizar los mismos procedimientos que el crucero de jugar al escondite, pero le sirvió de poco, ya que el destructor se movía a unos límites de aceleración conocidos y los analizadores de ruta del crucero podían predecir cada nueva posición de aquél con bastantes garantías de exactitud.

El crucero hizo su última incursión en una pensada espiral apagando y encendiendo su pantalla detectora. Atacó al destructor a una velocidad de pelea, zumbando y con sonidos metálicos cuando las garras magnéticas amarraron al crucero como una ventosa al lado del destructor.

En aquella posición ni los barreneros de proa, así como tampoco los de popa del destructor podían darle alcance.

Prosiguieron en aquella posición con el único propósito de dar a entender al comandante del destructor que toda clase de resistencia a partir de aquel instante sería una absurda insensatez.

Así se lo dio a comprender al decirle su ultimátum:

—Este crucero está firmemente aferrado a vuestra nave con el

limitador de aceleración desconectado. Sus mandos son lo suficientemente potentes como para arrastrar a las dos naves juntas en un grado de aceleración mucho más alto del que personas habituadas a mundos de gravedad pueden resistir. Os rendiréis de una vez o nos veremos obligados a poner a las dos naves en una curva de muy corto radio y a una aceleración tan grande que todos vosotros, los Gern, moriréis irremisiblemente.

Luego añadió:

—Si os rendís, nos portaremos con vosotros algo mejor de lo que vosotros os portasteis con los humanos hace doscientos años... os llevaremos de nuevo a Athena.

El comandante, casi enfermo por la aceleración que había pasado casi desapercibida por los hombres de Ragnarok, comprendió que no podía escoger.

Su respuesta, sofocada por la molestia que le producía la aceleración, así como todavía más por la ignominiosa derrota, llegó hasta Humbolt:

—Nos rendimos.

* * *

Narth, fue recuperando poco a poco la noción de las cosas.

Vio a Humbolt sentado a su lado como antes, sin que ningún liberador Gern llenara la sala de control con duras órdenes ni con barreneros.

—¿Dónde están? —preguntó Narth—. ¿Dónde está el destructor?

—Lo hemos capturado —respondió Humbolt, con sencillez.

—¿Que han capturado... a un destructor de la flota de los Gern?

—No ha sido cosa difícil... —explicó—, desde luego habría sido mucho más fácil si en este crucero hubiéramos ido solamente hombres de Ragnarok. No hemos querido acelerar demasiado la velocidad ni poner la nave a gravedad demasiado elevada, más de lo estrictamente necesario, por los Gern que hay en él.

—Lo han conseguido... han capturado al destructor —se repetía Narth, profundamente aturdido.

Se mojó los labios mirando fijamente como si estuviera contemplando ya las desagradables cosas que aquello implicaba.

—¡Vosotros! Monstruos de la naturaleza, habéis podido capturar al destructor. Tal vez toméis Athena y la Tierra arrebatándolas de nuestras manos, pero —el odio que instantáneamente le animó

volvió a iluminar sus ojos—, ¿de qué os servirá todo esto?, ¿os habéis detenido alguna vez en pensar en ello?

—Sí —respondió Humbolt— hemos pensado en ello.

—¿Ah, sí? —Narth se inclinó hacia adelante, con el rostro iluminado por la malicia recreándose en el mal ajeno—, nunca podréis escapar a las consecuencias de lo que habéis hecho. El imperio Gern tiene recursos en docenas de mundos. El imperio construirá una flota espacial, una fuerza contra la cual la vuestra no tendrá valor alguno, y con ella irá a la Tierra, a Athena y a Ragnarok. El imperio os destrozará por todo cuando habéis hecho, y si acaso queda algún superviviente de los vuestros, esa raza asquerosa, se rebajará ante los Gern durante cientos y cientos de generaciones futuras.

»Acuérdate de estas palabras mientras estés actuando en esa pequeña hora de gloria, en Athena y la Tierra.

—Sigues pensando en que nosotros haremos como los Gern... —dijo—. Nosotros no perderemos el tiempo en ninguna clase de posturas. Tendremos una gran flota cuando dejemos la Tierra, e iremos todos juntos, a la vez, a encontrarnos con la flota de los Gern en su propia casa. Creía que adivinarías que era precisamente esto lo que nos proponemos hacer. Vamos a mutilar y a capturar toda vuestra flota, y luego destruiremos vuestro imperio.

—¿Destruir ahora el imperio? —Narth le miró fijamente de nuevo, desapareciendo de su rostro todo el regocijo que hasta aquel momento había sentido, al darse cuenta de lo que se les echaba encima, al comprender el rápido e inexorable fin que todo aquello tendría—. ¿Ahora, antes de que podamos deteneros...? ¿antes de que tengamos siquiera una oportunidad...?

—Cuando una raza ha sido condenada a morir por otra raza, y sus luchas y esfuerzos e ingenio, en cualquier sentido, para sobrevivir, tienen éxito, no olvida nunca la lección recibida. Aprende muy bien que no debe jamás dejar que otra raza tenga la menor oportunidad de destruirle. De manera que ésta es la mies que recogeréis después de vuestra siembra en Ragnarok hace doscientos años.

«¿Comprendes, verdad? —preguntó, casi con suavidad—. Durante doscientos años el imperio Gern ha sido una constante amenaza para nuestra sobrevivencia como raza. Ahora ha llegado la

hora de turnar los papeles.

Permaneció en la sala de control del destructor y observaba el sol de Athena, por mediación de la pantalla de observación, resplandeciente como una llama blanca.

Sigyn, totalmente recuperada, estaba echada en el suelo cerca de él; moviéndose y runruneando suavemente en sueños como si de nuevo estuviera luchando en la batalla contra los Gern.

Fenrir estaba paseando por allí, moviendo su cabeza negra, maciza, con impaciencia, mientras Tip y Freckles examinaban con fascinada curiosidad la colección de brillantes medallas que habían sido sacadas del comandante Gern.

Lake y Craig, dejando sus estaciones, tan impaciente como el propio Fenrir, se acercaron a Humbolt para observar con él la pantalla.

—Sólo un día más —dijo Craig— llegamos doscientos años tarde, pero al fin llegaremos al mundo que debió ser nuestro hogar.

—Ya nunca lo será —repuso Humbolt—, ¿se ha detenido alguno de vosotros en pensar que… que somos distintos de los humanos, y que por tanto no existe un mundo humano al cual podamos nosotros llamar hogar?

—Yo había pensado en ello —contestó Lake—, Ragnarok nos ha hecho distintos físicamente, así como en la manera de pensar. Podríamos vivir en mundos humanos, pero siempre seríamos una raza aparte y realmente nunca perteneceríamos allí.

—Creo que todos hemos pensado en ello —dijo Craig— y nos hemos preguntado qué será lo que debamos hacer una vez hayamos terminado con los Gern. Aposentarnos en Athena o bien en la Tierra, no, en un pequeño «cottage» con un lindo jardincito de césped donde sería una verdadera delicia poder disfrutar de los espectáculos en tres dimensiones después del rutinario y seguro trabajo de cada día.

—Ni regresar a Ragnarok —señaló Lake— con metales y provisiones de otros mundos sería fácil de hacer mucho allí, pero la batalla ya está vencida. Sólo quedará el pacífico desarrollo, construir una ciudad en el ecuador para el Gran Invierno, alisar el terreno, plantar, sembrar y recoger. Nunca nos sentiríamos satisfechos con esta clase de vida.

—No, en efecto —respondió Humbolt, sintiendo su propia

inquietud tan solo de pensar en una vida tan carente de peligros; tan segura y sencilla— ni Athena, ni la Tierra, ni Ragnarok»… ni ninguno de los mundos que conocemos.

—¿Cuánto tiempo transcurrirá hasta que hayamos terminado con todos los Gern? —preguntó Lake—, ¿diez años, tal vez, todavía seremos jóvenes, ¿dónde iremos… todos los que hemos luchado contra los Gern y todos aquéllos, en el futuro, que no quieran agotar sus vidas en Ragnarok?, ¿dónde habrá un lugar para nosotros… un mundo adecuado a nuestras condiciones?

»¿Dónde encontraremos un mundo a nuestra medida? —preguntó observando las nubes de estrellas que iban acercándose a ellos por la pantalla de observación, sueltas, relucientes e inmensas, más allá de lo concebible.

—Existe toda una galaxia para explorar —respondió Humbolt—, hay millones de soles y miles de mundos que están esperando que nosotros vayamos a descubrirlos. Tal vez existan razas, fuera de aquí, parecidas a la de los Gern, y quizá existan razas como nosotros hace doscientos años, que necesitan de nuestra ayuda y protección. Y tal vez haya mundos fuera de aquí conteniendo cosas tan extraordinarias e inverosímiles que los hombres no hayan llegado jamás a imaginarlo.

«Iremos pues para ver lo que hay. Nuestras mujeres vendrán con nosotros, puesto que es muy probable que exista entre todos estos mundos alguno en el que nosotros queramos quedarnos. Y siempre habrá algunos entre los nuestros más inquietos que vendrán desde Ragnarok. Fuera de aquí, en cualquier parte, están estos mundos, con sus casas esperándonos…

—Naturalmente —repuso Lake—, al otro lado de la frontera del espacio… ¿a qué otra parte podríamos pertenecer?

Todo estaba entonces ya dispuesto, y mientras el destructor seguía surcando el hiperespacio, el crucero corría veloz a su lado, con los mandos runruneando y zumbando, como debió haber hecho el Constellation doscientos años atrás.

Un viaje que había sido interrumpido en aquel entonces, y una nueva raza que había nacido…

Ahora, todos ellos seguían de nuevo el camino interrumpido hacia Athena, a la Tierra, y a los más lejanos confines del poderoso imperio Gern.

Y seguirían a las salvajes y desconocidas regiones del espacio más y más allá…

Allí les aguardaban sus mundos, así como sus destinos; para ser una raza diseminada a través de cientos de miles años luz, de soles para hacer un imperio semejante a la galaxia que nunca habían conocido.

Ellos, los inquietos, los incansables, los indeseados y olvidados, los supervivientes.